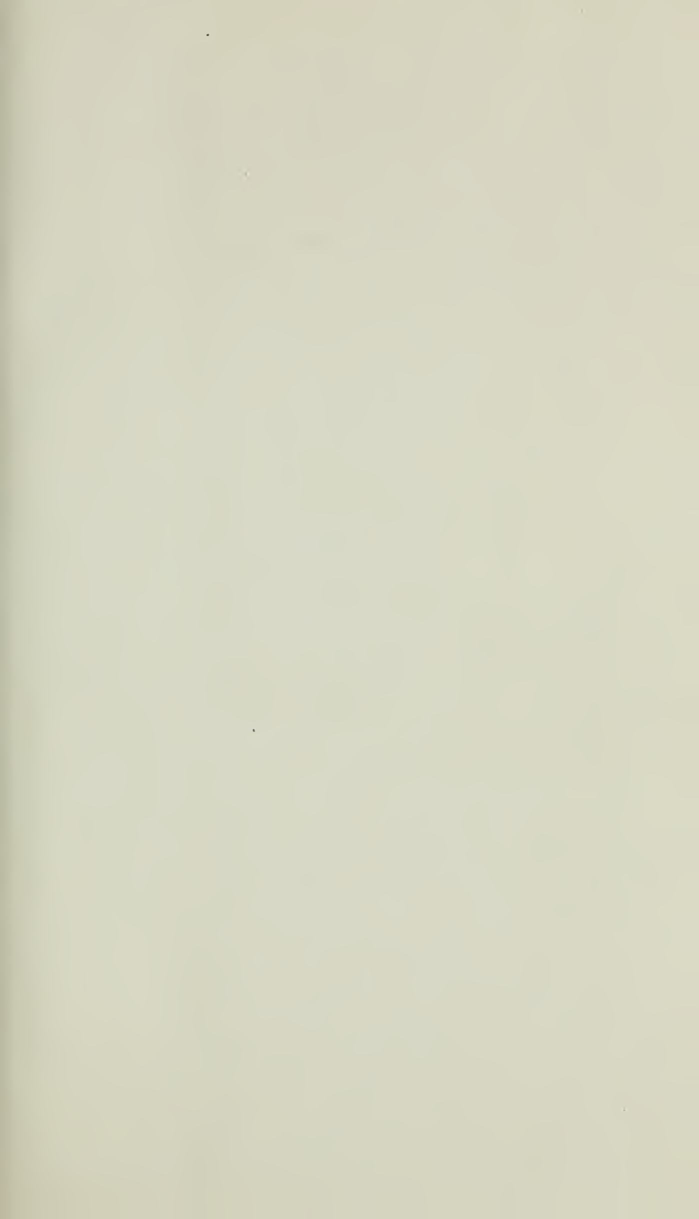




Biblioteca de la juventud hispano-americana

CARLOS PEREYRA

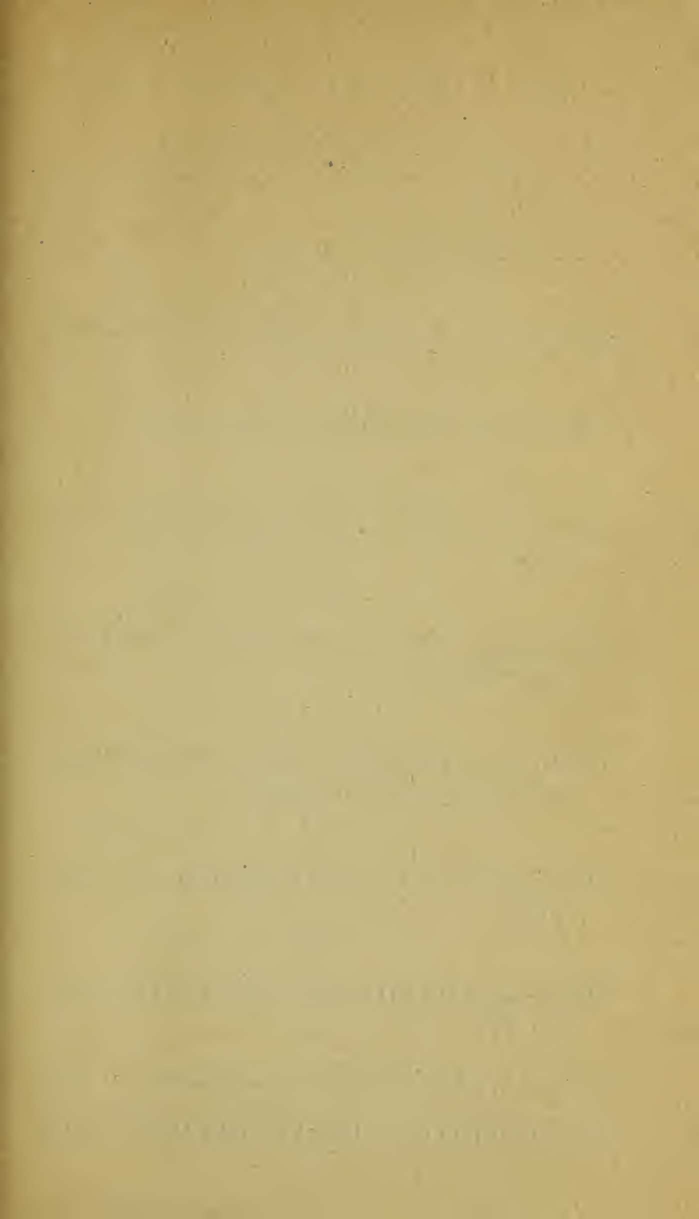
# ROSAS Y THIERS

## LA DIPLOMACIA EUROPEA EN EL RÍO DE LA PLATA

## (1838-1850)

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID
1919

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 21



---


Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29.—Teléf. 14-30.—Madrid

# ROSAS Y THIERS

## SE HAN PUBLICADO:

**Tomos publicados últimamente:**

V.—*La entrevista de Guayaquil*, por Ernesto de la Cruz, J. M. Goenaga, B. Mitre, Carlos A. Villanueva. Prólogo de R. Blanco-Fombona.—3,50 ptas.

VI.—*Tejas. La primera desmembración de Méjico*, por Carlos Pereyra.—3,50 pesetas.

VII.—*Ayacucho en Buenos Aires* y *Prevaricación de Rivadavia*, por Gabriel René-Moreno. 4 ptas.

VIII.—*Apostillas á la Historia colombiana*, por Eduardo Posada.—3,50 pesetas.

IX.—*El Washington del Sur. Cuadros de la vida del Mariscal Antonio José de Sucre*, por B. Vicuña Mackenna.—4 ptas.

X.—*Leyendas del tiempo heroico. Episodios de la guerra de la independencia americana*, por Manuel J. Calle.—4 pesetas.

XI.—*Los últimos virreyes de Nueva Granada (Relación de mando del virrey don Francisco Montalvo* y *Noticias del virrey Sámano sobre la pérdida del Reino)*, por Francisco Montalvo y Juan Sámano.—3,50 pesetas.

XII.—*El almirante don Manuel Blanco Encalada.—Correspondencia de Blanco Encalada y otros chilenos eminentes con el Libertador*, por Benjamín Vicuña Mackenna.—3,50 pesetas.

XIII.—*Junín y Ayacucho*, por Daniel Florencio O'Leary.—4 pesetas.

XIV.—*Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay*, por Carlos Pereyra.—3,50 ptas.

XV.—*Rosas y Thiers. (La diplomacia europea en el Río de la Plata)*, por Carlos Pereyra.

Biblioteca de la juventud hispano-americana

CARLOS PEREYRA

# ROSAS Y THIERS

## LA DIPLOMACIA EUROPEA EN EL RÍO DE LA PLATA

## (1838-1850)

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID
1919

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 21

## ROSAS

A Rosas no se le ha historiado; se le ha novelado. Y se le ha novelado en folletín.

Después de más de medio siglo de terminado su gobierno, todavia se le juzga como al dia siguiente de la batalla de Caseros.

Para los *tiranos* de América no hay historia. Mientras dominan con la omnipotencia de su fuerza personal, no conocen otro lenguaje que el de la adulación, contrapuesto al de las diatribas de sus enemigos, generalmente publicadas en el extranjero. Y cuando caen, la adulación enmudece, los encomios quedan olvidados, y los enemigos del déspota registran como sentencia histórica la expresión de la venganza.

Por un fenómeno singularísimo, para Rosas no ha habido posteridad, y como queda dicho, la generación que sucedió a la de sus contemporaneos, se aferra con obstinación en la condenación formulada por los enemigos de Rosas, obra exclusiva del odio personal, y presencia

con atonía tal o cual tentativa aislada de rectificación.

El hecho tiene una explicación. Rosas es un hombre a quien le tocó desempeñar su papel después de un mito y antes de otro. Para que Rosas pueda tener jueces en su patria, es preciso que Rivadavia y Mitre recobren su naturaleza de seres mortales y falibles.

Se ha intentado, es verdad, la rehabilitación de Rosas, y entre los libros que a este fin se han destinado, el de Saldías (1) posee un rico fondo de sinceridad y de juicio, pero se le rechaza como apologético.

Mansilla ha pretendido hacer una obra imparcial, y en cierto modo lo consigue, pero aparte del tomo impertinente, no exento a veces de gracia, aunque más a menudo chabacano, el autor propende a lo anecdótico, y comparte el error común de no ver en Rosas sino el tipo pintoresco.

Otros hombres públicos odiados y maldecidos, han tenido la fortuna de no merecer en tan alto grado la atención preferente de las comadres de ambos sexos, amantes de explicarlo todo por *la fístula*.

De Portales, de García Moreno, de Guzmán Blanco y de Porfirio Díaz, por ejemplo, no se habla mucho en los corrillos, y el sentenciador

(1) *Rosas y su Epoca.*

tiene por fuerza que buscar hechos de orden político para juzgarlos.

Rosas leyó el *Facundo* de Sarmiento, y comprendió que allí estaba su reputación histórica. «Esto es lo más hábil que se ha escrito contra mí, dijo, y ya verá usted, señor, como nadie sabe defenderme.» Para borrar el *Facundo*, sería necesario escribir otro *Facundo*, y se ha escrito, no uno sino muchos *Facundos*, pero para corroborar el de Sarmiento. ¿Qué es la *Amalia* de Mármol¿ ¿Y qué es la *Mashorca* de Ferry?

Para la memoria de Rosas pasaron los tiempos del romanticismo y de las fábulas anecdóticas recogidas por Sarmiento en Chile; pero vinieron otras modas, y el tirano siguió siendo un tipo interesante ante la curiosidad superficial y y malévola.

Lombroso abrió su gabinete antropológico, se popularizaron los cuentos clínicos del Dr. Cabanés, y Rosas fue materia predilecta para los que quisieron divertirse y divertir al público, ya biografiando a *Un Calígula del Siglo XIX*, ya acumulando datos para concluir que Rosas es un caso de locura moral.

Yo no niego el interés, el encanto y la importancia de estas disquisiciones, y dejo a los competentes la tarea de refutarlas, si lo merecen, como no niego la belleza del *Facundo*; pero permítaseme recordar por vía de comparación ilustrativa, que la historia clínica de los Césares no

es la historia de la estupenda organización administrativa del Imperio Romano. Una de dos: o es mentira que de Augusta a Trajano, pasando por Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, Galba, Othón, Vitelio, Vespasiano, Tito, Domiciano y Nerva, fueron conquistadas y reducidas a provincias la Galacia, la Panfilia, los Alpes Marítimos, Asturias; la región que se extiende entre los Alpes y el Danubio; la Capadocia y las tierras de la izquierda del Rhin; la Numidia, la Mauritania, la Tracia, la Bretaña y la Dacia; o hay algo más que lujuria, crueldad, pretorianismo y locura en los anales del Imperio. Ahora bien, si lo uno interesa, no deja de interesar lo otro, y más aún la relación entre una y otra serie de hechos.

Es justamente lo que se necesitaría hacer por lo que respecta a Rosas, y no ignorar el aspecto más importante del pasado histórico, o aceptar la curiosa actitud negativa del historiador Varela quien hace un paréntesis de todo lo acontecido desde la caída de los unitarios hasta la batalla de Caseros, declarando que durante la época de Rosas no hubo historia sino una horripilante crónica de sangre y de ignominia.

Justamente lo que convendría averiguar es quién derramó la sangre de que se hace responsable personal a Rosas, y estudiar no solamente la que él derramó, sino la que derramaron sus enemigos.

Y saliendo de la esfera de las violencias, después de explicarlas con un rigor histórico que no se ha empleado, ¿no queda todavía lugar para muchas investigaciones sobre la administración, sobre las relaciones de las provincias, sobre los asuntos exteriores y sobre el adelanto o el retroceso de la cultura social?.

Para historiar los tiempos de Rosas, mal conocidos y peor interpretados, harían falta muchas investigaciones globales, emprendidas con serenidad y conducidas con método. Pero aun en los puntos especiales, como el de la locura de Rosas, por ejemplo, para citar el tópico mas favorecido y popular, ¿se cree agotar el punto y dejarlo completamente resuelto con la autoridad falaz de las anécdotas?. Se puede hacer un cuadro sintomático perfecto con datos ilusorios. Y la anécdota, que es la leyenda de los civilizados, no es el terreno más firme para marchar en la formación de una biografía (1).

El autor de estas líneas no tiene la pretensión de hacer un libro completo y definitivo sobre Rosas, y aun hay más: no se lo propone. Trata solamente de un punto especial de la historia argentina, y si ha hablado de las deficiencias en la investigación de muchos de los que han estudiado a Rosas, no es para señalar un avance

---

(1) V. en el *Apéndice* el Número 1.

hacia el perfeccionamientc, sino para indicar la conveniencia de iniciar trabajos de vulgarización que rectifiquen un error muy generalizado.

No se trata de la rehabilitación de Rosas. El autor pretende la rehabilitación de la verdad histórica. En cierto sentido, Rosas le es indiferente, y si lo considera desde un punto de vista más bien simpático, es porque después de estudiar sin prejuicio un aspecto de su gestión pública, lo encuentra dotado de serenidad, juicio, previsión y patriotismo.

Pero era un loco, y un loco moral; es decir, un malvado. En primer lugar, pregunto: ¿era Rosas verdaderamente un loco? Diré como decía él con su palabra mesurada: ¿lo han probado? Y supuesta toda la suma que se quiera de cargas degenerativas y de aberraciones; bien vistas las cosas, ¿no resultaría que todos somos locos perdidos?

¿Qué saldría de Varela, de Lavalle, de Paz, de Sarmiento, de Mitre, de Rivadavia, si se les hiciese la investigación enconada de los médicos que han ido a buscar poridades, y sobre todo si se mezcla hábilmente la realidad insípida con la invención salpimentada de malicia, y si la interpretación del clínico va inspirada en el propósito de llegar a un fin denigratorio?

¡Cuántas cosas no lograrían los escalpelos de la medicina legal retrospectiva si les interesara hacer la autopsia histórica del cadáver que dejó

tendido en las calles de Montevideo el puñal de Andrés Cabrera!

Juzgada por un médico malintencionado, toda la campaña periodística de D. Florencio Varela podría interpretarse como un derivativo pasional de ciertos instintos, y el análisis tomaría los tonos picantes de un cuento verde. No lo han hecho porque no han querido; pero la brocha gorda de la supuesta psicología de laboratorio experimental, permite todos los desafueros.

La literatura de este género seudocientífico, me recuerda aquel vibrante cuadro en que Heine nos predica los deberes de la caridad. «¡Ay!—exclama el poeta,—bien pensado, no debería escribirse contra nadie en este mundo. Todos estamos demasiado enfermos en el gran hospital, y al pensar en ello, muchas lecturas polémicas me traen el recuerdo involuntario de una reyerta de que fuí espectador fortuito. En un gran hospital de Berlín, los enfermos se reprochaban irónicamente sus respectivas enfermedades, y era cosa horrible, ver al pulmoníaco burlándose del hidrópico, y cómo un tercero se reía de los pólipos de otro que a su vez insultaba al leporino o al oftálmico. Por fin los febricitantes se lanzaron desnudos de sus lechos, quitaron sábanas y mantas a los demás, y desde aquel momento no se vio otro espectáculo que el espantoso de las úlceras purulentas, de las mutilacio-

nes innobles y de todas las llagas del infortunado Lázaro.»

Rosas, convenientemente asesorado, podría simular una resurrección vindicativa, y darse el gusto de visitar el lazareto de Montevideo y el de los gobiernos que le sucedieron, para exhibir pústulas que los médicos de la emigración callan en sus libros de clínica histórica.

Con su Montaigne en la mano, Rosas podría recordar a esos alienistas el caso de Gallo Vibio, el cual *banda si bien son ame à comprendre l'essence et les mouvements de la folie, qu'il emporta son iugement hors de son siège, si qu'oncques puis il ne l'y peut remettre, et se pouvoit vanter d'estre devenu fol par sagesse.»* Y ellos entienden bien.

Estoy muy lejos de menospreciar la sabiduría de estos luminares, pero me permito decirles que alguien, verdadero psicólogo, nada menos que el gran William James, se burla de la pretensión de explicar los actos de un hombre por sus dolencias. El árbol se conoce por el fruto, y el hombre por las obras. «Según William James, dice G. Sorel, la pretensión de juzgar una obra histórica por medio de la crítica psicofisiológica de su autor, es completamente ridícula, como sería absurdo en las ciencias naturales, (que James y Sorel dominan), refutar las opiniones de alguien demostrando que es neurópata. Maudsley había declarado ya que el cri-

terio decisivo del valor de una creencia no debe buscarse en su origen, sino en el conjunto de sus resultados. El mismo James se burla de la crítica literaria que Max Nordau ha querido fundar en el estudio neuropático... El catarro gastroduodenal de Carlyle como explicación de su misticismo y de sus profundos acentos de desesperación, es completamente infundado. James señala lo que hay de ridículo en este materialismo médico.»

Yo no pretendo corregir a otros, sino patentizar que en su conflicto con el extranjero, Rosas se mostró superior a los unitarios y a los discípulos de Echeverría, así en talento, como en serenidad y en rectitud patriótica. Tomada en conjunto, es admirable la obra diplomática de Rosas, y lejos de poderse explicar como resultado de una locura moral, no lo es sino como resultado de cordura y rectitud moral en todo lo que debe constituir el fondo de las preocupaciones de un hombre público.

Debo declarar que no considero a Rosas como un gran estadista. Para serlo le faltaron muchas condiciones. Pero tampoco lo fueron Rivadavia y Mitre. Si a estos dos hombres se les juzga como poseedores de méritos superiores a los que en realidad tuvieron, Rosas resulta necesariamente muy pequeño, y si además, no sólo se atribuye a sus émulos virtudes de que carecieron, sino que a él se le cubre con el fango de

la calumnia, es imposible toda ponderación justiciera.

Hecha la salvedad de que Rosas no fue un gran estadista, creo que fue un organizador más apto que Rivadavia y Mitre. Y creo que después de haber visto mejor que ellos los problemas fundamentales de su patria, porque tenía mayor potencia cerebral, contribuyó en más alto grado a resolverlos.

# EL PROBLEMA INTERNACIONAL ARGENTINO EN TIEMPO DE ROSAS

Rosas tuvo cuestiones internacionales con Bolivia, con el Brasil, con Francia y con Inglaterra.

El conflicto con Bolivia fue uno de tantos casos de fronteras, en el que no estaba empeñado ningún interés vital argentino, y Rosas abandonó todo empeño caprichoso, dejando la resolución a la fuerza espontánea de las cosas. En lo que sí tuvo mucha decisión fue en impedir que el poder personal del general Santa Cruz lograse la desmembración del Perú y constituyese un centro que carente de elementos propios tenía que ser instrumento de las ambiciones europeas y de las del Brasil. Pero el general Santa Cruz fue victoriosamente combatido por Chile y la Argentina en el transcurso de 1838. A principios de 1839, todo peligro había desaparecido, y Rosas dejó el territorio de Tarija en manos de Bolivia, prefiriendo una buena vecindad a un

2

inútil avance de fronteras, en lo que obró muy acertadamente.

El Brasil era antes de Rosas, como lo fue más tarde, el peligro mayor para la República Argentina. Rosas lo vio, cosa que no había hecho Rivadavia y que no hizo Mitre. Rosas combatió el peligro del Brasil, y lo habría conjurado plenamente su victoria contra Urquiza en 1852, pero la derrota de Caseros dejó abierta una vía de penetración en el Río de la Plata, que la despreocupación y la miopia de Mitre pusieron francamente a disposición del Imperio. Rosas no pudo, pues, resolver este problema capital, y su caída fue precisamente un fracaso histórico para la República Argentina. Esta, en efecto, había perdido su integridad a consecuencia de las turbulencias posteriores al 25 de mayo, y la segregación del Paraguay, favorecida por el Brasil, y la independencia del Uruguay, facilitada por la política insensata de los directoriales y rivadavistas, constituía para el Brasil otro de los coadyuvantes de una política tradicional que ha consistido en extender sus territorios y darles el río de la Plata como vía de acceso al Océano. Bolívar había visto con su genial penetración que una República Argentina sin el Paraguay, era un absurdo de geografía política; pero Buenos Aires no lo comprendió, y no tuvo política de integración nacional, causa de que después no haya tenido política internacional

apropiada, sobre todo durante la presidencia de Mitre. Respecto del Uruguay no había sino una conducta posible: ya que el Uruguay había dejado de ser argentino, era preciso impedir, no como resultado sentimental de una simpatía, sino como exigencia imperativa de la patria, que el Brasil dominase bajo cualquier título o pretexto en la Banda Oriental y que Europa estableciese un protectorado. Ahora bien, justamente a fines de 1837, se propuso Francia dominar en el Río de la Plata, y el Brasil, demasiado débil para estorbarlo, se hizo auxiliar de Francia, aunque intrigando por su parte para recoger en alguna forma los beneficios de la pérdida de soberanía que implicaba para la República Argentina el establecimiento de una factoría europea en la margen oriental del Río de la Plata.

## INGLATERRA Y FRANCIA

Inglaterra dominaba en Río Janeiro. Su política respecto a la América Española era más amplia que la adoptada entonces por Francia. Después del fracaso de las tentativas conquistadoras de 1806 y 1807, Inglaterra seguía el camino llano de un buen comerciante que tiene mucho que vender y quiere venderlo a una clientela confiada.

Francia estaba en condición muy diferente. Desposeída de sus colonias en las guerras del siglo XVIII, y reducida a una situación secundaria después del desastre napoleónico, a falta de campo de acción en Europa, buscaba empresas lejanas.

Inglaterra, como Holanda, ha paseado en los mares un pabellón utilitario. Sus marinas de guerra han ido en pos de su comercio, de sus capitales y de su emigración. Los mismos impulsos ha seguido el Imperio Alemán, y los norteamericanos igualmente no han disparado caño-

nazos en los mares sino cuando lo ha exigido algún interés económico. Francia, por el contrario, ha sido una perturbadora clásica por espíritu de inquietud guerrera. Durante su gran siglo, pretendió a la vez conquistar provincias europeas y fundar un imperio colonial. El imperio colonial fue desbaratado por Inglaterra, que concentró su acción en los mares, y las conquistas europeas tuvieron un carácter precario porque la misma Inglaterra pudo conjurar a los enemigos de Francia contra sus excesos de agresión. Inglaterra formuló una crítica contra esa potencia, y descubrió en los defectos de su orientación el medio de combatirla victoriosamente cada vez que se levantara con pretensiones a romper el equilibrio en Europa y a ostentar una influencia demasiado acentuada en los mares.

Durante la restauración, Inglaterra sonreía cuando Francia se armaba para iniciar nuevas correrías en Europa. La expedición del duque de Angulema en España le pareció útil a sus propios fines. Mientras más absolutista fuera España, mientras más se afianzara el poder de la imbecilidad que se llamaba Fernando VII y mientras más concurriera Francia a las inútiles tentativas de una reconquista en América, más libre campo tendría Inglaterra para consolidarse como amiga, consejera, vendedora y prestamista de los nuevos Estados.

En 1829, Fernando VII consumó en un desastre ridículo la última de las tentativas reconquistadoras, y después de la capitulación de Barradas en Tampico, ya Francia no podía pensar ni en la restauración de los virreinatos ni en el establecimiento de monarquías borbónicas.

Mientras España se preparaba a desangrarse en sus funestas discordias intestinas, Francia comenzó a formar planes para la creación de un nuevo imperio colonial, y antes de la revolución de julio, ya había puesto la planta en Argelia.

Los restos coloniales de Francia consistían en algunos establecimientos de la India, la isla de la Reunión, la Martinica, la Guadalupe, San Pedro, Miquelón y la Guayana, con una población de 850.000 habitantes.

Pero a la vez que se le abrían las hermosas perspectivas de la conquista de Argelia, comenzó a ver hacia las nuevas repúblicas americanas. Contrarrestar la influencia de los Estados Unidos, era ya demasiado para sus fuerzas; pero insinuarse en el Nuevo Mundo sin despertar los recelos de Inglaterra, constituía un pensamiento tan quimérico, y aun podría decirse, tan absurdo, como el de la fundación de tronos con reyes borbónicos que había nacido en el cerebro aberrante de Chateaubriand.

Inglaterra ha permitido el crecimiento colonial de Francia, porque Francia no es un estor-

bo para ella, ni para ninguna otra potencia, pues la dominación sobre 56.000.000 de almas en Africa, en Indo-China y en otras partes del mundo, no le arrebata un solo céntimo de su comercio, ni le quita uno solo de sus puntos estratégicos. Solo cuando Francia se ha preparado a disputarle uno de sus centros vitales o una de sus líneas de comunicación, Inglaterra se ha sobresaltado y ha resistido. Así lo hizo en Egipto y así lo hizo en Fachoda.

Pero el dominio por el dominio, que es la especialidad de Francia, no le importa. Inglaterra es señora de los mares durante el siglo XIX, y las empresas marítimas de Francia, sin una corriente mercantil que las vigorice y les dé trascendencia, dejan a Inglaterra tranquila.

Así cuando vio a Francia, después de iniciada su empresa argelina, volver los ojos hacia América, y empezar una política protectoral, Inglaterra no hizo sino vigilarla, acompañarla a veces, y dejarla libre, comprendiendo que ella llevaba en la plenitud de sus fuerzas económicas el secreto de los grandes resultados imposibles para Francia, que sólo representaba el lujo de un espíritu militar ocioso, en busca de aventuras brillantes.

## LAS RECLAMACIONES FRANCESAS

Por la ley del 1.° de abril de 1821, los extranjeros con más de dos años de residencia fija en las Provincias del Río de la Plata, y los que sin sta circunstancia fueran propietarios, tenderos, artesanos y profesores en ejercicio, estaban obligados a servir en la guardia nacional.

El cónsul general de Francia, marqués de Vins de Paysac, reclamó contra esta ley, alegando que sus disposiciones envolvían el estatuto personal del extranjero, y que era contraria a los principios vigentes en Francia.

El ministro Anchorena contestó a esto en nota del 8 de noviembre de 1830, que el extranjero residente no podía equipararse al transeunte, pues mientras éste conservaba todos sus derechos propios como extraño al país en que se encontraba de un modo accidental, el residente era miembro de la comunidad cuyo seno había elegido libremente para establecer su domicilio, con el ánimo de no abandonarlo, y que al adqui-

rir por esto ciertas ventajas permanentes y fundamentales, que el Estado bien podía negar si quisiera, como la de poseer bienes raíces, la de ejercer un arte o profesión, la de explotar una industria o la de vivir del comercio, celebraba un contrato por el que se sometía a las condiciones impuestas por el soberano, y que si una de ellas era la de prestar servicios con el carácter de guardia nacional, únicamente para la defensa del orden, el extranjero debía someterse a tal condición, o retirarse del país, o entrar en la categoría de simple transeunte.

El hecho de que los ingleses no estuviesen sometidos a este servicio, se debía a una concesión graciosa, otorgada por convenio expreso celebrado entre el gobierno de la Confederación Argentina y el de la Gran Bretaña, y esta excepción de ningún modo podía entenderse como signo de poca consideración para los súbditos de la nación cuyo gobierno se hubiese abstenido de solicitar determinadas ventajas en beneficio de ellos.

El marqués de Vins de Paysac era un hombre prudente, y sobre todo, no tenía encargo especial de promover dificultades, así es que no insistió en sus reclamaciones, y la nota del ministro Anchorena fijó por entonces los términos de la cuestión.

A la muerte de Vins de Paysac, quedó encargado de los negocios consulares M. Aimé Roger,

mozo de pocos años, empleado subalterno, sin experiencia, ni autoridad, ni aptitudes.

Este Roger, movido por el cónsul en Montevideo, llamado Baradére, a quien veremos pronto en juego, suscitó nuevamente la controversia de 1830, y con fecha 30 de noviembre de 1837, dictó una nota que marca los términos extremos de la insolencia. El gobierno francés, decía el casi amanuense Roger, pretendiendo tomar el tono de un Talleyrand, se consideraba con títulos suficientes para reclamar de la Confederación los mismos privilegios obtenidos por los ingleses en un tratado.

Hay que tener en cuenta que al hablar así, el regente del consulado francés se arrogaba la categoría y funciones de un agente diplomático. El marqués de Vins de Paysac lo había sido, pero ni había trasmitido sus facultades a Roger, ni éste podía ser encargado de negocios por el hecho de que Vins de Paysac le hubiera querido dar tal carácter. Además, Roger no entendía una sola palabra de derecho internacional. Suponiéndole portador de cartas de gabinete para el gobierno argentino, su pretensión era tan absurda que no podía ser tomada en cuenta por la secretaría de Relaciones Exteriores del general Rosas. Roger, por último, carecía de educación social, y estaba en la más absoluta impotencia para cruzar dos palabras con el jefe de una cancillería extranjera sin que se le señalase

la puerta por donde salen de una casa respetable los que entran al salón llevando el sombrero puesto y las botas llenas de barro.

Sin embargo, el gobierno argentino contestó con la más irreprochable cortesía. En vez de rechazar la demanda, se limitaba a declinar toda discusión, aplazándola para cuando se hiciese un estudio de los antecedentes relativos a los casos concretos de la reclamación de Roger.

A falta de condiciones de negociador, tenía éste todas las necesarias para embrollador, y como precisamente el servicio que entonces pedía Francia a sus agentes diplomáticos y consulares en todos los países de la América Española, era el de promover dificultades, Roger fue un empleado ideal. Dirigió otra nota, plenamente aprobada por su gobierno, en la que exigió satisfacciones perentorias.

Los casos de la reclamación de Roger eran los que resumo:

1.° Un tal Bacle, litógrafo suizo, empleado público del gobierno de Buenos Aires, era un ejemplar admirable de lo que se llama pretexto para molestar. Dotado de un gentil carácter, parecido al de Roger, fue adoptado con júbilo por el consulado francés, como hijo diplomático de Francia. Nunca se le había mostrado a Suiza un amor más grande por parte de la diplomacia francesa, y puede asegurarse que el esmero de Francia no volvió a desplegarse de un modo

igual sino hasta el caso de la reclamación de un agiotista suizo, el Jecker cuyo crédito fraudulento sirvió de preámbulo a la intervención francesa en Méjico.

Bacle quiso conspirar y cobrar sueldo, acogerse a los beneficios de la ley de 1821, y quedar exento no sólo de toda carga, sino de toda responsabilidad por sus actos en el caso de que fracasasen las maniobras políticas interiores en que estaba comprometido. Bacle era todo un suizo. Estaba convicto y confeso de manejos revolucionarios en país bárbaro, para los que se necesitaba emplear los medios bárbaros del país; pero a la hora de verse sin empleo y en la cárcel, se acordó de que era un civilizado, y exigió que se le exonerase de todo contacto impuro con aquel pueblo de gauchos. Excarcelado, murió en su casa, y al enterrarlo, hicieron los franceses una manifestación de protesta insultante contra los actos legítimos o ilegítimos, pero en todo caso pertececientes al orden interno de la sociedad argentina, inatacables por lo mismo desde el punto de vista internacional que no podía tomar bajo su amparo al suizo gaucho. El tirano execrable toleró la manifestación con una ecuanimidad que no hubiera mostrado ningún poder civilizado. Bacle había estado en la cárcel, pero antes de estar en la cárcel había estado en un lugar del presupuesto. Además, se había mezclado en asuntos políticos. Todos

estos hechos constaban con toda evidencia. Pero había algo más evidente todavía: la debilidad del tirano ante los cañones de Francia, y la impunidad que podían tener como segura los franceses de la protesta.

2.° Pierre Lavié, francés, era además de francés vivandero, y como tal, beneficiario del régimen odioso de Rosas. Como vivandero, había cometido algunos actos punibles; pero Lavié quería no sólo robar al país, sino burlarse de él y envolverse en los pliegues de la bandera francesa para quedar impune. Se le había condenado a una pena de seis meses de arresto, y esto era una iniquidad que el consulado francés, revisor de los actos de la justicia argentina, no podía tolerar, como Deffaudis no podía tolerar los actos de la justicia de Méjico.

3.° Blaise Despuys, francés, negociante, era agente del general Rivera, es decir, de un enemigo exterior del gobierno bajo cuya protección vivía y ganaba el sustento. Se le clausuró un establecimiento que explotaba para el beneficio de la grasa de potro, y reclamaba una indemnización exorbitante, que redujo después, quedando satisfecho con la suma modesta que se le asignó. Tan satisfecho quedó, efectivamente, que se hizo partidario del gobierno de Rosas.

4.° Martín Sarre y N. Jourdan. Estos dos eran los únicos franceses a quienes se había exigido el servicio de guardias nacionales.

El gobierno de Buenos Aires obró con una moderación excesiva. Roger no era un agente diplomático capacitado para plantear cuestiones, y menos aún sobre puntos abandonados por Francia desde 1831; pero el Ministerio de Relaciones tuvo la complacencia de explicarle a Roger la naturaleza y alcance de los principios internacionales relacionados con sus improcedentes reclamaciones.

Roger, como he dicho, era un empleado consular subalterno, sin cartas de gabinete que lo acreditasen con carácter diplomático. Regía interinamente el consulado por causas accidentales. Pero si no tenía personalidad ante el ministerio de Relaciones de Buenos Aires, ante la nación, y sobre todo, ante la oposición emigrada y armada, era la voz de Francia. De Francia que se proponía tener un conflicto en el Río de la Plata.

El contralmirante Leblanc, estacionado en Montevideo, apoyó la actitud del escribiente Roger, y éste dirigió una nota final exigiendo reparación amplísima, es decir, una respuesta humillante para el gobierno, o el envío inmediato de sus pasaportes.

El ministro de relaciones envió los pasaportes, acompañados de una nota muy comedida, (1) en la que se manifestaba que el Gobierno

---

(1) 13 de marzo de 1838.

abriría negociaciones con el vicecónsulescribiente cuando éste se presentara a reanudarlas amparado por cartas que lo acreditasen con el carácter de encargado de negocios del gobierno de S. M. Burguesa.

Huelga discutir la cuestión internacional, puesto que Francia no se proponía establecer un punto de doctrina, sino alcanzar en América el puesto de potencia protectora, y dejar establecido en su provecho que los agentes, diplomáticos o consulares, y hasta un simple marinero, podían tener en sus manos la dirección de los asuntos políticos, la legislación patria, la administración de justicia y el orden municipal de las barbaries americanas.

Como medio normal para el ejercicio de esta acción, se establecerían estaciones navales permanentes, cuyos jefes, de acuerdo con los agentes diplomáticos y consulares del gobierno francés, declararían bloqueos pacíficos, y ejecutarían todos los actos de guerra necesarios para la consecución de los fines a que fuera necesario llegar.

Durante la década anterior, Chateaubriand había alimentado el ensueño quimérico, pero generoso, de levantar tronos americanos. La burguesía grosera de Luis Felipe urdió una trama de mayor consistencia: su ministro Deffaudis, a quien veremos en Montevideo, estaba en Méjico preparando el bombardeo de San Juan

de Ulúa; otro de esos agentes andaba por las planicies bolivianas, maquinando contra el Ecuador, Chile y Buenos Aires un plan de vastas proporciones; el contralmirante Leblanc, entretanto, fomentaba la insurrección riverista contra Oribe.

La *Revue des Deux Mondes*, en su número del 1.º de julio de 1838, señalaba en estos términos, bien claros, la misión civilizadora de Francia: «Es preciso que las relaciones mercantiles y la seguridad de sus nacionales en el exterior no sufran durante un tiempo demasiado largo, a consecuencia de injusticias no reparadas, y que no sea necesario aguardar demasiado la satisfacción debida. A esta necesidad se une la de que los nuevos Estados de la América del Sur vean a menudo el pabellón de nuestra marina militar. Una ostentación más frecuente de nuestras fuerzas navales nos eximirá en muchos casos de tener que emprender una acción efectiva, y nuestra navegación de comercio, nuestras relaciones mercantiles y el establecimiento de los franceses en la costa opuesta del Atlántico, tomarán un inmenso desarrollo, útil para nuestros intereses y ventajoso, a la vez, para nuestra gloria; porque tenemos la convicción profunda de que el vasto continente de la América del Sur está llamado a grandes destinos, pero también estamos convencidos de que para llenarlos cumplidamente, necesita una continua

infusión de las luces y de la actividad de la vieja Europa.»

La actividad y las luces de la vieja Europa llegarían sin duda a bordo de los buques mercantes y entrarían en las nuevas repúblicas con cada uno de los supercivilizados carpinteros, de los estupendos tenedores de libros y de los impareables curtidores que desembarcaran en Buenos Aires o en Montevideo; pero era necesario que no faltase ni un momento la acción tutelar de la marina de guerra, porque, «el sudamericano —proseguía la *Revue des Deux Mondes*—, raza mezclada de sangre india, negra y española, o portuguesa, se cree la primera nación del mundo, y este inmenso orgullo no es el menor de sus defectos, pues produce y eterniza otros muchos. Habría que agregar que este orgullo no se justifica por cualidades suficientemente grandes, ya se trate de los individuos, ya de los pueblos, a pesar de la expulsión de los españoles. Habría que señalar en el sudamericano una deplorable falta de moralidad, que trasciende de la vida privada a la vida pública, y que es causa de la extinción de todo sentimiento patriótico. Habría que hablar de la molicie de espíritu y de cuerpo, causa de que la civilización material haya permanecido tan prodigiosamente atrasada en aquellos países, eminentemente favorecidos por la Naturaleza, y eso aun haciendo la comparación con los países menos adelantados de

Europa. Sin duda habría que señalar excepciones muy honoríficas y decir que el rasero no pasa igualmente por todas las cabezas. Pero muy pocos son los que se elevan sobre aquel nivel, y los hombres que por su carácter y educación se distinguen del resto de sus conciudadanos, no son ni los más altivos, ni los más poderosos en aquellas sociedades donde domina más fácilmente el que participa de los defectos generales y el que halaga los prejuicios reinantes. Añadiríamos, sin embargo, para ser justos, que en la prolongada guerra de la independencia, que terminó con la emancipación de las antiguas colonias españolas, los americanos han dado muestras de valor frecuentemente; pero no tomaríamos a nuestro cargo la explicación de un hecho, y es que esa cualidad pueda conciliarse con el gran número de asesinatos que horrorizan a los extranjeros en la vasta extensión de la América del Sur. Por último, no emitiríamos sobre las facultades intelectuales de aquellos pueblos un juicio tan severo como el que debe recaer sobre su carácter moral, por más que estén todavía por salir a luz sus poetas, sus historiadores y sus oradores. Pero hay algo de mayor importancia que la insistencia sobre los defectos más o menos acentuados del carácter americano, y es indicar cómo y con qué fin deberán modificarse (1).»

(1) Número citado; págs. 54-56.

Pero no es el momento de señalar de qué modo se proponían los europeos moralizar y civilizar a los inmorales y bárbaros americanos.

Antes de tratar este punto, conviene intistir sobre la significación de las acusaciones formuladas contra la sociedad rioplatense.

## PAISES POR CONQUISTAR

Cada menestral que desembarcaba en Montevideo o en Buenos Aires, era una *Revue des Deux Mondes* en dos pies. Esto lo reconoció la propia *Revue des Deux Mondes*, puesto que en un momento de sinceridad confesaba que los carpinteros y talabarteros franceses, se creían como franceses con el derecho a que su nación hiciera una manifestación naval en cada caso de conflicto con cualquiera de los bárbaros nativos.

Hasta hoy, la jenofilia no se ha encontrado todavía sino como caso de excepción, y la jenofobia es la actitud natural si no la regla general de todas las agrupaciones. No sólo, sino que la jenofobia que en los salvajes y los bárbaros de toda categoría se templa por el supersticioso sentimiento de adoración a lo extranjero, sobre todo a lo extranjero de cierta procedencia, en los civilizados es pasión vehemente. Véase en Inglaterra cómo las costumbres y la legislación, para no hablar de comadrerías de merca-

do, ponen barreras al extranjero; cómo en Francia es bárbaro todo el que no es francés, pues si del belga se ríen y desprecian al alemán, del sudamericano han hecho un tipo á la vez ridículo y despreciable; cómo en Suiza, que vive del extranjero, se insulta rabiosamente al extranjero, después de desplumarlo a conciencia; cómo esto no es únicamente en todos esos países obra de un instinto de las masas, pues los hombres más ilustres bajan a vulgarísimos improperios de rabanera, y así Le Bon, nada menos que en una obra llamada *Psicología de los Pueblos*, desconociendo con la más vergonzosa ignorancia el asunto que trata, pero conducido infaliblemente por su perversa intención, cita a la población caucásica de Buenos Aires como prueba de los horrores que resultan del mestizaje.

El odio colectivo puede qnedar frecuentemente atenuado y no producir efectos, como en el caso de Suiza y de Paris que odian y reciben la propina. Pero también hay casos, y es el que nos importa, en que el odio de grupos extraños se fomenta y se utiliza para fines de otro orden. Sobre todo, el odio entre superiores e inferiores, entre civilizados y bárbaros, como el odio entre civilizados y salvajes, ha servido de cauce para empresas de dominación o de exterminio. Entre un europeo o norteamericano, por una parte, y un asiático o iberoamericano, por otra, se establecen dos corrientes: el inferior admira

al superior, le teme, y como consecuencia de estos dos sentimientos, lo adora religiosamente; el ser divinizado desprecia a su adorador, y una de dos, o de tres: o lo trata con benévola complacencia, que puede trocarse fácilmente en maltrato, o le pone la albarda, o lo extermina. Este último es el caso extremo del yanqui con el piel roja, hecho juzgado por la sentencia de Tocqueville y por otra sentencia igual de Houston Chamberlain, que reprocha como signo de debilidad en el blanco no matar al indio. El caso de la albarda es de una variedad infinita; va desde Nicaragua hasta China, en las relaciones que mantienen con sus respectivos superiores, y va desde Portugal hasta Grecia. El caso de la complacencia es en general el de las colonias extranjeras en países no dominados por un tratado Methuen, por una enmienda Platt, por un congreso de Berlín, o por alguno de esos vínculos análogos; es el caso da los extranjeros que pasean por Pera, y elogian o insultan al turco, según la ventolera que los lleva; es el caso de los extranjeros en Pekín que encuentran interesantes a los chinos, sin perjuicio de encontrarlos sucios, incompetentes y ladrones, y de notificarles que la benevolencia tiene límites ý que cuando el chino quiera hacer guapezas se le saquearán sus palacios imperiales.

El paso de la benevolencia a la albarda es cuestión de oportunidad. Todo país tratado be-

névolamente puede convertirse en el Portugal o la Nicaragua del superior, sino es que se le decreta la marroquización o la congolización lisa y llana. Todo depende de las posibilidades.

Sesenta y tantos años después de lo que arriba se transcribe de la *Revue des Deux Mondes*, un sociólogo francés ha analizado el mecanismo interno de la acción diplomática de Francia en su conflicto con el gobierno de la República Argentina. Ese autor no menciona a la República Argentina y acaso ignora la existencia de ese largo conflicto, pero precisamente por ello su testimonio es más valioso. Se recordará que según la *Revue des Deux Mondes* no se trataba de una conquista, sino de dar garantías a los franceses que buscaban un campo legítimo de expansión en América, y asegurar el funcionamiento normal del comercio trasatlántico. Ahora bien, a esto se oponían la falta de moralidad privada y pública de los argentinos, y los abusos del poder, que no estaba en manos de los hombres representativos de las virtudes excepcionales, sino en las de los hombres que reproducían el bajo tipo común, abyecto y bárbaro.

¿Era de extrañar que entre los inmigrantes franceses, laboriosos, pacíficos, útiles, sociables, valientes y generosos, y los nativos haraganes, revoltosos, ineptos, malévolos y sanguinarios se estableciese una corriente de antipatía y de odio? El gobierno de Buenos Aires, y los go-

biernos de las otras provincias, a quienes incumbía la defensa de los extranjeros, en vez de asegurarles la protección a que tenían derecho como miembros útiles de la sociedad y como súbditos de una nación amiga y poderosa, era el coautor, el cómplice o por lo menos el simpatizador y protector inmoral de los malhechores, que formaban la gran mayoría de los habitantes. Dada esta situación no quedaban sino dos cosas, o reembarcar a los 20.000 franceses que estaban formando una Nueva Francia, (siempre Francia, que es pésima colonizadora, ha tenido Nuevas Francias frustradas en todo el mundo), o se imponía al respeto de una autoridad que tarde o temprano debería quedar anulada, como acababa de suceder con la de Méjico en Tejas, en beneficio del inmigrante superior.

Y aquí viene la cita del resorte interior de estos movimientos expansivos, unas veces realizados y otras frustrados. «Los gobiernos llaman generalmente penetración pacífica, dice Paul Louis, (1) la empresa que tiende a explotar un territorio, sin el empleo inmediato de las armas. Pero el carácter de la tentativa no tarda en cambiar necesariamente: o bien los indígenas cometen asesinatos, molestan a las personas y atacan las propiedades, y entonces parece llegado el caso de la legítima defensa, y de que la

(1) PAUL LOUIS, *Le colonialisme.*—París, 1905.—Página 40 y siguientes.

represión sea inexcusable; o bien las agravaciones de cargas fiscales, los llamamientos para la prestación de servicios personales, las humillaciones de toda clase que se imponen a los nativos, sobreexcitan la cólera de éstos y los reunen en un grupo solidario que declara la insurrección. Si la conquista violenta no precede siempre a la proclamación de la soberanía, acompaña casi obligatoriamente a toda toma de posesión europea.»

¿Pero se trataba de eso? ¿Las provincias del Río de la Plata eran un Dahomey acaso? ¿Quién demuestra que existía el plan preconcebido de conquistar o de establecer el vínculo protectoral? Nadie lo muestra porque no es necesario: todos lo decían a gritos. Thiers,—adelante se verá,—no lo decía, lo bramaba en la Cámara de diputados de Francia. Era preciso establecer sobre bases firmísimas el prestigio francés. Y el prestigio francés,—ya lo sabemos,—es el bombardeo francés, el soldado francés, y todo lo que viene detrás de las palabras gloria y penacho.

Por lo demás, el mismo Paul Louis hace la observación atinadísima de que estas empresas casi no son premeditadas, si se cree a los gobiernos, que saben presentarlas como resultado de una provocación. «Observad que los gobiernos han alegado casi siempre el accidente y el caso fortuito para explicar sus erogaciones de solda-

dos y dinero. Entre norotros, nadie habría pensado en apoderarse de Túnez, si los krumires no hubieran creado complicaciones de frontera, y los ingleses no se habrían instalado en Egipto si la seguridad de los europeos no hubiera sido amenazada en Alejandría» (1).

Pero una vez dado el primer paso, viene la teoría general a justificar lo que sigue, es decir, la conquista. Thiers, por ejemplo, después de hablar en sus discursos de los actos execrables de Rosas y del honor nacional comprometido, abría la bombonera para excitar el apetito: presentaba el cuadro de campiñas ubérrimas, de salarios diez veces más altos que los de Francia, y del monopolio de las rutas oceánicas. Les hablaba a los obreros en el lenguaje del maltusianismo, y a los capitalistas en el de cifras que presentaba como decisivas. Tenía opositores, pero eran los tímidos que reflexionaban en presencia del ejemplo espeluznante de la conquista deArgelia.

Ahora bien, si Argelia era retraente para algunos, para otros tenía por el contrario la virtud mágica del estimulante. Y estos últimos estaban en la verdadera tendencia nacional. Estos representaban el verdadero espíritu francés.

«No dejemos escapar la ocasión de crear un imperio americano.» Este era el grito del colonialismo.

(1) Op. cit., pág. 28.

El imperio se creó, prueba de que el grito correspondía a una tendencia positiva e imperiosa. No se creó en América; porque América no lo consintió. Esta es la verdad.

Francia conservaba como restos de su antiguo imperio colonial, despedazado por Inglaterra: los establecimientos de la India, la Reunión, la Martinica, la Guadalupe, San Pedro y Miquelón, y la Guayana. Ensayaba sus fuerzas en Argelia. Y debían seguir: Mayotte, la costa del Marfil, Guinea, la tierra de los Somalís, la Nueva Caledonia, Cambodgia, Cochinchina, el Senegal, Túnez, el Sudán, el Congo, el Dahomey, Madagascar, Marruecos... Y todavía sobraba codicia para desear la Tripolitania, y para penetrar en la hermosísima provincia china de Yunán (1).

---

(1) V. en el *Apéndice* el Número 2.

## LAS MEDIDAS DE RIGOR

La cuestión francesa pasó del terreno antidiplomático del pequeño burócrata Roger, al terreno extradiplomático del contralmirante Leblanc; de las palabras ofensivas a los hechos.

El 24 de marzo de 1838, el contralmirante dirigió una nota exigiendo:

1.° Que se suspendiera respecto a los franceses la ley de 1821, y que el gobierno argentino tratara a los franceses como a los súbditos de la nación más favorecida en tanto que se concluía una convención;

2.° que se le reconociera al gobierno francés el derecho de entablar reclamaciones por los perjuicios irrogados a los franceses que protestaban contra actos del gobierno argentino;

3.° que se procediese sin tardanza a juzgar y sentenciar en el asunto Lavié.

El contralmirante amenazaba con las consecuencias de una negativa a escuchar las reclamaciones entabladas por el vicecónsul.

El gobierno argentino contestó lo que debía contestar, esto es, que si no había entrado en arreglos con un empleadillo consular sin facultades para gestionar y sin capacidad intelectual para entender las cuestiones que trataba, menos aún podía dar oídos a un jefe que al frente de sus fuerzas navales pretendía arrancar resoluciones que ningún gobierno podía dictar sino después de negociaciones amistosas, entabladas en el seno de la mutua seguridad y del respeto que se deben dos naciones independientes.

Leblanc replicó declarando en estado de riguroso bloqueo el puerto de Buenos Aires y todo el litoral perteneciente a la República Argentina.

Si esto no bastaba para sus fines, el contralmirante tomaría otras medidas cuando lo creyera conveniente.

El gobierno de Buenos Aires protestó, fundándose en estas razones:

1.ª El bloqueo es un acto de guerra lícito únicamente cuando se establece después de las declaraciones solemnes prescritas por el derecho internacional.

2.ª El contralmirante, sin autorización para ello, declaraba en estado de bloqueo los puertos y costas de un país amigo de Francia y a causa de reclamaciones que no habían sido discutidas por los dos gobiernos.

3.ª Aun suponiendo al contralmirante facul-

tado por su gobierno para establecer el bloqueo, ilícito sin la previa declaración requerida, el contralmirante obraba de un modo indebido por cuanto a que el gobierno argentino estaba dispuesto a considerar las reclamaciones y prestarles la debida atención.

El contralmirante no discutió las razones de la nota argentina, ni se hizo cargo de las protestas formuladas por el ministerio de Relaciones de Buenos Aires, sino antes bien contestó en términos de reproche, diciendo que el gobierno argentino se negaba a hacer justicia por un sentimiento de amor propio, y que llegaba hasta el sarcasmo negando los hechos en que consistían sus desafueros.

El gobierno argentino, como única respuesta, envió al contralmirante y al cuerpo diplomático, copia de informes por los que constaba que sólo estaban en la cárcel Pierre Junin, marinero, reo de asesinato en la persona de Matías Cañete, y Pierre Lavié, proveedor, ladrón confeso, sentenciado también a una pena corporal, que estaba para extinguir el reo. Constaba asimismo en esos informes que sólo prestaban servicio militar seis franceses voluntarios.

El bloqueo continuaba, sin embargo.

¿Qué significaba eso?

## CON LO QUE NO CONTABA FRANCIA

El contralmirante puso a un lado su careta, y habló así:

—Yo no vengo a discutir principios de derecho internacional. Vengo a imponer condiciones. Si el gobierno de Buenos Aires las acepta, levantaré el bloqueo. Dejo mis órdenes en tal sentido. Yo me marcho a Río Janeiro, que es nuestra sucursal sudamericana.

No discutir principios; imponer condiciones. Eso se hace en Africa, después del abanicazo del bey al ministro de Francia, y Francia se queda con Argelia; eso se hace en Asia para quedarse con la Indochina.

¿Y en América? También. La intención era clara, entonces y doce años después. Sólo que entre la intención y el resultado se interpuso el hecho de que América no es Africa ni es Indochina.

En ese mismo instante, otro marino francés ejercía una presión igual en Méjico. El gobier-

no de Méjico no la toleró, y declaró la guerra, es decir, puso al invasor en la necesidad imprescindible de acudir a los cañones para que el atropello quedara patentizado. Pero un atropello no puede quedar patentizado cuando se trata de pueblos de fuerza muy desigual, y seis años después del bombardeo de San Juan de Ulúa, la reina Victoria, en un arbitraje inicuo, como casi todos los arbitrajes, declaró a Méjico sin derecho a indemnizaciones ni reparaciones por haber sido la parte que declaró la guerra, o en otros términos, castigó a Méjico por no haber sufrido en silencio y con resignación cristiana, e hizo buenos los cañonazos de la escuadra francesa como de nación que contestaba a la guerra con la guerra.

¡Santa justicia del arbitraje!

En Guayaquil otra escuadra imponía condiciones, aceptadas por el indefenso Ecuador.

Y en Chile flameaban también las banderas de los buques bloqueadores.

Se trataba de la conquista de América o de su mediatización. Si el plan fracasó, no fue por falta de buenos deseos. Fue culpa de la falta de resolución. La noble Francia iba con miedo en su piafante cuadriga. Un día apretaba el paso, y otro día se rascaba la cabeza antes de enjaezar. Para que un plan tenga buen éxito es necesario que haya plan. Y eso le faltó a Francia desde el primero hasta el último día. Lo que no quiere

decir que le faltara insolencia, y que no lacerara cada día la carne doliente de los americanos en todas las latitudes. La reacción de los americanos irritaba al agresor, lo intimidaba, pero no lo obligaba a ceder. Y todo el conflicto fue una serie de ultrajes que no pasaban a la categoría de verdaderas empresas militares, y una serie de empresas militares que no pasaban de tentativas ridículas de intimidación. ¿Y si se hubiera hecho lo que en Argelia, preguntaba el gnomo Thiers? En primer lugar no se hizo, y en segundo lugar no se hubiera podido hacer. Y no se hubiera podido hacer por dos causas: porque se necesitaba de recursos infinitamente mayores, y porque la resistencia no hubiera sido la resistencia heroica pero desesperada del africano, sino la resistencia heroica, eficaz y victoriosa de un espíritu nacional.

El gobierno francés quería imponer su protectorado en Méjico, y crear en Bolivia otro centro de dominación que se extendiera al Perú. La marina francesa sería soberana en el Océano Pacífico desde la California hasta Valdivia; en el Atlántico del Sur; en el Mar Caribe, y en el golfo de Méjico.

¿E Inglaterra? Francia no contó con Inglaterra. Y no contó con la América Española.

## LOS ALIADOS DEL EXTRANJERO

«Tenemos una fe profunda, proseguía el artículo de la *Revue des Deux Mondes*, citado arriba (1), tenemos una fe profunda en todos los medios de cultura intelectual y moral, así como en los medios y resultados de la cultura material. Creemos, para entrar en el asunto, que después de algunos años de gobierno estable y regular, conducido por espíritus ilustrados y voluntades enérgicas, la civilización penetraría hasta apoderarse de los salvajes habitantes de las llanuras de Buenos Aires, esos gauchos que viven a caballo y sin camisa, hijos degenerados de los héroes de la conquista española, que casi no tienen ya de cristianos sino el nombre, y de hombres, la forma únicamente. El español llevó los mejores vegetales y los animales más útiles de Europa para que se reprodujeran bajo aquel cielo: se aclimatan y prosperan, pero degeneran

(1) 1.° de Julio de 1838; pág. 65.

también, y vuelven al salvajismo tan pronto como la mano del hombre se retira y su mirada se vuelve hacia otra parte.»

Pero ¿en dónde están los hombres «de alta inteligencia que comprenden la necesidad que tiene su patria» de la misión civilizadora de los europeos?

¿En dónde?

Uno está en Bolivia. Es el general Santa Cruz. El general Santa Cruz, «uno de los jefes americanos más merecedores de que Europa se interese en el mantenimiento de su poder.»

El general Santa Cruz, fundador de la Confederación Peruano boliviana, está en pugna con las provincias del Río de la Plata a causa de la de Tarija, y los franceses quieren apoyarlo contra Buenos Aires y contra Valparaíso, aliado de Buenos Aires.

Los otros americanos «de alta inteligencia», se hallan en Montevideo. Son los unitarios de Rivadavia, los incomprendidos redentores del Plata que inspiran al articulista de la *Revue des Deux Mondes*, y que llaman a las puertas de los estadistas franceses para que haciéndose éstos cargo de «la misión que les reserva el porvenir» los restituya al ejercicio del poder y destrocen con sus cañones la barbarie gaucha.

# EL BLOQUEO PACIFICO

Según Pistoye y Duverdy (1), «sucede frecuentemente que una potencia de primer orden, cuando tiene que pedir satisfacción a otra potencia secundaria, se limita a bloquear sus puertos, sin declararle la guerra de un modo positivo. No se ha declarado la guerra, pero se hace la guerra realmente, sólo que como el bloqueador es el más fuerte, no emplea todos los medios de ataque de que podría disponer, y hace la guerra en la medida de sus conveniencias.»

El bloqueo pacífico es pues una ficción, o más bien, dado que hay ficciones legítimas y de buena fe, un acto hipócrita. «Lo que caracteriza esta especie de bloqueo, dice Calvo, es que, aun cuando traiga aparejado para el comercio marítimo y para los que son víctimas de esa medido, las mismas consecuencias perjudiciales y los mismos efectos jurídicos, los gobiernos que lo

(1) *Droit International.* Tomo I. Págs. 376-391.

establecen pretenden que con el bloqueo no rompen el estado general de paz entre ellos y la nación bloqueada, y que no ejercen contra ella sino una especie de presión moral destinada a ahorrarles la necesidad de recurrir a los extremos de la guerra» (1).

Las ventajas para el bloqueador son indiscutibles. En primer lugar, no tiene que emplear tropas de desembarco, ni hacer gastos de municiones. En segundo lugar, no compromete el honor de su bandera en una campaña, y puede retirarse sin menoscabo para su dignidad aun en el caso de no alcanzar el fin que se propone. Y, por último, puede lograr sus fines, por inicuos que sean, sin perder el carácter de generosidad en que funda siempre su abstención de violencias de otro orden.

Toda la dificnltad para el buen éxito estriba en que los neutrales acepten el daño resultante de la paralización del tráfico; pero como frecuentemente dos o más potencias, de las de mayor importancia, obran de acuerdo para emprender unidas el bloqueo, y como por solidaridad bien comprensible, la potencia o el grupo de potencias que apelan al bloqueo, encuentran buenas disposiciones y una amplia tolerancia de parte de las otras, a título de reciprocidad, el bloqueo

---

(1) Carlos Calvo, *Droit International*. Tomo IV, pág. 187.

pacífico no provoca las iras que una falta de inteligencia con los bloqueadores inspiraría a los no bloqueadores.

Los casos más notables de bloqueo pacífico, anteriores al que sufrió la Confederación Argentina, fueron el de 1827, declarado por Inglaterra, Francia y Rusia para ejercer presión en el arreglo de los asuntos del Peloponeso; el de 1831 en la desembocadura del Tajo y en diversos puntos de la costa de Portugal, para obtener las reparaciones que exigía el gobierno francés del de Lisboa per supuestos atentados contra súbditos de Luis Felipe; el que establecieron los gobiernos de Inglaterra y Francia contra Holanda para obligarla a aceptar las resoluciones de la Conferencia de Londres sobre la cuestión de Bélgica, y, por último, el de los puertos de Méjico, declarado por Francia en el mismo aña de 1838, y seguido del bombardeo de San Juan de Ulúa, aunque Méjico declaró a su vez la guerra, indignado por la infamia de que era víctima.

En todos estos casos las potencias bloqueadoras obtuvieron lo que se proponían, y en el de Méjico, no sólo se les acordaron las reparaciones exigidas, sino que, a diferencia de lo que hizo Francia en su tratado con Portugal, no devolvió a Méjico los buques capturados durante las operaciones. Esto se debió a que, como queda dicho arriba, Méjico declaró la guerra,

y al formular sus pretensiones a la devolución de sus buques de guerra y de comercio, capturados por Francia en el período del bloqueo pacífico, y los que le fueron tomados después de la declaración de guerra, como Francia se negase a consentir en esa devolución, las dos partes convinieron en someter el litigio al arbitraje de la reina Victoria, y esta soberana, o el que redactó la sentencia, falló de acuerdo con los sacrosantos derechos del gobierno de Francia, puesto que la guerra había sido declarada por Méjico, con lo que Francia había adquirido la facultad de incautarse de los buques secuestrados durante el bloqueo pacífico y de tratar como buena presa los que capturó posteriormente a la ruptura de la paz por parte del bloqueado Méjico, y falló por último que no había lugar a la restitución de las propiedades ocupadas ni a indemnizaciones pecuniarias.

Según esto, los actos abusivos del bloqueo pacífico no constituían un ataque a la soberanía del país bloqueado, ni eran un acto de guerra puro y simple, preexistente a la superflua e inocente declaración de guerra del gobierno mejicano.

La sentencia de la Augusta Señora es del 1.° de agosto de 1844, época en que, como veremos después, Inglaterra y Francia pirateaban unidas en el Río de la Plata.

Fue un rasgo de imbecilidad por parte de

Méjico aceptar el arbitraje. Es imbecilidad aceptar el noventa por ciento de los arbitrajes. Pero esto no quita que por parte de Inglaterra, su sentencia fuera un acto de impudor.

# LA PAJA EN EL OJO AJENO

*The Times* se indignaba contra Francia, en su número del 21 de agosto de 1838.

¿Qué significaban esos casos fortuitos que como por un conjuro se producían a la vez en África y en América, sino el propósito preconcebido de establecer protectorados y de abrir conquistas?

Así, cuando lord Aberdeen pidió al gobierno francés una explicación sobre la campaña de Argelia, se le dijo que la campaña tenía por objeto exigir las debidas reparaciones por los ultrajes inferidos al pabellón de Francia, pero que no se atentaría contra la regencia de Argelia.

Ahora bien, mientras aseguraba esto el gobierno francés, el mariscal Bourmont afirmaba en una carta, escrita en Viterbo con fecha del 26 de julio, que cuando salió de París a la conquista de Argelia para vengar insultos de que había sido objeto el pabellón francés, no se trató de la

restitución del país a la Sublime Puerta en el Consejo de S. M. Carlos X, porque hablar de esto habría sido tanto como frustrar el propósito que tenía la corona al ordenar la expedición.

Para vengar debidamente el abanicazo que dio el bey al ministro de Francia, el mariscal Bourmont se encaminó directamente a las cajas del tesoro, procedimiento tradicionalmente caballeresco. «Encontramos, dice el propio vengador del honor ofendido, 48.600.000 francos en especies metálicas, y nos apoderamos además de los armamentos y de las existencias de cobre, lana, hierro y otros efectos que representaban un valor de más de veinte millones, con lo que subió el total a 60.000.000 más o menos. Así es que, satisfechos los gastos, ha de haber quedado un sobrante como de cuarenta millones para el tesoro.»

No sólo *The Times*, sino el propio lord Strangford habia dicho algo semejante en la cámara de los lores, denunciando los procedimientos de Francia en el Senegal, en Méjico, en Chile y en la frontera del Brasil con la Guayana Francesa. En Méjico, por ejemplo, había quedado un remanente como en Argelia. «Las indemnizaciones exigidas, decía el orador, por supuestos perjuicios causados a súbditos franceses ascendían a 600.000 pesos (tres millones de francos). La injusticia exorbitante de esta reclamación puede juzgarse por una partida de la cuenta. En cier-

to día de turbulencias, algunos soldados cayeron sobre los hojaldres y mermeladas de un pastelero, quien considerando que un ataque a sus golosinas era un atentado contra S. M. el rey Luis Felipe, estimó los daños en la módica suma de 25.000 pesos (125.000 francos), que el almirante francés adicionó a la cuenta general.»

Muchos años después, cuando ya el Thiers belicoso de 1838 a 1850, era momentáneamente el Thiers amigo de los pueblos débiles, en discurso parlamentario del 9 de junio de 1867, hablaba así el glorificador del bombardeo de San Juan de Ulúa: «Al efectuarse la expedición de San Juan de Ulúa, el gobierno francés había reducido considerablemente la cuenta de las reclamaciones formuladas en favor de sus nacionales, y esa cuenta era ya sólo de tres millones de francos. Pues bien, cuando el Ministerio de Negocios Extranjeros procedió al reparto de los tres millones, sólo pudo aplicar dos millones a los reclamantes. Sobraba, pues, un millón que posteriormente empleamos para satisfacer otras necesidades» (1).

El colaborador diplomático de la *Revue des Deux Mondes*, en una carta del 31 de agosto de 1838, decía que el lenguaje de lord Strangford era seguramente muy lógico, pero que lord Strangford, excelente patriota, no veía sino la paja en el ojo del vecino, para no dar un men-

(1) Discurso parlamentario del 9 de junio de 1867.

tís a la admirable sentencia del Evangelio.

¿No acababa Inglaterra de apoderarse, por medio de sus procedimientos conocidos y tradicionales, de la *Soledad* en una de las Malvinas, arrojando al gobernador argentino y enviando a Buenos Aires la corbeta destinada a custodiar el establecimiento? Esta no era historia antigua, sino muy reciente, del 3 de enero de 1833.

¿Y no tenía Inglaterra cuestiones como las de Francia, contra el Perú, contra Chile, contra la Nueva Granada, y aun contra Méjico y Buenos Aires, en cuyo favor hablaba el ilustre lord?

Era curioso que el abogado de la Confederación Argentina se expresase bien de Méjico, sólo porque había arreglado satisfactoriamente sus asuntos en ese país. ¿Y cómo no había de arreglarlos de un modo satisfactorio cuando Méjico sabía que los ingleses, detentadores del territorio mejicano de Belice, como lo eran del territorio argentino de las Malvinas, dirigían desde largo tiempo atrás miradas de codicia hacia Yucatán, y que aprovecharían la primera oportunidad para pagarse a lo chino?

El corresponsal de la *Revue des Deux Mondes* no afirmaba precisamente que Inglaterra fuera capaz de proceder así, pero sí creía que Méjico tenía temores, infundados en verdad, pero muy serios, como los abrigaban Chile y el Brasil. Después de lo acontecido en las Malvinas, era natural que los débiles gobiernos ame-

ricanos temblasen al oir el nombre de Inglaterra. No así cuando se trataba de Francia, decía con un hondo suspiro el corresponsal, «pues Francia parecía que iba destruyendo con sus propias manos y en un movimiento sistemático, lo que le quedaba de su imperio colonial, y que ni en Méjico ni en Buenos Aires inspiraba temores que pudiesen dispensarla de recurrir a las armas, para obtener una justicia largo tiempo deseada» (1).

Por lo demás, no todos eran lord Strangford, y aun en Inglaterra había quienes comprendiesen «la misión de Francia».

Al recibirse la noticia del bloqueo de Veracruz, un periódico inglés decía: «El gobierno francés merece un voto de gracias de todas las naciones civilizadas, por sus esfuerzos para imponer el debido respeto a las reglas del derecho de gentes por parte de aquellos bárbaros sin principios. En medio de este conflicto, los negociantes ingleses pueden verse expuestos a algunos contratiempos; pero si los franceses tienen buen éxito, todas las naciones obtendrán ventajas de la lección que se haya dado a los mejicanos, porque después de todo, creemos que Europa ha ido demasiado aprisa tratando sobre un pie de igualdad con Méjico y con los otros gobiernos meridionales de América.»

(1) *Revue des Deux Mondes,* tomo XV, páginas 732-736.

## LA TOMA DE MARTIN GARCIA

El 23 de septiembre de 1838, se dirigió un ultimátum al gobierno de Buenos Aires.

Roger decía en sustancia:

«Otorgo al gobierno argentino el beneficio de la paz, mediante la simple suspensión de ciertos principios de rara aplicación que sostiene.

»Si no acepta, tendrá que esperar la resolución que dé al asunto el gobierno de Francia, y sufrir entretanto la dura ley del bloqueo.

»En el supuesto de que se avenga a entrar en razón, deberá:

»1.° Entregar sin pérdida de momento 20.000 pesos fuertes para la viuda de César H. Bacle.

»2.° Entregar asimismo 10 000 pesos fuertes como indemnización a Pierre Lavié, y destituir al coronel Antonio Ramírez que procedió contra este mártir.

»3.° Pagar en el término de un año el crédito de Blaise Despouy.

»4.° Considerar a los franceses residentes en las Provincias de la Confederación lo mismo que a los súbditos de la nación más favorecida.

»Pero si el gobierno de Buenos Aires se negaba a acceder a estas exigencias, Francia no podría vacilar y emplearía todos los medios con que contaba para poner término sin demora a una lucha perjudicial para sus intereses y los de sus aliados.»

Los aliados eran Rivera y los rivadavistas de Montevideo.

El gobierno argentino contestó:

1.° Bacle había quedado convicto y confeso de los hechos por los cuales se procedió contra él, y así lo había reconocido el mismo agente consular cuando solicitó que se le perdonara.

2.° La justa prisión de Lavié por el delito de robo no podía dar lugar a indemnización de diez mil pesos.

3.° Despouy había sido declarado con derecho a una indemnización; pero era imposible darle las cantidades exorbitantes que reclamaba sin comprobación de su procedencia.

4.° El gobierno argentino trataría por la vía diplomática sobre la situación de los franceses en el territorio de la Confederación, pero no podría hacerlo antes de sentirse con garantías de seguridad y libre de toda coacción.

A la vez que el gobierno argentino giraba esta nota como gobierno independiente, Ro-

sas como jefe de cabila acudía al ministro inglés para que la mediación de éste le valiese al menos que se le tratase como jefe de una tribu amiga. ¿No querría el gobierno británico encargarse de la tarea de árbitro en el asunto de las reclamaciones francesas?

Entretanto, se trataría a los franceses como a los ingleses. ¿No era esto lo que se pedía?

Había habido una conferencia a bordo de la corbeta inglesa *Acteón*, en la que tomaron parte el ministro de Relaciones de Buenos Aires, el ministro de Inglaterra y el jefe de la escuadra francesa Dupotet.

Pero en Montevideo se echó agua fría sobre los propósitos pacíficos del almirante Dupotet. Rivera, los unitarios y el aliado Roger se escandalizaron de que Francia hubiera buscado la sombra del pabellón británico para quebrantar una noble actitud, con el resultado funesto de que se consolidara el poder sanguinario de la barbarie de Buenos Aires. El ultracivilizado Rivera temblaba de indignación. ¡El, que era encarnación de los principios del 89 y albacea de Rivadavia, no podía tolerar que triunfase la insolencia gaucha de Rosas!

La propuesta de mediación era del 1.° de octubre de 1838. La nota del ministro inglés, llevaba fecha del 4. El día 9, Roger contestaba negativamente, y el 11 era tomada la isla de Martín García por las fuerzas de la civilización

en un asalto que duró menos de dos horas, y se daba así una base a las operaciones del bloqueo.

El comandante Jerónimo Costa, jefe de la posición, prisionero de los franceses, fue entregado por éstos al gobierno argentino, con una nota en la que se recomendaban «las acertadas disposiciones que había tomado para la defensa, y en la que se encarecía su valerosa conducta durante el ataque dirigido contra él por fuerzas superiores en número.» El comandante Daguenet, autor de esta caballeresca recomendación, puso con ella un delicadísimo fondo de ironía a la situación, que mediante el ataque y toma de la isla de Martín García, pasaba de una a otra fase: el bloqueo pacífico daba lugar a las operaciones activas del bombardeo amistoso.

Graciosos preliminares del saqueo civilizador y de los incendios pedagógicos que iban a seguir.

# EL NIDO DE PIRATAS

La caída de Oribe y el entronizamiento de Rivera en Montevideo, fueron seguidos de un hecho que se creía destinado a producir la desaparición catastrófica del gobernador de Buenos Aires.

La muerte del cacique López había impedido que Santa Fe se pusiese de parte de la intervención francesa. El Dr. Cullen, secretario político de López, e inspirador de este hombre, tuvo que desaparecer con el difunto gobernador, pero quiso maniobrar en las provincias interiores. Fracasó, fue entregado a Rosas, y éste lo fusiló. Santa Fe permaneció, pues, fiel a la liga del litoral.

No tardó, sin embargo, en producirse otra defección más importante todavía: la de Corrientes. Sin embargo, la actividad con que acudió al peligro el gobernador de Entre Ríos, Echagüe, y su victoria en la sangrienta acción de

Pago Largo, restablecieron la ventaja en favor de Buenos Aires.

El factor principal en este resultado fue el contingente de las fuerzas argentinas que habían sido destinadas a Bolivia, y que después de la acción de Jungay quedaron disponibles para operar en Corrientes contra el gobernador de esta provincia Berón de Astrada, quien no sólo fué vencido sino que murió en la acción.

Rivera, entretanto, que debió haber acudido en apoyo de Berón de Astrada, no hacía sino tergiversar, dilapidar y permanecer inactivo. No sólo permanecía inactivo: iniciaba negociaciones con Rosas, quien rechazó sus avances.

Los franceses, desalentados, tendían la vista en torno de su flota, y se preguntaban:

¿En dónde está Lavalle?

Lavalle estaba en Mercedes, y fiel a las inspiraciones generosas de su patriotismo, había escrito esta carta:

Sr. D. Martiniano Chilavert.

Mercedes, 16 de Octubre de 1838.

Querido amigo:

.........................................

.........................................

Los franceses van a bloquear a Chile... cuando un ejército chileno está en Lima contra Santa Cruz... El cónsul francés Roger, que fue a

Francia a dar cuenta a su gabinete, volvió y ha dirigido a Rosas un ultimátum con algún agregado de exigencias. Le declara que «para hacerle la guerra se unirá a sus enemigos... La isla de Martín García ha sido tomada a viva fuerza por las escuadrillas aliadas... 41 piezas tiraban sobre un malísimo parapeto y 500 infantes completaron el suceso. El honor del pabellón argentino ha quedado bien, pucs el joven Costa se ha batido *en héros*, como dicen los galos. Perdió 60 muertos, y él mismo ha quedado prisionero y herido. Los agresores han tenido 50 muertos. Así nos lo aseguran aquí.»

Con fecha 16 de diciembre hablaba de este modo en carta al mismo Chilavert:

«Siento ponerme a contestar su apreciable del 13 en el momento mismo en que Videla manda por la carta. Me sentía con disposición de escribirle a usted muy largo, como lo exige la grave cuestión que usted trata.

»Los dos diarios de Montevideo están de acuerdo sobre la unión con los franceses. Usted habrá leído casualmente algunos números de la revista que no hablen del asunto, pero Madame está tan inflamada que termina un larguísimo artículo de sofismas y de una charlatanería obscura, llamando pobres y estúpidos a los que no piensan del mismo modo. Estos hombres, conducidos por un amor propio muy mal entendido,

quieren trastornar las leyes eternas del patriotismo, del honor y del buen sentido; pero confío en que toda la emigación preferirá que la revista la llame estúpida a que su patria la maldiga mañana con el dictado de vil traidora. Nadie clasificará mejor que usted a aquellos hombres cuando los llama sansimonianos.............

.....................................

...En dos o tres meses las ideas pueden variar mucho en circunstancias como éstas, pero si se realizan las ideas de hoy, es decir, si llega el caso de llevar la guerra a nuestra patria los pabellones francés y oriental, entonces haremos nuestro deber.»

Carta magnífica, que marcaba la ruta; pero el que la escribió hizo punto por punto lo contrario de lo que en ella se recomendaba como dictados del honor y del patriotismo.

Lavalle tenía un corazón muy grande, pero una cabeza muy débil. Sucumbió a las sugestiones y sofismas del varelismo.

Los mismos que le habían inspirado el asesinato de Dorrego, lo condujeron de la mano al campo de la traición.

A pesar de sus flaquezas, Lavalle era todo un hombre, y así como al aceptar la sugestión homicida de 1829, asumió serenamente todas las responsabilidades ante la sociedad y ante la historia, porque le hubiera parecido vil alegar circunstancias atenuantes en un acto de autoridad,

al ponerse bajo el pabellón francés lo hizo sin titubeos.

Pero sin que él lo haya pretendido, debe considerársele irresponsable, y acaso por esto lo ha cubierto un manto de indulgencia que no alcanza a los unitarios, sobre los cuales ha caído el anatema popular.

Inflados de soberbia, creyéndose superiores a su pueblo, obligado según ellos a dejarse conducir por la infalibilidad que pretendían monopolizar, eran odiados por las masas, no tanto a causa de esa fantástica barrera que levantaban para aislarse del rebaño vil, sino porque el alma colonial de esos hombres concebía a la patria sólo para negarla y ponerla a los pies del extranjero.

Cien veces dijeron que los cañones de Europa iban a civilizar, cuando el pueblo con la ingenuidad inocente de sus intuiciones veía detrás de cada cañón un enemigo animado de la insolencia de todos los conquistadores, y detrás de cada conquistador la avidez impura de los agiotistas.

Como siempre, el pueblo estaba con los poetas y con los videntes.

Lamartine llamaría más tarde aquella guerra, *guerra de letras de cambio*.

Y el elocuente Chaix-d'Est-Ange, señalando hacia Montevideo, exclamaría, por los europeos que allí estaban:

—Nido de piratas.

## LOS INCENDIARIOS DE LUIS FELIPE

No seguiré la expedición de Lavalle, que terminó con la muerte accidental de este hombre infortunado.

Lo que interesa poner de relieve es que, desde el 9 de agosto de 1839, en que Lavalle salió de Montevideo, hasta su última derrota en 1841, Rosas pasó momentos que parecían preceder a su eliminación definitiva.

—Se nos viene el hombre,—decía Rosas cuando Lavalle avanzaba;—se nos viene encima.

Como siempre sucede en casos tales, mientras la invasión camina hacia Buenos Aires, la conjuración amenaza a Rosas en la ciudad, y la campaña del sur, que es su apoyo y su fuerza, se muestra agitada también, y pacta con el francés.

Pero Lavalle fracasa, contra toda previsión. La conjuración, descubierta, queda desbaratada, y en las estancias del sur se siente de nuevo la mano pesada de la autoridad.

Pocas veces se habrá visto a un hombre más dueño de sí, más tranquilo y con mayor fortaleza.

Por necesaria coincidencia, mientras Rosas domina mejor las turbonadas de la rebelión y de la conjuración, el pueblo se siente más exaltado y delirante en favor del caudillo.

Decir el pueblo es decir los de arriba y los de abajo. Jamás prescindió Rosas de los de arriba para tener de su parte a los de abajo, ni se hizo impopular en obsequio de los optimates.

Nace el terror; pero no es como se cree, el terror de un hombre aislado que sabe imponerse. Es el terror de un fanatismo, contagioso y tiránico, que enloquecía a los hombres de cabeza más fría, que embravecía a los más tímidos, cuando se trataba de seguir los impulsos del torbellino, y que por contraste fatal aplacaba a los impulsivos y sugería habilísimos maquiavelismos a los más incautos que pretendían sobreponerse al movimiento de las masas o contrariarlo.

La exaltación, enorme por las tentativas de conmoción interna y el plan frustrado de asesinar a Rosas, crecía cuando los franceses, tomando el pulso para una empresa de mayores vuelos, se apoderaban de las embarcaciones ancladas en el puerto de Zárate, y eran rechazados por el coronel Ramos, comandante de una milicia mal armada; cuando en el puerto de la

Atalaya incendiaban el 9 de mayo de 1839 los buques de cabotaje que los milicianos les impidieron capturar, y por último, cuando el comandante Valle malogró la tentativa que hicieron el 9 de junio para tomar como base militar el arroyo del Sauce.

Hubo otras tentativas como éstas, pero todas fueron «muy poco felices y muy poco importantes».

El resultado de ellas fue el grito popular:

«¡Odio eterno a los parricidas unitarios, vendidos al inmundo oro francés!

»¡Odio y venganza en el pecho de todo federal contra los incendiarios de Luis Felipe!»

# MONROISMO INOFICIOSO

Antes de esto había habido un momento en que todo parecía conducir a un arreglo. El comodoro Nicholson, de la marina de los Estados Unidos, propuso a Rosas una transacción, bajo las siguientes condiciones:

1.ª Los franceses gozarían de la protección concedida a todos los extranjeros que no estuviesen comprendidos en las ventajas de un tratado vigente.

2.ª Este tratamiento de favor se extendería a las cuestiones relacionadas con el servicio militar.

3.ª Aceptación de las indemnizaciones previo arbitraje.

4.ª Devolución de la isla de Martín García.

5.ª Para no violar la ley fundamental de la República, que prohibía al gobierno general entablar negociaciones con el jefe de una fuerza armada, las escuadras bloqueadoras se retirarían a la Punta del Indio o a la Colonia en el

momento de la llegada del cónsul M. Buchet-Martigny.

Pero los franceses cambiaron bruscamente de actitud, como lo hacían a menudo, revelaron los pormenores de la negociación y declararon que el comodoro había tomado indebidamente la iniciativa y que había traspasado los límttes de las concesiones a que estaban dispuestos los representantes de Francia.

Sonaron las expresiones habituales: causa de la humanidad y de la civilización; derecho de gentes; leyes eternas de la justicia; misión de la nación francesa, antorcha del mundo...

Y fue todo.

## UN ULISES ABSURDO

Después de la entrevista a bordo de la coberta *Acteón*, y después de la escandalosa disidencia que se produjo entre el almirante Dupotet y el cónsul encargado de negocios, Buchet-Martigny, el gobierno francés, desautorizando a sus dos agentes, dispuso el envío del vicealmirante Baudin con plenos poderes para que concluyese la paz, y con fuerzas bastantes para que si la paz como la quería Francia se frustraba, hiciese un San Juan de Ulúa.

«La toma del castillo de San Juan de Ulloa, (1) el más brillante de los hechos de armas de estos últimos tiempos, ha colocado al almirante Baudin en primera línea entre los jefes de la marina francesa.

»Hombre de cabeza y de reflexión, de visión

(1) Es error muy común llamar San Juan de Ulloa a San Juan de Ulúa. Ulúa, corrupción de Culúa, fue el nombre que dieron los compañeros de Cortés al islote que está enfrente de la actual ciudad de Veracruz.

clara, formado por otra parte en la escuela del infortunio, y que no adopta jamás un partido sino después de haber procurado todos los medios para ilustrar su juicio, el almirante Baudin se distingue a la vez por una gran audacia en sus resoluciones y por un ardiente amor a la gloria de su patria.»

Así hablaba *Un oficial de la Flota* en la tribuna de la *Revue des Deux Mondes*.

De ser verdad lo que decía el panegirista de Baudin, este Ulises era el hombre más absurdo que puede uno imaginar. Francia no quería la guerra. No quería la intervención. Quería solamente obtener la reparación debida por los agravios de que había sido víctima. Baudin sabía de sobra que el gaucho era «el invencible aliado del desierto». ¿Qué hacer pues y cómo proceder?

Del modo más sencillo, decía Ulises Baudin: presentar un ultimátum como el del barón Deffaudis al gobierno de Méjico, «y si Rosas lo obligaba a la guerra, impresionar la imaginación de los habitantes del país con una proeza rápida y brillante, (un segundo San Juan de Ulúa); apoderarse de la ciudad de Buenos Aires, y allí, sin ofender el orgullo nacional, porque no se procura impunemente envilecer a una nación, imponer condiciones y retirarse sin dejar otra huella de la ocupación de las tropas francesas que un recuerdo glorioso. Con este pensamiento

aceptó la misión que se le ofrecía, y se mostró satisfecho con las fuerzas que el ministerio ponía a su disposición. Estas fuerzas consistían en 36 navíos de guerra de todas dimensiones,—fragatas, corbetas, bricks, gabarras, goletas, buques de vapor y cañoneras; quinientos hombres de infantería de marina, una batería, cien artilleros y cincuenta zapadores. Estas tropas formaban un total de 6.000 hombres, contada la división.»

Eran muchos buques y muchos hombres. Bastaban y sobraban para impresionar la imaginación con un bombardeo que no humillara.

Bastaban y sobraban para que el jefe de la expedición, que se proponía negociar en suelo argentino bajo pabellón francés, hubiese provocado una de las guerras más largas y sangrientas de la historia de América.

Baudin había tomado en Méjico un islote insignificante, pero ese islote era la llave del comercio nacional.

En el Río de la Plata el comercio no tenía llaves.

Por otra parte, ¿cómo apoderarse de una capital sin verse obligado a conservarla indefinidamente, o a dejarla sin la humillación de no encontrar quien aceptase las estipulaciones de un tratado leonino?

¿O crearía Baudin un gobierno de unitarios cuya autoridad no alcanzaría más allá del puente de Márquez?

Esto sería tanto como abrir tratados consigo mismo.

Baudin fue relevado seis horas antes de partir.

En el consejo se agitaron todas las cuestiones que implicaba un segundo San Juan de Ulúa, y prevalecieron los moderados que se reían de aquel brillantísimo hecho de armas, tan aparatoso como infecundo, y de imposible repetición en una ciudad cuyos suburbios abarcaban una área muy dilatada.

San Juan de Ulúa, decían los reflexivos, fue una solución, a pesar de haber sido una locura, porque Inglaterra estaba allí, porque fue mediadora, y porque el gobierno de Méjico se hallaba a ochenta leguas de distancia, en aptitud de negociar.

Pero si Rosas desaparecía de la ciudad-puerto, con él desaparecía toda autoridad legítima, y no habría otro camino que el humillante de la retirada o el peligrosísimo de la penetración al interior del territorio.

¿Estaba Francia dispuesta a una guerra de conquista?

## LAS INSTRUCCIONES DEL MARISCAL SOULT

Es necesario repetir que Francia había pasado por muchas alternativas en sus resoluciones. «A fines de 1837, decía el *Oficial de la Flota*, y en los primeros meses de 1838, el gabinete francés tenía muy serias dificultades: lo amenazaba la coalición de las opiniones más divergentes. Ante esta situación difícil en el interior, el gobierno sentía tanto más vivamente la necesidad de terminar de un modo impresionante nuestros asuntos en América. De allí las expediciones a Méjico y a Buenos Aires.»

Pero esta última no terminó, como se esperaba, con la caída violenta de Rosas, y su prolongación fue una espina clavada en el pecho, no ya del gabinete, sino del Estado.

La crisis egipcia y las complicaciones europeas a que condujo la imprudente acometividad francesa, imponían una solución rápida, improvisada y a la diabla, como aquellas que buscaba

ansiosamente Napoleón III en el embrollo mejicano después de Sadowa.

Así fue que desde principios de 1840, París aconsejaba las medidas de conciliación. En nota del 26 de febrero, dirigida a Buchet-Martigny por el mariscal Soult, ministro de Relaciones, se analizaba con desencantada lucidez la miserable lucha que sostenía en el Plata la nación francesa, condenada a reclusión por las potencias europeas, en castigo de sus infracciones a la disciplina del equilibrio europeo.

El mariscal Soult veía a Lavalle vencedor de las fuerzas de Entre Ríos, y a Corrientes en armas contra Rosas; pero esto no tenía significación favorable, puesto que el sur de la provincia de Buenos Aires había quedado sometido al poder de Rosas, y puesto que Rivera, el eterno inactivo, no hacía otra cosa que observar a Echagüe.

Ante esta situación, el contralmirante Dupotet llevaba instrucciones de no reforzar a Montevideo con la guarnición de marinos franceses, y de entrar en el camino de las negociaciones.

Las negociaciones eran difíciles, indudablemente; pero a la vez había que convenir en lo peligroso, y muy peligroso, de perseverar en la compañía de aliados «como los que había dado a los franceses la fuerza de las cosas, poniendo a los interventores en la necesidad de ir más lejos de lo conveniente y en la dependencia de

acontecimientos que ellos no podían prever ni dirigir».

Bastaba examinar el punto inicial de las dificultades, para darse cuenta de la agravación del conflicto, y del extravío que había sufrido una cuestión harto sencilla en el primer instante.

Efectivamente, en vez de sostener una controversia diplomática entre Francia y Buenos Aires, los franceses se hacían parte en una lucha entre Rosas y Rivera, o sea entre Buenos Aires y el Uruguay.

Más aún: esto se complicaba por el apoyo prestado a los argentinos de Montevideo, adversarios políticos de Rosas.

Francia era, pues, aliada de un enemigo exterior y de otro interior.

En sus comienzos, la cuestión había sido de protección a los franceses de Buenos Aires, y tal como estaba el conflicto, era ya necesario extender esa protección a los franceses de la otra banda, más comprometidos aún que los de Buenos Aires.

En sus comienzos, el bloqueo asimismo se estableció contra Buenos Aires y contra los otros puertos argentinos, y después se hizo necesario guarnecer a Montevideo.

Buchet-Martigny, lleno de los fantaseos belicosos con que le habían volado los cascos las instrucciones del gabinete anterior, pedía tropas de desembarco; pero esas tropas no bastaban en

el número limitado que pedía el agente, y a tal distancia, pensaba con juicio el ministro de Relaciones, que por algo llevaba las insignias de mariscal, el envío de fuerzas constituiría una gran imprudencia, y en mayor número, lo decía un soldado, constituiría un sacrificio enorme. Todo ello crearía una situación gravísima, «no sólo en América, sino en Europa.»

No era difícil imaginar las complicaciones que acarrearía una expedición militar como aquella en las relaciones de Francia con Inglaterra, y en las relaciones, «ya tan comprometidas», con los Estados americanos, «cuando se recuerda que el bloqueo de los puertos argentinos ha dado margen a vehementes ataques en el parlamento británico, y ha traído como consecuencia ciertos movimientos de hostilidad, y cuando se recuerda la irritación que han causado en América ese bloqueo y las medidas de coacción adoptadas simultáneamente contra Méjico, irritación que se manifiesta actualmente de un modo inquietante para nuestros intereses políticos y comerciales».

## LAS VACILACIONES DEL BARON DE MACKAU

No debe extrañarnos el nombramiento de Baudin, héroe consagrado por su victoria de San Juan de Ulúa.

Y tampoco debe extrañarnos la destitución fulminante, pues los gobiernos, que tienen como una de sus especialidades más características la inconsciencia, tienen otra no menos acentuada: la incoherencia.

Tan pronto como se nombró a Baudin, sin razones para preferirlo a otro, se le desnombró sin razones para que otro fuese en su lugar.

La designación se acordó con el pensamiento de que hiciese una sanjuandeuluada, y si esto era así, la remoción carecía de sentido, pues con cambiar las instrucciones, el héroe del bombardeo podía ser el agente de la negociación. ¿O se creía incompatible el fresco laurel de los cañonazos a mansalva, con la moderación que las circunstancias, y una de esas circunstancias se

llamaba Inglaterra, parecían exigir en el Río de la Plata?

El vicealmirante barón de Mackau partió para Buenos Aires.

Eran los momentos iniciales de la expedición de Lavalle. La emigración argentina de Montevideo pedía un desembarco de tropas francesas para suscitar el entusiasmo popular. Es el error eterno de todas las traiciones y de todos los atropellos estériles: la guerra contra un hombre en defensa de un pueblo tiranizado por ese hombre. Así hablaban los emigrados mejicanos contra Juárez para obtener la intervención francesa sustentadora del trono de Maximiliano; así habló el presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, cuantas veces quiso hacer una fechoría resonante exigida por su plutocracia, en América y en Europa.

Lavalle fracasó. Fracasó miserablemente. Los franceses, atados por los términos de sus instrucciones, no desembarcaban.

Entretanto, el barón de Mackau llegaba a la vista de Montevideo. No bien ancló, acudieron a él los agentes consulares, los legionarios extranjeros, los funcionarios públicos uruguayos nacidos de la intervención y sostenidos por ella, los agiotistas ingleses, franceses y españoles, y dominando en ese grupo, llevando la voz por todos los que lo componían, los emigrados argentinos. Se pedía al unísono una expedición

punitiva contra el bárbaro enemigo de la humanidad y de la civilización que dominaba por el terror, sobreponiéndose con el poder de la cuchilla de los degolladores, sobre un pueblo desesperado, cuya salvación dependía únicamente de la generosa Francia, madre de toda cultura y protectora desinteresada de todos los derechos humanos.

El vicealmirante Mackau escuchaba en silencio. Buscaba en torno suyo, y no encontrando lo que buscaba, preguntó en voz baja a alguien que le merecía confianza:

—¿Y Rivera? ¿En dónde está Rivera?

Rivera se había situado en un lugar equidistante de la intervención y de Rosas, como antes se había situado en un lugar equidistante de los argentinos y de los portugueses.

El vicealmirante Mackau tuvo conferencias íntimas con las personas a quienes consideraba más capacitadas para juzgar de los acontecimientos, por la situación en que estaban colocadas. El testigo que así habla-no dice quiénes eran esas personas; pero sí recuerda que sonreían en presencia de tantos esfuerzos combinados para deslumbrar al vicealmirante, y para hacerle tragar una enorme rueda de molino.

«Se engaña de un modo extraño, decían esos hombres, quien habla de la pretendida debilidad de Rosas. El sistema seguido hasta hoy se basa en un dato quimérico. ¿Cómo han podido

los estadistas franceses tomar tales ensueños por base de sus resoluciones?»

Cuando el vicealmirante quedó solo, se hizo esta pregunta, sugerida por sus ocultos consejeros:

—Ya sé, decía, que Rosas no es un gobernante débil, ni un inepto, y que le acompaña una gran fuerza de opinión; pero además de esto, que está en contradicción con todos los datos de que parten los intervencionistas, ¿será también una impostura el maltrato a los franceses de Buenos Aires?

El almirante practicaba en todo su rigor la duda metódica,—que no fue ni durante cinco minutos la actitud mental del inagotable Thiers, cotorra parlamentaria incapaz de pensar en silencio,—y siguiendo ese buen camino, desanduvo todo lo andado por el gobierno francés, para retrotraer la cuestión a su punto de partida. Ahora bien, plantear así la cuestión era resolverla.

«Y no quedó poco sorprendido,—continúa el *Oficial de la Flota* en su valiosísimo testimonio,—al saber por esos mismos franceses de Buenos Aires que a pesar de las conmociones sociales de la República, jamás habían gozado de una seguridad más completa. Así, pues, todos los asesinatos y atentados de que había sido víctima la colonia francesa, y que se narraba con los más espantosos detalles, eran cuentos e invenciones mal intencionadas» (1).

(1) Loc. cit., págs. 363-367.

Un dato más: Lavalle había desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra. Y Rivera no pasaba de ser un pícaro que se ocultaba en Paysandú para no dar cuenta de los cuantiosos fondos que se le prodigaban y que él dilapidaba, según vieja e invariable costumbre.

Quisiéralo o no lo quisiera, el vicealmirante estaba obligado a entrar en pláticas. No podía abrir una campaña con quinientos hombres, y Rosas, como siempre, estaba dispuesto a la conciliación.

Las pláticas de paz eran sin embargo para el almirante el último y el más grande de los sacrificios que podía hacer, ya por la situación lamentable de la diplomacia francesa en Europa, ya por el tremendo desengaño de la expedición de Lavalle.

El vicealmirante había procedido con juicio, pero esto no quita que en el fondo de su corazón fuera un matamoros y que no le doliese renunciar a las glorias de Baudin.

Efectivamente, «el barón de Mackau se inclinaba al partido de la guerra. Dos sentimientos lo impulsaban en esa vía: el primero, las simpatías que le inspiraban los proscritos argentinos; el segundo, el deseo de ligar su nombre a alguna gran proeza de la marina, y no faltaban en derredor suyo personas animadas del mismo espíritu. Pero ante todo, era el representante de Francia. ¿Qué podía ganar Francia con aquella

guerra? En una colina, a tiro de cañón de la ciudad, está situado el antiguo convento de la Recoleta, hoy abandonado. Podíamos tomarlo casi sin violencia, y no era difícil establecernos de un modo análogo en la parte sur. ¿Lo haríamos y desde allí bombardearíamos a Buenos Aires indefensa, sin murallas y abandonada por el gobierno de Rosas? Tomar la fortaleza que domina la rada, habría sido resultado de un simple ataque; ¿pero qué se habría conseguido con ello? Las infortunadas expediciones de los ingleses nos han enseñado suficientemente la impotencia del que se encuentra en esa posición frente a la ciudad. Hubiera sido, pues, necesario desmantelarla. Bloquearla por medio de baterías establecidas en el contorno, a guisa de fuertes separados, y barrer con sus fuegos cruzados todos los pasos, no era practicable, porque la ciudad no acaba en donde terminan las casas, sino que se prolonga en la lejanía de la llanura, con sus quintas, sus jardines y sus huertas rodeadas de muros y setos. Rosas era dueño absoluto de la campaña. Lavalle no valía nada o había desertado de nuestras filas. ¿Debíamos improvisar en la ciudad un gobierno para que firmase con nosotros un simulacro de tratado, que Rosas desconocería?

«Adoptando el partido de la guerra, el almirante se encontraba en la alternativa de hacer un papel ridículo con los escasos elementos de

que disponía, o de obligar a su país a que le enviara diez mil hombres y veinte millones de francos para no conseguir al cabo sino lo que era asequible por la vía pacífica. Rosas proponía la paz, y todo indicaba que eran sinceros sus ofrecimientos y que estaba cansado del bloqueo. Aunque demasiado débiles para la conquista, éramos demasiado fuertes para crearle dificultades muy serias.»

## «DON FRUTOS»

El general Fructuoso Rivera, barón de Tacuarimbó en el Brasil, *Don Frutos* en las dos bandas del Río de la Plata, era para los franceses el hombre de la civilización en el Uruguay. El general D. Manuel Oribe, militar de carrera, educado en Europa, era el representante de la barbarie.

*Don Frutos*, presidente de la República, elegido el 24 de octubre de 1830, se había sostenido en el puesto hasta el 24 de octubre de 1834, día de la expiración del período de su elección. Le había sucedido el general D. Manuel Oribe, quien comenzó a gobernar el 1.° de marzo de 1835.

Durante la presidencia de *Don Frutos*, el general D. Juan Antonio Lavalleja, su rival, protegido por el gobierno de Buenos Aires, había estado en hostilidad constante; pero cuando subió Oribe al poder, se hizo un acuerdo entre el gobernador de Buenos Aires y el presidente

del Uruguay para contrariar en el territorio de cada una de las dos naciones, es decir, en la República Oriental y en la Confederación Argentina, cualquier maniobra revolucionaria que se iniciara contra el gobierno amigo.

Como resultado de este pacto, Oribe se mostró dispuesto a estorbar los manejos de los unitarios argentinos refugiados en Montevideo; pero el comandante general de campaña, *Don Frutos*, se hizo padrino de la emigración argentina, amparó sus maquinaciones, y él mismo acabó por sublevarse el 16 de julio de 1836, unido al general D. Juan Lavalle. «La pita se va enredando,—había dicho *Don Frutos* años antes,—hasta que llegue el caso de que la trencemos con la gusanada, y ahí será el diablo.»

Pero la sublevación de Rivera fue un fracaso, y después de una derrota emigró al Brasil, en donde tenía muchos amigos y esperaba encontrar elementos de todo género para reanudar su campaña presidencial por medio de las armas.

Había una estrecha liga de buena inteligencia entre Rivera, los unitarios de Montevideo, el general Santa Cruz y Río Janeiro. ¿No fue Rivera en un tiempo agente de la conquista brasileña, cuando su patria se llamó *Provincia Cisplatina* sometida al Imperio? El barón de Tacuarimbó que había desempeñado el cargo de jefe de policía de campaña en el Uruguay, bajo la autoridad y el pabellón del Brasil, volvía al

Brasil para que se le reconquistase su presidencia.

Así, mientras las fuerzas argentinas luchaban contra las de Santa Cruz, Rivera se levantaba nuevamente en armas, acompañado de Lavalle y con el auxilio de los republicanos de Río Grande.

*Don Frutos*, que era todo un guerrillero, prolongó hábilmente la campaña desde mayo de 1837 hasta el 15 de junio de 1838 en que Lavalle ganó la acción del Palmar.

El contralmirante Leblanc y el cónsul francés en Montevideo, M. Baradére, se aliaron a Rivera, y desde ese momento fue común la causa de Francia y la de *Don Frutos*, como se dijo muchas veces en la tribuna francesa. Las fuerzas navales francesas de la estación de Montevideo se pusieron en hostilidad abierta contra Oribe, presidente de la República. El ministro de Relaciones de Montevideo dirigió reclamaciones apremiantes al consulado francés, y M. Baradére, insolente y cínico, dio esta respuesta:

«Una desgraciada necesidad arrastra al jefe francés a tomar las medidas de que se trata, puesto que el gobierno oriental es aliado del argentino, y esto obliga a los franceses a serlo también de Rivera.»

Oribe, sitiado por las fuerzas de Rivera, quiso abrir operaciones navales contra su adversario. Los franceses le marcaron el alto.

## EL RIVAL DE «DON FRUTOS»

Oribe bajó de la presidencia, y al firmar una *Convención de Paz*, que era un sarcasmo, dirigió al poder legislativo su protesta.

Constaba ésta en un *Manifiesto sobre la infamia, alevosía y perfidia con que el contralmirante Leblanc y agentes de la Francia en Montevideo han hostilizado al gobierno de la República Oriental del Uruguay.*

Oribe decía:

«El presidente constitucional de la República, al descender del puesto a que lo elevó el voto de sus conciudadanos, declara ante los representantes del pueblo, y para conocimiento de todas las naciones, que en este acto sólo cede a la violencia de una facción armada cuyos esfuerzos hubieran sido impotentes si no hubiera encontrado su principal apoyo y la más decidida cooperación en la marina militar francesa, que no ha desdeñado aliarse a la anarquía para destruir el orden legal de esta república.»

Declara también que «el almirante de la fuerza naval francesa y los agentes consulares de Francia, han abusado indigna y vergonzosamente de su fuerza y de su posición para hostilizar y derrocar al gobierno legal de un pueblo amigo e independiente».

La historia es un saco de ironías,—por eso nos gusta,—y en la Banda Oriental vació todo un tesoro.

Rivera, el gaucho desquiciador, malversador de fondos públicos e incautador de los privados, traidor, cínico, fue el representante de la civilización, de la fe pública y de la pureza en las costumbres.

Oribe, hombre de origen ilustre, soldado de la independencia, europeo de ideas y de hábitos, es el degollador Oribe, y la civilización, personificada en *Don Frutos*, en el ignaro Rivera Indarte, en europeos amanuenses de consulado y en una cáfila de aventureros de todo el mundo, arrojó a Oribe de su capital como un malhechor.

La historia, que es imparcial...

—No siga usted adelante su frase, dirá quien conozca la historia. Es imposible la imparcialidad entre Oribe y Don Frutos.

## LA FUERZA MORAL DE ROSAS

El país, azotado por la sequía espantosa de 1836, sufrió mucho a consecuencia del bloqueo pacífico.—¿Por qué no decir del amistoso bloqueo?

Saldías compara las entradas y salidas de la aduana de Buenos Aires durante el segundo semestre de 1837, con las entradas y salidas del mismo puerto en el segundo semestre de 1838. El resultado de la comparación es el que sigue:

| | Entradas. | Salidas. |
|---|---|---|
| 2.° semestre de 1837... | 19.403.146 | 19.098.040 |
| » » » 1838... | 4.614.122 | 990.307 (1) |

Era en verdad el sitio por hambre. ¿Cómo no cayó Rosas?

(1) Cantidades en pesos, moneda corriente. Omito las cantidades en oro, por no ser necesarias para la demostración.

Cualquiera otro gobierno hispanoamericano habría sucumbido, según las previsiones de los bloqueadores.

Rosas no cayó. Se mantuvo firme. El mérito no es suyo, sino del pueblo argentino, que supo solidarizarse con su gobierno. Rosas flotó sobre la ola de una indignación general que levantaron la traición unitaria de Montevideo, el riverismo, las fuerzas bloqueadoras y los piratas europeos explotadores de la ruina de Buenos Aires.

Rosas disminuyó los gastos públicos, aumentó las contribuciones y promovió colectas. Todo ello fue secundado por la buena voluntad que el gobernador solicitaba.

La riqueza se movilizó espontáneamente, y el gobierno pudo percibir los fondos de un empréstito con la cooperación de muchos suscritores que pusieron sus recursos a disposición de aquél, sin solicitar garantía ni admitir interés.

Este era el terror de Rosas.

# LA CONVENCIÓN ARANA-MACKAU

La Convención Arana-Mackau, firmada el 29 de octubre de 1840, a bordo de la *Bolonnaise*, contenía las estipulaciones que siguen:

1.ª El gobierno de la Confederación Argentina reconocía la procedencia del pago de indemnizaciones a los franceses dañados o perjudicados en territorio de la República, y convenía con el gobierno de Francia en someter esas indemnizaciones al juicio arbitral de seis personas, nombradas por ambas partes, y a la resolución definitiva de una tercera potencia designada por Francia, en caso de disenso de los seis jueces.

2.ª Se levantaría el bloqueo de los puertos argentinos, y la isla de Martín García sería devuelta, ocho días después de ratificado el convenio por parte del gobierno de Buenos Aires. Se repondría el material de guerra existente en la isla antes de su ocupación, y los dos buques capturados durante el bloqueo, o en su defecto

se pondría a disposición del gobierno argentino otros dos de la misma fuerza, con el material que tenían los capturados.

3.ª Francia interponía su amistosa mediación para que se permitiera la repatriación de los argentinos proscritos que abandonasen su actitud hostil. Quedaban exceptuados los generales y comandantes de cuerpo, a menos que por su conducta se hicieran dignos de la consideración del gobierno argentino.

4.ª El gobierno de Buenos Aires reconocería la plena independencia de la República del Uruguay, sin perjuicio de los derechos naturales de aquél, y de las exigencias de la justicia, y del honor y seguridad de la Confederación Argentina.

5.ª Mientras se concluía un tratado de amistad, comercio y navegación entre Francia y la Confederación Argentina, serían considerados los ciudadanos franceses en la República y los argentinos en Francia, en sus personas y en sus propiedades, como los de otras naciones, aun las más favorecidas.

6.ª Lo anterior se entendería sin perjuicio de la concesión especialísima y excepcional que el gobierno de la Confederación Argentina hiciese a algunos de los Estados sudamericanos, o a todos ellos, para que los ciudadanos de los dichos Estados, tuvieran derechos más amplios que los de las naciones más favorecidas, pues

tales derechos, civiles o políticos, no podrían en ningún caso extenderse a los franceses que residieran en el territorio de la Confederación, ni ser reclamados por ellos.

Adelante se verá lo que había en el fondo de este pacto.

## LAS ISLAS MALVINAS

Mientras Francia preparaba su política fluctuante y sin objeto, de mosqueterismo y de penacho, Inglaterra fijaba claramente su punto objetivo y tomaba posesión de las islas llamadas Falkland, Malvinas o Maluinas.

Estas islas han tenido muchos nombres, muchos descubridores y muchos dueños.

Todo el mundo las ha visto por la primera vez, todo el mundo las ha bautizado y todo el mundo ha inscrito sus títulos de propiedad sobre ellas.

Sin embargo, un firme y perseverante atropello, casi secular, las ha puesto bajo el poder del Imperio Británico.

Las Malvinas fueron en realidad encontradas por Magallanes a principios del siglo XVI, y exactamente en 1520; pero los ingleses pretenden que el descubridor de ellas fue Davis en 1592; los holandeses afirman que su almirante Sabal de West fue el verdadero descubridor en

1598, y por último, los franceses creen que a principios del siglo XVII hicieron el descubrimiento los marinos de St. Malo, de donde viene el nombre de Malvinas o Maluinas. Los otros nombres son Falkland, Maidenland y Sabal de West.

El primer ocupante de las Malvinas fue M. de Bougainville, quien las encontró desiertas en 1764, y fundó el establecimiento de Puerto Luis. España reclamó, y Francia, reconociendo los derechos de la nación reclamante, ordenó que se hiciese la restitución, efectuada en 1767, previa indemnización de los gastos erogados en el establecimiento.

Un año después de la toma de posesión por los franceses, y por lo mismo antes de la restitución que éstos hicieron, Inglaterra se apoderó del Puerto de la Cruzada, y salió a los pocos días sin dejar colonos; pero en 1766 hicieron una fundación en ese paraje bautizado con el nombre de Puerto Egmont.

Inglaterra había tomado la precaución de testimoniar su toma de posesión del Puerto de la Cruzada en enero de 1765, y la de protestar ante Bougainville, en diciembre de 1766, por la ocupación francesa. Así fue que cuando Bougainville hizo entrega a los españoles, ya los ingleses tenían un título, más o menos colorado, para decirse dueños de las islas.

Pero esta medida de habilidad fue con todo

ineficaz, pues en 1770 el comandante D. Juan Ignacio Madariaga derrotó a los ingleses de las Malvinas y los obligó a firmar una capitulación en la que se comprometían a abandonar el puerto y dejar su artillería y material de guerra.

Inglaterra se indignó, reclamó y amenazó, pero con la mediación de Francia se obligó a un acuerdo de satisfacciones mutuas, que es de lo más cómico de la cómica historia diplomática. España restituiría las cosas al estado en que se hallaban antes del ataque a Puerto Egmont, sin que por esto se entendiera que la restitución significara reconocimiento de algún derecho anterior que invocase Inglaterra a las islas Malvinas o Falkland, e Inglaterra haría una contradeclaración dándose por satisfecha. Recibió, pues, el establecimiento de Puerto Egmont, y lo abandonó voluntariamente en 1774.

Desde entonces las islas Malvinas quedaron indiscutiblemente bajo el dominio de España por sucesivo y voluntario desprendimiento que de sus pretensiones habían hecho Francia e Inglaterra.

Realizada la independencia de la Confederación Argentina, ésta se consideró con justo título para ejercer los derechos de soberanía sobre las islas, como parte del territorio nacional.

Otorgó, pues, distintas concesiones, y entre ellas una en 1824 a Luis Vernet, para la pesca de lobos de mar en los mares territoriales de las

islas y en el continente hasta el cabo de Hornos. Vernet estaba facultado además para el establecimiento de una colonia en la isla de la Soledad, donde por otra parte ya existía una colonia anteriormente formada bajo la autoridad argentina.

Habían sido gobernadores de las Malvinas, el jefe de marina argentino Jorge Jewit, y Areguatí. A éste sucedió Vernet con facultades para gobernar como comandante militar en todas las islas y costas adyacentes hasta el cabo de Hornos. Vernet, concesionario para la pesca de lobos marinos, estaba facultado asimismo para ejercer por sí la policía de los mares e impedir que los pescadores argentinos o extranjeros penetrasen al campo que se le había reservado en su privilegio.

El encargado de negocios de la Gran Bretaña, protestó en 1829 contra los actos de soberanía ejecutados por el gobierno de Buenos Aires en las islas Malvinas, y sobre todo, se presentaba la incompatibilidad de pretensiones de los dos gobiernos por lo relativo al privilegio de la pesca.

Vernet había notificado a los capitanes loberos que no podrían continuar sus operaciones, y los apercibió de incautación de los buques y de sus cargamentos. En vista de la insistencia de los pescadores, que no cedían en sus pretensiones, Vernet apresó tres goletas norteamerica-

nas. Una de ellas huyó, y los capitanes de las otras dos se sometieron a la autoridad aprehensora, declarándose dispuestos a responder en juicio.

Nombrado uno de los dos capitanes representante común para comparecer ante las autoridades argentinas, y habiéndose trasladado a Buenos Aires de un modo voluntario, para aquel efecto, parecía que sólo faltaba llegar a una resolución pronta y legal. Pero el cónsul general de los Estados Unidos en Buenos Aires presentó una reclamación por los actos de las autoridades argentinas, y aun insinuó la falta de títulos de soberanía sobre lasislas.

Mientras se sustanciaba el juicio por los tribunales, Silas Duncan, comandante de la corbeta de guerra norteamericana *Lexington*, participó a su cónsul que se disponía a proteger por medio de la fuerza a los pescadores, y comenzó por llevarse consigo a Davison, el representante común de las dos goletas apresadas. El cónsul notificó al ministerio de Relaciones de Buenos Aires la intención de Duncan, con lo que se iniciaba un estado que si no era de guerra, tenía más parecido con la guerra que con la paz.

En cumplimiento de su amenaza, Duncan se hizo a la vela, y presentándose el 28 de diciembre de 1831 en el Puerto de la Soledad, con pabellón francés para engañar a los defensores del punto, y pidiendo práctico para llegar al

fondeadero, tomó las disposiciones que creyó necesarias para sus intentos, a favor de estas maquinaciones indiscutiblemente piráticas. El día 31 desembarcó acompañado de sus oficiales y marineros, se aseguró de las personas de los empleados, «inutilizó la artillería, incendió la pólvora y algunas casas, se apoderó de una gruesa cantidad de cueros de lobo y de otros muchos artículos de propiedad particular», y se llevó consigo a algunos de los colonos.

Hubo una correspondencia más o menos agria entre el ministerio de Relaciones de Buenos Aires y el encargado de negocios de los Estados Unidos, Mr. Francis Baylies, quien acabó por pedir sus pasaportes y salir de Buenos Aires.

Fue nombrado un nuevo gobernador y comandante militar para las islas, pero el ministro de Inglaterra, que acababa de presenciar con los brazos cruzados las piraterías de Duncan, protestó contra el nombramiento de autoridades para las Malvinas, «pues la soberanía que tenía sobre ellas la corona británica, daba a ésta facultades para no tolerar que cualquiera potencia ejerciera acto alguno de autoridad que vulnerase los justos derechos de S. M. B.»

¿Pero dónde estaban los justos derechos de S. M. B. cuando Duncan arrasaba el pueblo de la Soledad?

El ministro de S. M. B. había callado enton-

ces, «para no causarle embarazos al gobierno argentino en el conflicto que iba a surgir, según todas las probabilidades, con el de los Estados Unidos».

Tanta mayor era la razón que había tenido el ministro de S. M. B. para no intervenir, cuanto que la base de los argumentos del encargado de negocios de los Estados Unidos, era precisamente su reconocimiento de los derechos de la Gran Bretaña a las islas Malvinas.

Y efectivamente, el 2 de enero de 1833, llegó el comandante Onslow, de la marina británica, a bordo de la corbeta de guerra *Clío*, para tomar posesión de *Puerto Luis de Soledad*, y el día 5 desembarcó, apoderándose de la isla por la fuerza. La goleta argentina *Sarandi* volvió á Buenos Aires con la guarnición desalojada por Onslow.

Con este título están las islas Malvinas en poder de Inglaterra.

# EL CRITERIO EUROPEO Y EL CRITERIO AMERICANO EN LA CUESTIÓN DEL URUGUAY

La desintegración del virreinato de Buenos Aires ha tenido una sanción muy sangrienta.

Los hombres de 1810, los directoriales y los unitarios no se dieron cuenta de lo que significaba políticamente dejar al Paraguay en la órbita del Brasil y alentar en el Uruguay propósitos de autonomía que fatalmente debían convertirse en facilidades para la expansión del elemento portugués.

La natural gravitación del Brasil hacia el sudoeste, con el Río de la Plata, el Paraná y el Uruguay como eje de la vida económica del Imperio, señalaba una propensión a choques decisivos. La Confederación Argentina, en vez de prepararse debidamente, parecía como que trataba de eludirlos y de no verlos de frente, si no es que de procurarse una derrota. Esta política, o falta de política, comenzó por ser obra de la ceguera, siguió como resultado del miedo

a las resoluciones audaces que nacionalizasen la política, desvinculándola del puerto, y continuó en los tiempos de Mitre con la glorificación del absurdo.

El no haberse organizado federativamente la república, antes del reconocimiento interesado de la independencia del Paraguay por el Brasil, ha sido uno de los mayores desastres históricos de la América del Sur.

Y antes de esto, la paz con el Brasil, desastroso resultado de la política de Rivadavia, o más bien dicho, de su falta de política, igualando a la República Argentina con el Brasil en derechos o influencia respecto de la vida independiente del Uruguay, fue otra causa de complicaciones que no tenían carácter internacional sino bajo un aspecto defensivo, pues lo que realmente se litigaba en el pleito de la influencia argentina sobre la Banda Oriental, era el derecho del extranjero,—Europa o el Brasil,—a mezclarse no sólo en los asuntos interiores, sino en los más íntimos de las provincias argentinas.

Se plantea, pues, la cuestión de un modo falso y convencional de leguleyo, viendo en el apoyo de Rosas a Oribe un acto de intervención ilegítima que provocaba otro de contraintervención compensadora.

Oribe no vale por ser Oribe, y Rivera no es odioso por llamarse Rivera. Oribe es el nombre de un hecho, y Rivera el de otro hecho: Oribe

es una tendencia patriótica, inteligente y previsora de la solidaridad entre el Uruguay y la Argentina para la defensa común, dentro de la independencia respectiva de los Estados, que no podían ser independientes,—y esto es lo esencial,—ante un tercero, llamárase éste Francia, Inglaterra, el Brasil o toda la corte celestial; Rivera es el agente del Brasil, el agente de los amos históricos del Brasil (1), y el agente de las propias y ciegas propensiones a la desvinculación suicida de dos porciones de una misma nación que desgraciadamente separadas por la incompetencia inverosímil de los grupos directores de la más importante, necesitan para su seguridad no quedar desunidas.

Vistas de este modo las cosas, intervenir en el Uruguay, no era sólo un derecho; era un deber en el caso de Rosas.

Europa lo sabía, y justamente por esto se presentó fingiéndose amparadora de una debilidad agraviada y oprimida.

El pretexto de Europa fue el explotado por el gobierno francés en su tentativa, fracasada afortunadamente: la locura furiosa del gobernador de Buenos Aires; la barbarie de Rosas.

Para un americano la afirmación de la locura de Rosas es una infamia, y creer en ella, como fundamento de una acción internacional inocente, arguye imbecilidad o traición.

(1) Amos del padre.—Portugal.

## EL MAESTRO DE ALBERDI

Cuando los franceses fueron a negociar el convenio de 1840, se les puso a la vista el cadáver del anciano D. Juan Pedro Varangot, asesinado por la canalla mazorquera, y se les dijo:

—Este cadáver simboliza la situación de Buenos Aires bajo el poder odioso de un déspota sanguinario.

Los partidarios del déspota contestaron a esta imputación:

—El pueblo está exaltado. La traición de los unitarios ha provocado los excesos horripilantes de la muchedumbre. En ellos no interviene el gobierno, y menos aún el gobernador. Contra lo que éste quisiera, el pueblo enfurecido y fanatizado, se arma de puñales y los enrojece en la sangre de los que cree unitarios. ¿Puede extrañarse tal estado de agitación? El bloqueo, que para todos es perjudicial, para el pueblo significa miseria y forzada ociosidad. Del otro lado de

la línea de buques bloqueadores, hay un grupo de argentinos, los despreciadores de la gente baja, los endiosados en su sabiduría y en su riqueza, los agentes, cómplices y beneficiarios de la potencia que nos amaga. Cuando entre los habitantes de la ciudad aparece alguno sospechoso de connivencia o simpatía con los traidores de la emigración, el pueblo se agita y mata. ¿Quién es el responsable?

Los franceses dijeron sin vacilar:

—En justicia, el responsable es el bloqueo.

Tal era la barbarie de Rosas, y si Rosas, que reprimió los desórdenes cuando pudo, sintió algunas veces que su mano se solidarizaba en un apretón fraternal con la mano del asesino, responda quien tenga patriotismo, y que nos diga si Rosas era en esas ocasiones un monstruo o el involuntario receptor del odio que él no engendraba, que él no pagaba y que él mismo no sentía con la intensa desviación moral de la locura sino en las crisis excepcionales cuando el sufrimiento, las responsabilidades, los insultos o las amenazas rompían transitoriamente su ponderación acostumbrada.

La pasión era igual en todos; era el factor común.

¿Queréis una prueba?

La coalición de Cuyo y la del Norte han terminado. Las únicas esperanzas de los unitarios,—y al decir unitarios hablo también de la

juventud federalista ilustrada,—están en Paz y en Rivera.

¿En Rivera? Sí: en *Don Frutos*. ¿Hay paradoja igual? La civilización se nos muestra representada y sostenida por el caudillaje, y por un caudillaje que no tiene una sola de las virtudes y de as grandezas que le dieron carácter épico en decenios anteriores.

El caudillaje de Rivera es el pillaje. Y es la traición. Todo ello no como accidente, sino como sistema.

Pues bien, este *Don Frutos* de quien decía más tarde Alberdi con burla que había sido el maestro de Mitre como soldado, era en aquel momento el maestro de Alberdi como estadista.

Ved si dudáis, lo inverosímil:

«Sr. Coronel D. Martiniano Chilavert.

»Montevideo, octubre de 1841.

»Mi querido coronel: Ya sabrá usted que Lavalle y Lamadrid acaban de ser derrotados en definitiva; el uno en Tucumán, el otro en Mendoza. Estos dos héroes, por no ser subalternos el uno del otro, dividieron la preciosa fuerza que poseían; cada uno se salió de su quicio, se hizo lo más extranjero que pudo y ambos salieron con la suya de ser derrotados en detall y para siempre... La porción rica y vital de la revolución está intacta: reside en los dos litorales

de donde ha salido y saldrá siempre escrito el destino general de la República Argentina... Todavía la revolución está en buen punto... ¿Qué nos falta, pues? Entrar en ella con franqueza y sin reservas. Usted que tiene por delante el hombre que todo lo puede entre nosotros, trabaje por decidirlo a tomar la revolución como viene, como se la da definida el tirano enemigo... —Este Estado es una mina inagotable de poder. ¿Qué es lo que la tiene obstruída? Un fantasma de orden constitucional que ata las manos de nuestros hombres para la defensa de nuestro país, y que no será una traba para que el tirano enemigo prenda fuego a la linda República Oriental.

»Que el general Rivera, pues, dé un grito de alarma y ponga bajo el dominio de su voz todo cuanto encierra el territorio oriental en hombres, propiedades y cosas: que la ley revolucionaria sea la ley del momento: que las reservas y limitaciones de poder se acaben, y entonces se salvará la revolución, pues que ella será la que lo gobierne todo; tendrá sectarios, pues que se mostrará fuerte, y capaz de garantir los compromisos de sus partidarios... Que el general Rivera, pues, se ponga a la altura de los momentos actuales... Ocupemos el Entre Ríos volando: no dejemos sucumbir a Paz... Arrastremos a Santa Fe... Llevemos lejos la guerra, hagamos un poder revolucionario, en vez del constitucional

que existe, y con ese poder habrá medios para hacer diez ejércitos...

»Hay treinta mil extranjeros en el país, y seis mil esclavos: hágase libres a los esclavos; entusiásmese a esos extranjeros con el talismán del oro. Y sáquese el oro de las manos enemigas que están entre nosotros. Este medio es terrible y violento, se dirá. Lo dicen los niños, y se asustarán los papamoscas. El que sabe lo que es la revolución, no; porque la revolución es la ley del diablo, que nada respeta y nada teme...

»No duerma, no coma, no respire por trabajar en dar tono a las cosas: asedie día y noche al presidente, y conquiste a viva fuerza sus convicciones.»

Antes de la firma es preciso repetir: la ley del diablo; los treinta mil extranjeros movidos por el talismán del oro; el oro que está en las manos enemigas; las convicciones del presidente, y el presidente, el hombre que todo lo puede, el civilizado y redentor de la República Argentina: Rivera, cuyas únicas convicciones eran el robo y la dilapidación.

Ahora la firma de la carta:

JUAN BAUTISTA ALBERDI.

Gobernar es poblar. Muy bien. Pero odiar a Rosas, y por odio a Rosas ponerse en las manos omnipotentes de Rivera...

Es despoblar.

## LA EPICA DEL SAQUEO

Efectivamente, Rivera «se puso a la altura de la situación.» Eliminó del movimiento a Paz, y «puso bajo el dominio de su voz, no sólo todo cuanto encerraba la linda República Oriental», sino que extendió la mano a las provincias de Corrientes y Entre Ríos. La «ley del diablo» ensanchó su imperio, como lo quería Alberdi.

Todo esto era la desmembración argentina fomentada por los argentinos de la emigración.

Pero la eliminación de Paz trajo una consecuencia ineluctable: todo cedió a los esfuerzos de Oribe, y éste, vencedor en Santa Fe, se dirigió a Entre Ríos.

El sistema preconizado por Alberdi estaba en plena ejecución. Rivera había arrojado al abismo de sus dilapidaciones las rentas del Estado Oriental, «la fortuna de sus amigos, y con mayor razón, la de sus enemigos».

Hacía tres años que no presentaba una ba-

talla; pero había ganado una batalla campal formidable contra su patria. Había logrado la ruina total del país, y sobre esa ruina acampaba su horda, temible para todos, menos para el adversario: aquella reunión de mujeres, de chiquillos y de hombres de todas clases, con ganados y carretas, donde gustaba de pasar la vida libre de cuidados y de previsiones, el hombre de los unitarios argentinos y de la civilización trasatlántica.

Las esperanzas de Rivera, agotado en el empleo de su sistema de agotamiento, y las esperanzas de la *Comisión Argentina de Montevideo*, estaban en el dominio de los ríos. Tenían una escuadrilla de cinco unidades: una barca, dos goletas y dos bergantines.

La flota de los libertadores riveristas estaba mandada por un héroe: el coronel Giuseppe Garibaldi, oscuro conspirador mazziniano en Italia, patrón de barco mercante en Marsella, aventurero alquilado al bey de Túnez, corsario de los republicanos de Río Grande con tratamiento oficial de pirata por el gobierno de Río Janeiro, y gran almirante de Rivera. Ese italiano, o saboyano, suizo de la libertad, que sabía aproximarse a todo vivac en donde había pucheros que espumar, con aquellas gallinas por las que se le iban los alientos a Sancho, fundó una dinastía que con varia fortuna militar ha combatido en todas las guerras irregulares de Europa,

Africa y América, e irregularmente en las guerras regulares, especializando a maravilla el amor a la libertad humana y a los beneficios del botín.

El padre de esta raza de *condottieri*, corsario patentado y pirata efectivo en el Brasil, como se ha dicho, no necesitó en el Río de la Plata de un documento oficial que lo acreditara con este último carácter. Brown, jefe de la marina de Buenos Aires, que aunque adversario de Garibaldi merece fe, y cuyo testimonio está corroborado por los hechos, dice del aventurero italiano y do los suyos: «La conducta de estos hombres, Excelentísimo Señor, ha sido más bien de piratas, pues que han saqueado y destruído cuanta casa o criatura caía en su poder, sin recordar que hay un Poder Supremo que todo lo ve y que tarde o temprano nos premia o castiga según nuestras acciones» (1).

Pero el sistema del saqueo fue vencido totalmente, y destruída la escuadrilla de Garibaldi, era inevitable el aplastamiento de Rivera.

(1) Parte rendido en Costa Brava, el 20 de septiembre de 1842.

## LA MEDIACIÓN PÉRFIDA

El 30 de agosto de 1842, los representantes diplomáticos de la Gran Bretaña y Francia se dirigieron a Rosas en una nota conjunta para ofrecerle la mediación que era ya la intervención.

Desde 1841 había contestado Rosas al gobierno británico con relación a estas cuestiones, que no podía entrar en arreglos a menos que hubiese medios «de restituir la autoridad legal violentamente expulsada por un cabecilla sin pudor y sin fe, cuya ausencia lejana del territorio oriental era, por otra parte, absolutamente necesaria para terminar las calamidades de la guerra».

Francia había desposeído a Oribe, y si la misma Francia, acompañada de Inglaterra, impedía su reposición, esto equivaldría ni más ni menos que a continuar la intervención.

Decir, pues, como decía la nota conjunta, que los ministros mediadores sólo convendrían en aquellas condiciones aceptables para un Estado

independiente, era decir que Rivera, hijo de la violencia de una intervención francesa, acudía a esta misma intervención, reforzada por la de Inglaterra, para impedir la reacción lógica del gobierno argentino contra los hechos antiargentinos de 1838 a 1840.

¿No está claro? Y más claro cuando vemos en Rivera el desmembrador de la República Argentina.

La propuesta de los diplomáticos europeos era tanto más inaceptable cuanto que estaba subordinada a una condición por sí misma inaceptable,—el principio de intervención,—puesto que los mediadores declaraban que el gobierno de Buenos Aires debía «reflexionar maduramente antes de rechazar la mediación que le ofrecían dos gobiernos tan poderosos».

El verdadero nombre de una mediación de esta clase es el de intimidación.

Una mediación es un movimiento libre y oficioso, que se agradece y puede rechazarse; pero una mediación que se impone, con la advertencia del poder de que dispone el mediador para hacer obligatoria su manera de ver el conflicto, debe rechazarse aun cuando la fórmula de arreglo sea en sí misma ventajosa por otras consideraciones.

Rosas no podía vacilar, y no vaciló.

## GUERRAS DE CIEN AÑOS Y CONCORDIAS DE CIEN DÍAS

Hecha la intimación, el ministro inglés, que para eso era ministro inglés, dejó la palabra al tiempo y a los acontecimientos. No suspendió sus visitas a la casa de Rosas, de la que era comensal y contertulio (1). ¿Por qué había de variar? ¿Podían los ingleses dejar de ser buenos amigos de los argentinos a causa del atropello de las islas Malvinas? ¿No eran los argentinos quienes debían estar furiosos? Y si no lo estaban. ¿Inglaterra iba a suplir esa falta de mal humor?

Pero el ministro francés, y Francia con el ministro, entendían las cosas de otro modo.

---

(1) Don Vicente López, cuya mordacidad y mal gusto no conocen reparos, decía: «Mr. Mandeville, el vejete chichiveo (por chichisbeo) de Manuelita (la inteligente y por todos conceptos respetable hija del gobernador), a quien Rosas miraba como el favorito de la casa y eje de sus propósitos diplomáticos.» Hist., pág. 907.

Inglaterra y Francia han tenido guerras de cien años y concordias de cien días. Después de las discrepancias fundamentales entre el gabinete inglés y el gobierno francés de la Restauración, los dos países renovaron una convivencia de sentimientos amistosos y de complicidades armónicas; pero siempre inquietaba el resorte próximo a saltar y que los diplomáticos no cuidaban debidamente de poner a cubierto de manos imprudentes, cuando no eran los mismos diplomáticos quienes amenazaban con sus propias imprudencias. Así, en la cuestión de Bélgica la buena inteligencia fue una serie de sonrisillas de conejo, y en la cuestión de Oriente, Inglaterra pronunció brutalmente la fórmula del divorcio. Francia lo pensó, y después de pensarlo, volvió a la unión más estrecha. Justamente durante esta renovación del vínculo de acción común, se presentan las dos potencias en el Río de la Plata. Pero se presentan como son: Inglaterra brutal, pero flemática; Francia insolente, pero con una nerviosidad y una impaciencia que revelan el deseo de aprovechar lo instantáneo y fugitivo, y la necesidad de aprovecharlo para el escándalo, a falta de las miras lejanas de su sólido aliado.

Inglaterra seguía una política de ensayos: no tenía plan definido en el Río de la Plata, pero como su plan general en el mundo era tan vasto, y había metido en él tantas apuestas,

bien consideradas las cosas, le daba lo mismo ganar que no ganar la del Río de la Plata. Su ambición colosal se actualizaba en muchos aspectos episódicos: Tejas, California, el Oregón, la América Central, el Brasil, el Río de la Plata, para hablar sólo de América. Y en todo ello había un punto central: su cuestión humanitariomercantil de la trata. No todo era cuestión de conquistas. Las conquistas eran lo de menos en casi todos los lugares que solicitaban su atención. Ciertos países la atraían como posesiones, pero en otros no veía sino la lucha entre los productos del trabajo asalariado y los productos del trabajo servil. Tenía, pues, problemas de imperialismo, pero del complejo imperialismo económico que busca monopolios de fuentes naturales de producción, reserva de mercados y navegación exclusiva de la bandera mercante nacional. Para Francia el imperialismo era la supervivencia insana del estéril luiscatorcismo y del bonapartismo, y sobre todo se trataba en su caso de emplear un exceso de pugnacidad sin objeto y sin campo de aplicaciones en Europa, cerrada a las empresas de su militarismo por la vigilancia de las otras potencias.

Era natural, pues, y resultado necesario de las diversas condiciones de los dos pueblos, el inglés y el francés, que Francia gritara mientras Inglaterra calculaba cautelosamente.

Los pobres diablos de Montevideo,—hablo

del riverismo uruguayo y de los argentinos redentores, y hablo salvando todo respeto personal, para aplicar la expresión al concepto de los asteroides imperceptibles que se creían parte del gran sistema diplomático europeo sólo porque se les dirigían tales o cuales elogios interesados o por caridad en la tribuna parlamentaria de París o en la prensa intervencionista de esa capital y de Londres,— los hombres de Montevideo vivían en el paraíso de la acción armónica de las dos grandes potencias marítimas, y al verlas desde el primer momento separadas, y con tendencias a una marcha divergente, pretendían unirlas, como si la discrepancia fuera obra personal de los representantes de las dos potencias en Montevideo, y no un resultado de lo que cada una de éstas significaba en el gran escenario de la política europea.

Además de esto, hay que advertir que para la misma Francia, tan preocupada por un asunto resonante de marinismo y de militarismo, había otras mil cuestiones que predominaban en la mente de sus estadistas, y justo es añadir que solamente los nerviosos y superficiales del centro izquierda, a cuya cabeza estaba el inquieto Thiers, siguieron con empeño la política de la provocación. Guizot no era lo que se llama un amigo de América: era un admirador de los yanquis y de los ingleses. Por esto, por su protestantismo que lo llevaba necesariamente al campo de Inglate-

rra, por su moderación, calificada como miedo, y por un concepto más elevado de las cosas que le venía de su solidez mental, sin oponerse con valor a las tentativas injustas de atropello de sus compatriotas, daba a las cuestiones de América un valor que no tuvieron para el vanidoso Thiers. Acentúo esto, porque más tarde, cuando razones de política que no interesan a los hispanoamericanos, pusieron a Thiers en el campo del derecho de las naciones oprimidas, y cuando señaló su actitud en la cuestión de Méjico durante la intervención francesa, presentándose como enemigo de las intervenciones, la América Española lo canonizó, y a su muerte, pasando una esponja por las sangrientas crueldades de que fue autor en su propia patria, le decretó la más injusta de las apoteosis (1). Hay que ver al hombre completo, y no agradecerle sus discursos del 62 al 67, sin cotejarlos previamente con los que dieron carácter tan odiosamente antiamericano a sus palabras de 1838 a 1850. Ese hombre, manchado en sangre francesa, es sin embargo el que, como representante de la civilización y paladín de la humanidad, predicó la cruzada contra el sanguinario Rosas, que en veinte años de tiranía derramó menos sangre que Thiers en una semana (2). Y quédense sus dis-

(1) V. en el Apéndice el número 3.
(2) V. en el Apéndice el número 4.

cursos del 62 al 67 para los que quieran el embaucamiento. El crítico debe cotejarlos con los anteriores, y decir que las palabras de Thiers, en cuestiones americanas, como en todas las cuestiones que trató, fueron las palabras del charlatán político sin sustancia.

# EL ALMA COLONIAL DE UN MINISTRO

Con alma colonial, el ministro de Relaciones del gobierno de la República del Uruguay, o precisando, del gobierno riverista de Montevideo, D. Francisco A. Vidal, escribió lo siguiente al ministro inglés:

«Montevideo, agosto 24 de 1842.

»Mi querido Señor Mandeville:

»...No ha sido mi intención ni mi deseo, que antes de negarse positivamente el gobernador Rosas a admitir la mediación de la Inglaterra y de la Francia, se le conminase de cualquier modo para forzarlo a aceptarla: conozco muy bien que esto es inusitado...

»Mi demanda era para el caso, desgraciadamente muy probable, de que el gobernador Rosas rehusase obstinadamente la mediación y se negase a todo acomodamiento. El gobierno de S. M. B. tiene la decidida voluntad de que la

guerra cese y se preserve la tranquilidad y bienestar de la República del Uruguay, y que se comprometería con la invasión del ejército del gobernador Rosas: para conseguir el gobierno inglés su objeto, ha hecho ofrecer nuevamente su mediación en unión con la Francia. Ha hecho más: ha ordenado a usted que en caso de negarse obstinadamente el general Rosas, se le declare terminantemente que las potencias mediadoras no serán indiferentes a esta guerra sanguinaria.

»No puedo entender que el gobierno de S. M., después de haber sufrido una primera repulsa del gobernador de Buenos Aires, hiciese una nueva y formal oferta de esa mediación, sin la resolución de sostenerla en caso de ser nuevamente despreciada, ni que hubiese ordenado a usted declarase al mismo general Rosas que no sería indiferente en esa guerra, si se empeñaba en llevarla adelante, si no estuviese decidido a ejecutar su declaración. Esta declaración en mi concepto no ha de ser vana: la orden que lord Aberdeen dice haber dado de hacer cesar la guerra, se ha de cumplir...—Sobre estos datos..., pedía a usted y al señor conde Delurde se le hiciese la declaración de que los mediadores guarnecerían la capital de Montevideo, y permitirían el armamento de la población extranjera. Tal declaración no sería sino una consecuencia forzosa de la que usted, en cumplimiento de sus

instrucciones, y en su caso, debe hacer al general Rosas, de que S. M. B. no sería indiferente a la continuación de la guerra. Creo que tál declaración como amenaza en el caso hipotético en que la pido, tendría muchos y muy recientes ejemplos en que apoyarse, y no podría considerarse inusitada: sería sólo preparar la ejecución..., conforme a las órdenes y deseos de su gobierno, que no puedo creer que haya ofrecido y hecho esperar cosas que no quisiera cumplir.

»Por lo que hace a la otra objeción que opone a mi pretensión, de que el oficial comandante de la estación naval inglesa se reiría de usted si le pidiese que pusiera sus hombres en tierra y guarneciese a Montevideo, sin mostrarle órdenes terminantes de su gobierno, tampoco ha sido mi ánimo poner a usted en este conflicto; ni he creído que aparecería usted en ridículo ante ese gobernador por hacer una declaración que por falta de medios no pudiese usted ejecutar inmediatamente. Usted, querido señor Mandeville, tiene el honor y la fortuna de pertenecer y servir a una nación demasiado poderosa y grande para poderse nunca poner en ridículo. El general Rosas y todo el mundo, saben que la Inglaterra tiene sobrados medios de cumplir lo que dice y exija, y no puede usted temer que después de haber dicho su gobierno que había mandado cesar esta guerra, y de quererlo eficazmente, como

yo lo creo, dejase a usted sin los medios de sostener su declaración.»

¿Qué principúnculo con taparrabo de las islas oceánicas habría consentido en autorizar con su nombre, ya que esa gente no sabe firmar, una carta semejante para librarse del chuzo de un rival más fuerte?

El Sr. Vidal tenía un gran talento, hay que reconocérselo, para decir impertinencias.

El ignoraba que los gobiernos de las grandes potencias cambian de actitud con la frecuencia que sus ministros cambian de camisa, y que resuelta un día la mediación amenazadora, al día siguiente Inglaterra había dispuesto no hacerse mala sangre con la cuestión del Río de la Plata.

## LA VICTORIA DE ARROYO GRANDE

En su respuesta, que no dio sino hasta el 18 de octubre, Rosas dijo mucho, pero calló mucho. Dijo que él no llevaba la guerra al Uruguay sino como defensa de la que se le hacía desde el Uruguay por el invasor que había asolado la provincia de Entre Ríos, y que, apoyándose en la de Santa Fe y en la de Corrientes, era a la vez fomentador y agente de los enemigos interiores en las dos provincias sublevadas.

En tales circunstancias, nadie podría extrañar que el gobierno de la Confederación Argentina desease la restitución de la autoridad legal de la República Oriental, pues sólo así era dable pensar en una paz definitiva y sólida; pero perdida toda esperanza de una restauración del orden público en el Uruguay, no le quedaba al gobierno argentino otro recurso que el de las armas.

Rosas calla que la rebelión argentina es obra

de Francia, y que dejar a Rivera en pie es dejar en pie los efectos de una intervención, y consentir en otra intervención continuadora de la primera.

Sin embargo, Rosas se remite a la legislatura de Buenos Aires, a la que hemos convenido en llamar *sensorium* de la nación.

Consultada la legislatura, ésta se pronunció aprobando los actos de Rosas y enviándole un voto de gracias.

El ministro Mandeville y el ministro conde de Lurde contestaron a la nota de remisión del voto emitido por la cámara, anunciando que los intereses comerciales de los súbditos ingleses y franceses en el Río de la Plata, podían imponer a los dos países el deber de recurrir a otras medidas, con el fin de remover obstáculos para la navegación pacífica de los ríos.

Rosas se dio por enterado de esta amenaza, y fingiendo inocente ignorancia sobre su significación, dijo que las medidas de que se hablaba no podían discrepar de la elevada política que habían seguido siempre los dos gobiernos en sus relaciones con la República Argentina, (en las islas Malvinas y en la de Martín García, respectivamente), y que, por lo tanto, confiaba en que no serían perjudiciales para el país ni comprometerían su dignidad e independencia.

Pocos días después, Oribe derrotaba a Rivera en Arroyo Grande.

La Confederación estaba libre de invasores, y el Uruguay era amigo; pero en Montevideo se reconcentraban las fuerzas hostiles de las dos naciones interventoras con un nuevo pretexto: la libertad fluvial.

## LA NAVEGACION FLUVIAL

Es libre la navegación de los ríos, porque, según Wheaton, las aguas corrientes no pueden ser objeto de una apropiación absoluta. «Si el uso que de ellas se haga no causa un perjuicio notorio, si es lo que se llama *un uso inofensivo*, el soberano debe permitirlo. Pero hay un soberano, y a este soberano corresponde apreciar la naturaleza del *uso inofensivo*, y en su caso, permitir o negar el *paso inofensivo* para tal uso». Es la doctrina de Martens.

«A los ríos se aplica el principio de la jurisdicción limitada sobre los brazos de mar que penetran en el territorio de un Estado, y que sirven de comunicación con otro Estado o con el mar libre, cuando los ríos van de un Estado a otro Estado para perderse en el mar o para penetrar al territorio de una tercera potencia.»

Los Estados ribereños de un río navegable tienen el derecho común de tráfico mercantil en su corriente; pero este derecho no es perfecto y

puede modificarse por convenciones recíprocas.

Otros internacionalistas hablan de un modo muy diverso. Así, Klüber sostiene el derecho absoluto de propiedad y lo atribuye a los Estados en cuyo territorio corre un río navegable. El Estado puede cerrar completamente sus vías fluviales. Heffter considera los ríos como dependencias naturales de la tierra que atraviesan, y niega que pueda ejercitarse por todas las naciones un libre derecho de navegación fluvial. El soberano, por lo mismo, tiene un derecho absoluto, si bien es verdad que en el caso de condominio, los distintos ribereños gozan del uso común y poseen el derecho exclusivo de reglamentación contra los extranjeros, a menos que éstos se hallen imposibilitados de entrar a su país por otra vía que no sea la fluvial.

Saliendo de este dédalo de callejuelas jurídicas a un altozano, vemos históricamente que la libre navegación de los ríos que atraviesan distintos países, o los separan, ha sido siempre una conquista del derecho contractual. Así el Rhin, el Escalda y el Danubio, por ejemplo, han dado materia para resoluciones generales tomadas en los congresos de las naciones europeas, y para arreglos especiales entre los interesados más directamente en la navegación de esos ríos.

El Rhin, declarado vía general de libre navegación, fue sin embargo cerrado por Holanda. De los tres brazos en que se divide el caudal de

ese río al tocar el territorio holandés, dos tienen importancia europea: el que desemboca en Rotterdam y el que desemboca en Dordrecht. Holanda rehusó el libre tráfico, y para obtener su consentimiento, las potencias acudieron a las negociaciones pacíficas, como en otras circunstancias hubieran acudido a las armas. Aun después de haberse abierto el Rhin, hay en la navegación del río privilegios de los ribereños que nadie niega ni discute, como son los del tonelaje.

En el Escalda,—por el que Inglaterra luchó en el siglo XVIII, pues siempre ha sentido hacia los países constitutivos del reino de Bélgica la amorosa predilección que inspira un buen usufructo,—en el Escalda los holandeses impidieron asimismo el libre acceso a Amberes, y Bélgica tuvo que pagar una indemnización de más de 34 millones para que se permitiera a los navíos de todos los pueblos marítimos llegar hasta sus propios muelles. Todas las naciones interesadas contribuyeron al pago de la indemnización exigida por Holanda y consentida por Bélgica.

Si hay un río europeo sujeto a la jurisdicción general del consorcio de los ribereños, es el Danubio, sujeto además a los principios dictados por el Congreso Europeo, el 24 de marzo de 1815. Sin embargo, hay restricciones relativas al cabotaje, que se reservaron los ribereños para sí mismos, según el acta general de navegación del 7 de noviembre de 1857.

Pasando a América, vemos que el río San Lorenzo, que comunica los grandes lagos con el Océano Atlántico, ha desatado polémicas muy agrias entre Inglaterra y los Estados Unidos.

Los Estados Unidos mantenían la tesis de la libertad, que les convenía; Inglaterra la del exclusivismo y de la soberanía absoluta. Pasar por un territorio ajeno, decía Inglaterra, es excepción al derecho de propiedad, y si Europa había proclamado el principio de la libertad fluvial en sus declaraciones del 24 de marzo de 1815, esto fue por una convención de mutuo interés de los ribereños, y no constituía base para la afirmación de una doctrina de derecho natural.

¿No era derecho natural, preguntaban los Estados Unidos? ¿No es de derecho natural el libre paso que tienen los habitantes de un territorio superior para salir al mar por el río navegable que atraviesa un territorio inferior? Si eso no era derecho natural, el derecho natural no existe. Las declaraciones de 1815 no pueden llamarse derecho convencional, continuaban los Estados Unidos en su argumentación. No eran derecho convencional, sino un homenaje rendido por los diplomáticos de Viena al Gran Diplomático del Universo, Dios, amigo personal de los Estados Unidos.

Es curioso que mientras se tramitaba este pleito, Inglaterra, sustentadora de la tesis del ais-

lamiento, de los derechos exclusivos y de la soberanía absoluta en el río San Lorenzo, en el de la Plata empleara su acostumbrada brutalidad para defender la jurisdicción del Gran Diplomático del Universo.

Ambas doctrinas eran del mismo texto: sus cañones. Sólo que en un caso se abstuvo de la lectura que en el otro hizo de corrido y copiosamente.

# LOS ANTIPATRIOTAS ARGENTINOS DE MONTEVIDEO

Los *snobs* argentinos de Montevideo entendían la libre navegación de los ríos partiendo de un dogma: la infalibilidad civilizadora de los cañones europeos frente a la barbarie americana. Todo lo que dijera Europa estaba bien dicho; todo lo que hiciera Europa estaba bien hecho; si a Europa se unían los norteamericanos, mejor. La voz de Thiers era la voz del Pontífice de Montevideo.

Estos *snobs* varelistas, alberdistas y faustinistas eran los hombres de orden; pero tratándose de relaciones entre Europa y América, resbalaban hasta la insensatez que hace de ellos los anarquistas de la navegación.

La falange Varela-Sarmiento-Alberdi creía que los ríos del Nuevo Mundo eran libres, pero no libres como el Rhin y el Danubio, sino libres como eran libres los ríos de la América colombina y del Africa Ecuatorial el día en que un

explorador llegaba por primera vez a sus estuarios majestuosos.

Mientras en esa misma América, Inglaterra cerraba la parte inferior del río San Lorenzo a los yanquis, embotellados en la parte superior y en los lagos, el varelismo creía que la civilización daba plenos derechos a Inglaterra para dominar en el Río de la Plata, en el Uruguay, en el Paraná, en el Pilcomayo y en el Paraguay, como en el propio Támesis.

La Confederación Argentina no cerraba el paso de los ríos, ni mantenía la tesis absurda y bárbara de la exclusión.

La navegación era libre; pero la Confederación entendía, como se entiende en todos los países independientes, que la navegación libre debe formularse sin perjuicio de las prerrogativas del soberano.

La navegación del Río de la Plata y de todos los ríos interiores era libre para Europa, como no lo era la de los ríos de Europa, y como no lo era la de los ríos dominados en América y en las otras partes del mundo por la bandera inglesa.

Los *snobs*, acoderados a Inglaterra, sostuvieron la tesis, que se impuso más tarde, y que fue suicida, de la libertad para el extranjero, sin reservas para el regnícola, y sobre todo, sin la primera y más esencial de todas las reservas: la del cabotaje, que no es sólo un beneficio de

orden económico, sino antes que todo un acto de previsión militar, pues la marinería mercante forma la estructura de la fuerza naval, y la marinería del cabotaje muy especialmente, es no sólo nervio de la potencia militar de un Estado fluvial o marítimo, sino una condición previa de sus medios de defensa, porque un cabotaje entregado al extranjero es el enemigo dentro de casa, tanto o más peligroso que un ejército extranjero acampado en el interior del territorio.

Las injustas preferencias que se arrogaba Buenos Aires respecto de las otras provincias en materia de navegación y comercio, nada tenían que ver con esta tesis de la entrega de los ríos al extranjero, y eran una cuestión que por su misma naturaleza y su vital importancia no podía deslindarse con auxilio de las potencias europeas sin que los intereses fincados en el pleito cayesen precisamente en manos del árbitro civilizador.

## LA CUESTION INTERNA Y LA CUESTION INTERNACIONAL DE LA NAVEGACION

Una cosa era la falta de organización política que atribuía ventajas excepcionales a una provincia en detrimento de las otras provincias, y otra cosa muy diferente la alegada hostilidad al principio de la libre navegación.

La prueba de que Rosas era liberal con el extranjero,—y al extranjero no le importaba que las relaciones de orden interior no fuesen liberales,— está en el número de los buques de otras naciones que entraron en los puertos de la Confederación durante el año de 1844. Y la prueba de que sin perjuicio de ser liberal con el extranjero, y de presidir un régimen de absurda iliberalidad interior, podía muy bien Rosas ser cabeza de un sistema de nacionalismo previsor, se encuentra en el hecho de que el cabotaje nacional desapareció con su odiosa tiranía.

Las cifras son de un valor inestimable:

| | |
|---|---|
| Buques extranjeros que entraron en Buenos Aires durante el año 1844.................. | 585 |
| Buques nacionales que entraron en el mismo puerto durante el año referido................ | 35 |
| Buques nacionales que salieron de Buenos Aires para remontarse en el Paraná, en el Uruguay y en los otros ríos............................ | 2.000 |

He aquí, decían en Montevideo, y decían muy bien los *snobs*, la prueba del monopolio de Buenos Aires, puerto único.

Buenos Aires es el puerto único, el almacén único, la aduana de toda la nación. Allí descargan los 500 o 600 buques de Europa, del Brasil y de los Estados Unidos, y allí se cargan los 2.000 buques de cabotaje, que en 1851 llegan a 3.000.

¿Se quiere, preguntaban, una situación más monstruosa?

Pero los *snobs* pretendían remediar lo monstruoso con lo monstruoso.

¿La querella entre Buenos Aires y el interior, adormecida entonces, iba a ser entregada a los cañones de Inglaterra y de Francia para que la decidieran en beneficio de los dueños de la artillería?

Las provincias mediterráneas dijeron: «Primero argentinas que antibonaerenses. Primero sostenedoras del cabotaje nacional que partidarias de una libertad que no es libertad para nuestro comercio, sino el rasero con que se nos igualará en la común esclavitud.»

Los argentinos de Montevideo querían resolver un problema nacional. Convenido, aunque después demostraron que no trataban sino de suplantar a Rosas, dejando en pie el sistema de Rosas. Pero querían resolver ese problema nacional en Londres y en París, entregando la nacionalidad y poniéndola como un fardo de cueros a bordo de los navíos de guerra de las dos naciones marítimas.

Rosas dejaba en pie el problema nacional,—como lo dejaron en pie sus enemigos y sucesores; pero resolvió el de la nacionalidad.

Los ríos serían argentinos. Esos ríos que el varelismo entregaba a las grandes potencias.

## LA MISIÓN VARELA Y LA MISIÓN ABRANTES

En otro estudio he citado (1) el irrecusable testimonio del general D. Jose María Paz sobre los propósitos de desmembración territorial que trató de poner en planta D. Florencio Varela, prohombre de la *Comisión Argentina* de Montevideo y consultor escuchado de D. Santiago Vázquez, ministro de Relaciones Exteriores del riverismo.

También me refiero allí a la creencia, de ningún modo sospechosa de petulancia, que con razón podía tener el general Paz, respecto a las consecuencias que produjo su desaprobación del plan de Varela, pues según Paz, los datos que él comunicó al comodoro Purvis y al capitán Hotham, contribuyeron a que el proyecto no pasase adelante por entonces (2).

(1) *El pensamiento político de Alberdi.* Biblioteca Andrés Bello. Editorial América. Madrid.

(2) PAZ: *Memorias*, tomo III, pág. 377 y siguientes.

Pero si el proyecto no pasó adelante, la tentativa continuó por parte de los unitarios, que fueron en todo tiempo los separatistas más rabiosos, y en aquel tiempo, como en otros anteriores y posteriores, aliados, cómplices, instrumentos y servidores del extranjero.

Triunfante Oribe, y sitiado el riverismo en Montevideo, el término de la guerra, prolongada por funestas indecisiones de Oribe, parecía depender sólo del bloqueo impuesto por Buenos Aires a Montevideo y Maldonado.

Reducido el riverismo en su capital, la reducción de Corrientes era un juego para Rosas.

Toda la cuestión se hallaba, pues, en manos de las grandes potencias, y el riverismo acordó confiar una misión a Varela.

Esta misión de Varela era vital para el riverismo desmembrador y para el Brasil, interesado también, más que ningún otro Estado, en el fraccionamiento de la República Argentina.

El Brasil resolvió por tanto apoyar la misión de Varela, y confió otra con idéntico fin a D. Miguel Calmón del Pino e Almeida, conde de Abrantes.

La misión de Varela tuvo el desenvolvimiento infeliz y vergonzoso de todas las de su especie.

Varela llegó á Europa. Lord Aberdeen lo vio, lo midió y le dijo desdeñosamente:

—Estas cosas, pequeño amigo mío, se tratan

de igual a igual entre grandes potencias, y el resultado de las deliberaciones se conoce por los hechos, pues no solemos admitir en nuestra confianza intima a los clientes y tributarios. Tampoco tratamos con ellos. Les imponemos condiciones. Basta.

No habría intervención. La hubo, cuando a Inglaterra le convino, y sin alianza con Varela.

El brasileño fue recibido de otro modo. Su misión no era innoble: era puramente ridícula.

Además, ¿podía ignorar Inglaterra que el emperador del Brasil había firmado un pacto en que se obligaba a cooperar con Rosas para combatir a Rivera en la República Oriental, siempre que Rosas cooperase con él para combatir a los republicanos de Río Grande?

El ministro de Relaciones de Buenos Aires y el representante de la Confederación Argentina en el Brasil, creían que este tratado era un maravilloso triunfo diplomático. Rosas lo vio con desdén y lo consideró inaceptable, pues era la subordinación de su política a la del Imperio, y el reconocimiento de la influencia de este país en la Banda Oriental. Quería vencer con las propias fuerzas nacionales.

Inglaterra no podía aceptar como aliado a un gobierno que Rosas despreciaba.

## EL GRAN AMERICANO

Cuando lord Aberdeen y M. Guizot, pasando sobre la espalda encorvada de Varela y poniendo las manos sobre la nuca del vizconde de Abrantes, decidieron la intervención conjunta de Inglaterra y Francia «en las comarcas fértiles bañadas por inmensos ríos», como decía el voraz colonialismo europeo, los dos estadistas, y con más claridad uno de ellos, Guizot, comenzaron a darse cuenta de que la colaboración era absurda. Cada palabra del análisis en que se descomponía la situación, traía consigo una prueba de la imposibilidad práctica del acuerdo.

«Desde 1808,—decía una parte del periodismo francés, representada por la diestra pluma de Emile de Girardin,—desde 1808, pensó Inglaterra en hacer de Montevideo un cabo de Buena Esperanza para el Océano Pacífico. Se apoderó de esa ciudad, pero tuvo que abandonarla. Ahora bien, todo el que conozca su persistencia y su tenacidad, convendrá en que la actual interven-

ción inglesa oculta las miras ambiciosas de esa nación.»

El argumento era bueno para el pueblo francés, y tenía alcance para desconceptuar la expedición. Pero estudiando más a fondo las cosas: ¿cuáles eran los fines de la política francesa? ¿Los de partícipe? ¿Y partícipe de qué? ¿Ha dejado Inglaterra alguna vez que el socio intervenga en una repartición equitativa del despojo?

Los franceses temían que Inglaterra eliminase a Francia, y que la intervención resultase una combinación anglobrasileña. «Francia y América sabrán muy pronto, decía el mismo Girardin, y lo sabrán a su costa, que si el Brasil se ha comprometido a sostener en el interior los proyectos de Inglaterra en el litoral, es porque Inglaterra se obliga con su poder marítimo a sostener los proyectos del Brasil en el interior. Después de esta pretendida mediación pacífica, se dará al Brasil la provincia de Corrientes que domina la vía fluvial del Paraná hasta el Paraguay, e Inglaterra, entretanto, con el cómodo pretexto de asegurar la navegación de los ríos, se adueñará de Martín García, o de cualquiera otro punto de la costa que le permita dominar las relaciones mercantiles con la América del Sur» (1).

(1) *La Presse*, de París; 9 de febrero de 1845.

Girardin tenía razón: Inglaterra sería la soberana del Río de la Plata; el Brasil, su feudatario; el Uruguay, como ya lo había dicho explícitamente el vizconde de Abrantes en 1830, una factoría; la Confederación argentina, un tema quimérico y olvidado.

Los argentinos de Montevideo eran la mejor pasta de satélites coloniales que se había visto hasta entonces, y que no volvería a verse durante muchos años, hasta que salieran a la ignominia pública los yancólatras de las Antillas, de Méjico y de la América Central.

El valor y el patriotismo, la previsión y la confianza estaban en Buenos Aires. El odioso tirano decía en la *Gaceta Mercantil*:

«¿Qué sería la intervención sino la conquista? ¿Y qué perspectiva ofrece la conquista sino la seguridad de quedar arrasados los intereses británicos y franceses en estos países? Mirada la intervención en su influencia sobre las repúblicas del Río de la Plata, ofrece la seguridad de una resistencia formidable, favorecida por una situación ventajosa que todo el poder combinado de los interventores no alcanzaría a dominar. ¿Qué harían las escuadras de los interventores, aun en el caso de que todos abandonasen sus estaciones, sus cruceros, sus puntos de protección y defensa? ¿Bloquearían desde Buenos Aires a Patagonia, las costas del Uruguay, los litorales del Paraná, o franquearían la navega-

ción a cañonazos? En el primer caso, bloqueaban su propio comercio; lo destruían. En el segundo caso, ¿dónde hallarían mercados y expendio para el comercio? En las dos repúblicas del Plata no encontrarían sino enemigos implacables que los recibirían en las puntas de sus lanzas o entregarían a las llamas importaciones detestables por su origen» (1).

Así mientras en Francia se demostraba que la intervención carecía de finalidad, en Buenos Aires se demostraba que ni Inglaterra, ni Francia, ni el Brasil,—éste mucho menos,—podrían vencer la resistencia del patriotismo.

Las palabras de Rosas, pronunciadas con la llaneza natural de la convicción y con la entereza de la decisión, bastaban para hacer invulnerable su poder personal en Buenos Aires, y el poder de Buenos Aires en las otras provincias. Esto es lo que no entendieron Varela, Alberdi, Sarmiento y Mitre.

El título de Gran Americano discernido a Rosas, es una de las designaciones más justas de la historia, y nacida del corazón de un pueblo, tiene que ser ratificada por el espíritu de análisis. Ese título es mil veces más merecido que el de *Benemérito de las Américas* con que se ha consagrado el renombre de Juárez. No discuto si Juárez valía personalmente más que Rosas. Inferior a éste en talento, le superaba tal vez en

(1) *Gaceta Mercantil;* 30 de abril de 1845.

el conjunto de cualidades a que se llega por la meditación. Los dos tuvieron en el más alto grado las virtudes fundamentales de los grandes caracteres: los dos fueron de una firmeza inconmovible en sus designios. Ninguno de los dos poseyó condiciones de gran estadista: Juárez, apático, y Rosas, activo, no crearon, porque a los dos les faltaba por igual esa chispa de la imaginación constructora que se llama genio político en los hombres de gobierno. El humildísimo indio mizteca y el gran señor de prosapia castellana, se igualaban en las altas esferas del poder y de la autoridad por el don de mando que los distinguía como dueños absolutos de sí mismos y con personalidad suficiente para no tener iguales ni competidores en el prestigio de la autoridad. Juárez fue arrebatado por la muerte al destino común de los que como él y como Rosas, ejercen un poder personal sin pautas institucionales. No sólo por esto, sino por otras razones, puede llamarse a Juárez un afortunado de la historia. Su epopeya se formó con un dato que siendo fundamentalmente inferior en trascendencia al de Rosas, tuvo sin embargo el prestigio de una acción resonante, en que todos los hechos, los personajes y las mismas plumas que los describieron tenían el interés de la emoción admirativa.

¿Qué hizo Rosas en comparación de los actos ejecutados por Juárez? En la apariencia, mucho

menos. No fusiló a ningún emperador, no figuró como factor en el derrumbamiento de un régimen europeo, no fue saludado por Víctor Hugo, elogiado por Thiers, puesto en las nubes por Garibaldi, magnificado por Castelar. Toda la Europa liberal, monopolizadora de la opinión ilustrada del universo, ha hecho de Rosas el tipo perfecto del malvado, el *Calígula del siglo XIX.* Pero el análisis descubre contrastes que no eran conocidos. Rosas, en labor silenciosa, exclusivamente personal, contribuye a la afirmación de la existencia nacional argentina frente a una Europa que dispone de grandes elementos para desmembrar a la República. El peligro para la Confederación Argentina está en la desmembración, y Europa, como fuerza desintegradora es un factor poderosísimo. Europa y el Brasil son los enemigos de la nacionalidad. El gran defensor de la nacionalidad es Rosas. Como diplomático y como tirano, Rosas presta a su patria el servicio trascendental de darle conciencia y de prepararla para la unión definitiva, a través de los errores y de los desastres que se llaman Mitre. Juárez no resolvió ninguna cuestión esencial para la vida de su patria. Méjico, en el seno profundo de un golfo, no fue amenazado por Europa en su centro vital, y sólo sufrió un ataque accidental, obra de los extravíos de un visionario cuya tentativa estaba condenada a fracasar por sí misma. El enemigo tradicional de Méjico está

en América: es el vecino, y si Juárez, aliado de los Estados Unidos cuando el poder esclavista dominante quería expansiones ilimitadas hacia el Sur, no consumó un acto suicida con el tratado McLane-Ocampo, fue gracias a que en ese momento justamente se levantaba el industrialismo abolicionista de la esclavitud que impuso una pausa momentánea a la política de conquistas territoriales y de dominación continental, por miedo a su rival interior; pero la alianza que por causas accidentales no fue funesta, quedó como precedente peligroso, aprovechable por el gobierno de los Estados Unidos para levantar la voz en nombre de la libertad y decidir entre las facciones de un Méjico desorganizado, cuál es la que representa el sentido ortodoxo del Pontífice Infalible de la Casa Blanca. Juárez pidió dos veces auxilio a los norteamericanos: la primera, para vencer en guerra civil a sus adversarios; la segunda, para arrojar a los franceses. Este auxilio, afortunadamente le fue negado por Seward, quien hizo comprender a Juárez que toda contraintervención sería por fuerza, quisiéralo o no lo quisiera el gobierno de Washington, una conquista territorial a expensas de Méjico, lo que temía el presidente de los Estados Unidos, porque esa conquista se traduciría en una nueva dislocación de poder a favor de los esclavistas del Sur (1).

(1) V. Carlos Pereyra: *El Mito de Monroe.*

Tales son las razones en que descansa la necesidad de distinguir entre americanismo y patriotismo.

Americanista se llama medio continente, y ese americanismo no significa lo que en tiempo de Rosas, cuando la diplomacia europea se insinuaba con perfidia o intervenía con violencia en los asuntos interiores de los pueblos americanos.

Después no ha sido Europa la interventora; lo han sido los defensores de la debilidad americana contra Europa; los que como dice Bolívar, están en aquel continente para oprimir a América en nombre de la libertad (1).

(1) En las respuestas que se dan a mis ataques contra las supercherías consagradas, se me ha llamado conservador, y aun reaccionario. Es muy cómodo poner motes. Nada importa lo que es un hombre cuando ese hombre dice algo que no despreciamos. Declaro que entre liberales y conservadores, prefiero a éstos; pero no soy ni lo uno ni lo otro. Tengo una doctrina que me aleja de ambas escuelas. Soy un adepto humilde y convencido del socialismo integral de la *New Age*.

## RIVERISMO Y VARELISMO

Inglaterra no tardó en persuadirse de las razones de Rosas; el gobierno francés aceptó después la evidencia; pero los argentinos de la *Comisión* de Montevideo no comprendieron entonces, ni han dejado después comprender a la posteridad influída por ellos, e instruída en una historia sobre la que soplan los odios y prejuicios de las *Tablas de Sangre*, que Rosas no sólo fue un defensor de la nacionalidad y de todos los pueblos americanos, sino que el propio varelismo debió a la firmeza del *Gran Americano*, como se llamaba a Rosas, en unas partes por admiración y en otras por burla, que los prohombres del unitarismo y del neofederalismo no hubieran muerto lanceados y acuchillados al desembarcar en los litorales argentinos para fundar un poder sostenido por los cañones de la intervención europea.

La desaparición de Rosas, efectivamente, hubiera significado, no el triunfo de sus adversa-

rios, sino el desencadenamiento de los odios más feroces, porque, suprimido Rosas, hay que decirlo, no se suprimía el sentimiento nacional que estaba con él y que constituía el fondo indomable de sus resoluciones.

Entretanto había llegado el momento de la consumación de las victorias de Oribe, que era el momento crítico de la intervención.

Las fuerzas de Rivera habían sido totalmente aniquiladas por el caudillo de Entre Ríos, Urquiza, en la batalla de la *India Muerta*, el 27 de marzo de 1845.

Oribe, dueño absoluto del Estado Oriental, podía entrar en Montevideo cuando le pluguiese. La guarnición de la plaza disminuía. Los defensores de ella desertaban para pasarse a las filas de Oribe, en términos de no quedar sino extranjeros y esclavos,—éstos por fuerza y los otros «por el talismán del oro». Eran los extranjeros y los esclavos de que hablaba Alberdi en 1841.

Los almirantes Inglifield y Lainé acudieron, y, como decía D. José Bustamante, levantaron al riverismo y al varelismo de la tumba. Los jefes de las escuadras no reconocían el bloqueo argentino. Hicieron más: dieron auxilios a la plaza.

Se trataba de levantar el cadáver político, el putrefacto cadáver del gobierno de Montevideo, (putrefacto en cuanto lo roía la gusanera del

agio, cuyo representante más escandaloso era el inglés Lafone).

Después de poner en pie el riverismo, se trataba de abrir negociaciones con Buenos Aires.

Negociaciones amistosas aquellas. Negociaciones no interventoras. Negociaciones en las que se reconocía plenamente la soberanía de Buenos Aires, su integridad y su independencia.

Los negociadores eran Gore Ouseley y el barón Deffaudis. Este último de triste memoria mejicana; diplomático de bombardeo: el de San Juan de Ulúa.

El objeto y fin de la negociación se cifraba en dos palabras:

*Riverismo y varelismo.*

## EL SENTIDO REAL DE LA CONTIENDA

Efectivamente, las instrucciones de Mr. Gore Ouseley y del barón Deffaudis contenían los dos términos referidos.

La Gran Bretaña se llamaba a sí misma parte en el tratado del 27 de agosto de 1828. Esto no era verdad. La Gran Bretaña, como simple mediadora, había dejado de tener participación en el cumplimiento del tratado de paz entre la República Argentina y el Imperio del Brasil, por el hecho mismo de haberse consumado el acto a que tendían sus buenos oficios, que era la paz. Pero llamándose garantizadora, lo que no podía ser sin estipulación expresa en el tratado, por propia y violenta interpretación de este instrumento, iba a un fin, y es el que nos interesa. La diplomacia es un medio; sus alegaciones la forma exterior con que se presentan las intenciones, más o menos ocultas. Las intenciones de la Gran Bretaña en el caso tendían a

la creación de un derecho permanente de protección sobre la Banda Oriental. Para arrogarse este derecho, fingía una obligación correlativa: «sostener la independencia del Estado Oriental». La interpretación arbitraria que la Gran Bretaña daba al tratado de 1828, tenía el apoyo de dos de las tres partes interesadas: el Brasil, satélite, y el Uruguay un siervo (el Uruguay de Montevideo, un Uruguay bajo los fuegos de las escuadras europeas). La Argentina oponía falta de personalidad a la demanda de la Gran Bretaña. Y decía además: «El Uruguay está conmigo; es Oribe.» La Gran Bretaña replicaba: «No; el Uruguay es Rivera.»

En realidad, ni la Argentina ni la Gran Bretaña tenían razón en esto. Oribe era la intervención de las armas argentinas; Rivera, la intervención de las armas europeas y de las complicidades brasileñas. El Uruguay no existía: era una ficción, y una ficción viciosa, nacida de la torpe política de Buenos Aires, de la debilidad brasileña y de la intervención europea.

Si diplomáticamente el tratado de 1828 no creaba títulos para Inglaterra, históricamente era el signo de una intervención, originada por la desintegración de la unidad orgánica del antiguo virreinato.

El Uruguay, objeto de una secular disputa entre Buenos Aires y el Brasil, daba lugar a este concepto, emitido desde 1830 por ese mis-

mo vizconde de Abrantes, negociador del Brasil en Europa quince años después:

«Por lo que respecta al nuevo Estado Oriental, o Provincia Cisplatina, que no forma parte del territorio argentino, que estuvo incorporada al Brasil, y que no puede existir independiente de este Imperio, V. E. tratará oportunamente de probar con toda franqueza, la necesidad de incorporarlo otra vez al Brasil.»

Pero como el Imperio no era Imperio, sino un cliente entrampado, el Uruguay, absorbido por el Brasil, se convertiría automáticamente en factoría de Inglaterra, acreedora del Brasil.

Contra esto no había sino dos recursos: la incorporación del Uruguay a la Confederación Argentina, o la creación de un centro de poder independiente pero íntimamente aliado con el rival histórico del Brasil.

Oribe representaba, pues, aparte de sus cualidades o defectos personales, y de las miras que pudiera tener, una orientación de gran sentido nacionalista.

Rosas no podía volver a 1810, y aceptando los hechos que hicieron del Uruguay un Estado con personalidad propia, aunque sin todos los elementos necesarios para la defensa nacional, estableció la alianza de los dos países como base precisa para la consolidación de la nacionalidad argentina.

En esto, y no en la palabrería cancilleresca de las notas cambiadas entre el ministro de Relaciones de Buenos Aires y el comisionado inglés, debe buscarse el sentido real de la contienda.

## POLÍTICA DE CIVILIZACION

—Inglaterra no quería conquistas. Francia no quería conquistas.

Esta es la conclusión sentenciosa de los unitarios rivadavistas, de los federalistas de Echeverría y de los antirrosistas de la tercera y cuarta generación.

Es verdad: Inglaterra y Francia no querían conquistas. ¿Qué se proponían entonces?

—Civilizar.

—Muy bien. Inglaterra y Francia querían civilizaros desinteresadamente, y vosotros queríais que se os civilizara.

Líbrenos Dios de blasfemar contra la civilización, y menos aún contra la civilización de la Europa Occidental. A todos nos gustan sus paños, sus sedas, sus trasatlánticos, sus perfumes y sus novelas. A veces también llega a gustarnos Shakespeare, y si estamos en París, nos damos una escapada de Montmartre para oir, aunque sea de prisa, algunos versos de Racine.

Pero tomada así, esa civilización, perfecta como una sonata, no es adorable sino cuando vamos a disfrutarla en el seno de sus magnificencias, con un buen fajo de billetes de banco y con la despreocupación de rastacueros.

Pero veamos un poco las cosas. Esa civilización, toda civilización moderna, es industrialismo y por lo tanto militarismo.

La civilización es la miseria del *slum* de Londres; es un ejército de hambrientos que marcha al asalto de las ciudadelas de la producción, y que vuelve diezmado a sus cuarteles; es otro ejército de reserva, formado por los batallones de infelices que esperan tener trabajo cuando haya claros en las filas de los que perecen, triturados por la máquina, por la enfermedad o por el vicio; es la guerra inexcusable entre las grandes potencias industriales; es la guerra colonial; es un conjunto de males tan absurdo, que comparada con esa civilización, la barbarie de las pampas se nos antoja el *Embarco para Citeres* de Watteau.

Esa civilización que exaltáis, quicre hacer de vosotros, chinos ó birmanos, annamitas o tibetanos; no quiere haceros argelinos ni hovas. Esto os llena de satisfacción. Encontráis que el lugar destinado para vosotros es muy estimable en las clasificaciones de la política extraeuropea de las grandes potencias.

¿Os halaga que vuestra patria sea honrada

con bombardeos para derrocar despotismos, y esperáis que caído cada tirano se os dejará en pleno goce de vuestra independencia?

Estáis en lo justo; hay que reconocerlo. Todas las guerras y todos los tratados que ha hecho Europa en Asia, tuvieron por objeto reconocer y consagrar soberanías. Todas las guerras y todos los tratados que han hecho los Estados Unidos en la América monroizada, tuvieron el mismo objeto.

¿Por qué? Porque garantizar la independencia de una patria,—y no digo Corea, sino Portugal o Grecia,— es tenerla en el puño.

Sólo a las naciones libres así garantizadas se les quita Hong-Kong, o se les lleva un ferrocarril a Puerto Arturo, o se les limpian los cofres y vitrinas de los palacios imperiales.

Los cañones que llevaba Inglaterra al Río de la Plata, eran los mismos con que había hecho la civilizadora guerra del opio.

Y cuando tronaron en el Paraná, dijisteis: —Es la civilización que abre los ríos encadenados por un déspota.

## UNA SUPERFLUIDAD

Los negociadores-mediadores Gore Ouseley, inglés, y barón Deffaudis, francés, llegaron a Buenos Aires con estas pretensiones:

1.ª Retirada de las tropas argentinas auxiliares de Oribe en la Banda oriental, cuya presencia en esta república era contraria al tratado de paz del 27 de agosto de 1828, entre el Brasil y la Argentina, y al artículo 4.º de la convención Arana-Mackau del 29 de octubre de 1840.

2.ª Cesación inmediata de una guerra cuyas crueldades conmovían al mundo civilizado.

3.ª Levantamiento de un bloqueo perjudicial para el comercio marítimo.

Mr. Ouseley desembarcó antes que el barón Deffaudis, y esto dio origen a un incidente que precisamente por su poca importancia merece llamar la atención.

Había en Buenos Aires un encargado de negocios de los Estados Unidos, llamado William Brent, y el gobierno de Buenos Aires empujó a

este Brent para que se anticipara a las exigencias de los ingleses y franceses como amigable componedor.

Mr. Brent salió al paso de Mr. Ouseley, diciéndole:

—Yo soy el representante de la doctrina de Monroe y del espíritu monroísta que vela por la conservación de las débiles repúblicas americanas, (a una de las cuales justamente vamos dentro de pocos meses a quitarle la mitad de su territorio,—dos millones de kilómetros cuadrados, más o menos,—para librarla de alguna amenaza europea.) Según la doctrina que yo represento, cualquiera intervención de Europa en América es contraria a los principios de que somos apóstoles.

—Todo se hará, dijo Ouseley, siempre que Rosas abandone el Estado Oriental.

Precisamente Mr. Trent era depositario de un secreto para la realización de las miras de los europeos, sin menoscabo de los intereses del gobierno argentino.

Nada podía hacer Mr. Ouseley sin el consentimiento de su colega Deffaudis; peroal llegar Deffaudis, tomó por el brazo a Monroe-Trent, lo hizo a un lado, y dijo a Ouseley:

—Entendámonos directamente con Rosas y no embaracemos nuestras gestiones con la intervención de un tercero, extraño a la misión que se nos ha confiado.

Monroe quedó excluído. Era un mediador oficioso, y como los dos diplomáticos europeos también eran mediadores, la superfluidad del monroísmo resultó evidente (1).

(1) V. en el *Apéndice: Rosas enseñándole a Monroe los rudimentos del monroísmo.*

## EL CELEBRE ARTÍCULO CUARTO

Guizot había inventado una fórmula muy graciosa: *mediación armada.*

Para Guizot, el derecho común era la política de no intervención; pero cuando el belicoso *centro izquierda* lo obligó a intervenir, saliendo del derecho común, quiso un *mínimum* de intervención que no lo comprometiera, y dio a sus acuerdos con Inglaterra el nombre de *mediación armada.*

Primeramente se había convenido en hacer presión sobre Rosas, pero aunque Rosas resistió, esta resistencia no tuvo consecuencias porque un cambio de política dejó en el aire las amenazas francoinglesas.

Volvió, sin embargo, a prevalecer el propósito de la violencia y volvió a consagrarse la política de presión que debería ejercerse en Buenos Aires.

Estos cambios de actitud en Europa se traducían en manifestaciones de la más humorística

incoherencia, resultado de las distintas fechas en que llegaban las variaciones de política a conocimiento de los agentes respectivos de los dos gobiernos, y en muchos casos a los diversos agentes de cada gobierno. Así, mientras un cónsul francés bailaba al son de un vals, su ministro se meneaba con una zarabanda, y el jefe de la escuadra hacía piruetas de cancán. Los ingleses, viendo estas discrepancias, llamaban locos a sus colegas, mientras ellos, por su parte, se entregaban a la más variada coreografía. En los parlamentos acontecía lo mismo, y a veces M. Guizot en el gobierno y M. Thiers en la oposición, discutían semanas enteras la conducta que Thiers trataba de imponer.

El presidente del consejo buscó una trinchera, y encontrándola en su altivez, creó fórmulas que, sin ser precisamente de tergiversación, lo fueron de habilísima evasión.

Antes de lanzarse a la guerra declarada con un programa de paz, y a la intervención bajo el nombre de mediación, halló para los acontecimientos de 1837 a 1840 el nombre ingenioso del período de las cuatro guerras.

«Había, dijo M. Guizot, en 1840, más de una guerra en las riberas del Plata (1). Había la

(1) Sesión de la cámara de diputados, del 31 de mayo de 1844. V. *Histoire Parlemantaire de France*, par M. Guizot; t. IV, págs. 389 y siguientes.

nuestra, la de Francia, contra el presidente Rosas,—guerra de Estado a Estado; había dos guerras civiles: en la República de Montevideo, la guerra de los partidarios de Rivera contra los partidarios de Oribe, y en la República de Buenos Aires, la guerra de los partidarios de Rosas contra los partidarios de Laville; por último, una guerra de Estado a Estado entre Montevideo y Buenos Aires; cuatro guerras a la vez, tres independientes de la nuestra.»

La de Francia y Buenos Aires terminó con el tratado del 29 de octubre de 1840.

Ahora bien; si la política anterior a 1840—la de Thiers, que en 1844 hablaba como jefe de la oposición,—había cometido el error de «confundir esas tres guerras y de ligar la causa de Francia con la causa de la República de Montevideo contra Buenos Aires, con la causa del presidente Rivera contra Oribe y con la causa del partido de Lavalle contra el presidente Rosas», ¿esto era una razón para perseverar en el desacierto?

—¿Pero el artículo 4.° de la convención del 29 de octubre de 1840, preguntaba Thiers?

—El artículo 4.°, contestaba Guizot, «es perfectamente extraño a una guerra entre Montevideo y Buenos Aires, que no había cesado, y que la convención jamás ofreció que cesaría».

—Entonces el artículo 4.° es un contrasentido, interrumpía Odillon Barrot.

—¿Vamos a hacer la guerra por una causa que no nos incumbe defender, esto es, por la independencia del Uruguay?

—Por la independencia del Uruguay, dijo Thiers.

Naturalmente.

Thiers entendía la independencia del Uruguay como todas las grandes potencias entienden la independencia de los pequeños pueblos, garantizándola contra la avidez de los otros para explotarla por su cuenta: como se entiende la independencia de Portugal, de Polonia, de Grecia, de Cuba o de Bélgica.

Prevaleció la interpretación de Thiers, y en vez de cuatro guerras hubo cinco, puesto que entró la Gran Bretaña en la reyerta (1).

---

(1) V. el discurso de Thiers, belicosísimo, del 29 de mayo de 1844 y el que pronunció el 31 del mismo mes y año, sobrepujándose en animosidad y mala fe. *Discours parlemantaires de M. Thiers*; Tom. VI, págs. 349 a 444.

## LA VUELTA DE OBLIGADO

Rosas se mantuvo inabordable, y rechazó las tres exigencias de los aliados.

No retiró las fuerzas argentinas auxiliares de Oribe, y no levantó el bloqueo de Montevideo y Maldonado.

Los mediadores pidieron sus pasaportes, y salieron de Buenos Aires el 31 de julio.

Detrás de cada mediador había una escuadra: la de Lainé detrás del barón Deffaudis, y la de Inglefield detrás de Mr. Ouseley.

Estas dos escuadras, que proveían de armas y municiones al riverismo, desembarcaron fuerzas para auxiliar a los sitiados, y apoderándose de los buques argentinos bloqueadores, los pusieron en las manos del pirata saboyano Giuseppe Garibaldi, coronel riverista, ya bien reputado en América como saqueador e incendario, a lo menos para quienes aceptan el punto de vista de los defensores de la independencia argentina.

Las tres banderas—inglesa, francesa y piráti-

cogaribaldina—iniciaron el bloqueo riguroso de todos los territorios argentinos y orientales que se hallaban amparados por las fuerzas del tirano Rosas y del degollador Oribe.

Bombardearon, saquearon, incendiaron y arrasaron el puerto de la Colonia, «para poner fin a una guerra que llenaba de horror a la humanidad», con actos que esa guerra horrorosa no había ejecutado hasta entonces ni ejecutó después.

Se apoderaron de la isla de Martín García, desamparada por el gobierno argentino. Garibaldi en persona arrió allí la bandera azul y blanca.

Saquearon Gualeguaychú (1).

Sin embargo, Paysandú rechazó a los 18 buques piratas que lo atacaron, y en la Concordia no procedieron al intentado ataque.

Con más fortuna y maña, pudo repetir Garibaldi en el Salto los robos que ilustraban su nombre.

Pero faltaba lo esencial: había que poner el pie en Corrientes.

Rosas trató de impedirlo situando una fuerza en la Vuelta de Obligado.

Allí se dió «el brillante hecho de armas para

---

(1) «Garibaldi saqueó la Colonia y Gualeguaychú escandalosamente», escribía el riverista intervencionista D. José Luis Bustamante, en carta del 2 de noviembre a D. Fructuoso Rivera.

ambas naciones,» (inglesa y francesa), el 20 de noviembre de 1845.

El general Mansilla hizo una defensa heroica. En su carencia de medios materiales para resistir, Mansilla tendió unas cadenas sobre buques desmantelados que puso para interceptar el paso de la flota enemiga. Esto más bien era un símbolo de los derechos que trataban de violar los invasores. La proclama que el general argentino dirigió a los defensores de aquel punto, decía: «Considerad el insulto que hacen a la soberanía de nuestra patria al navegar, sin más títulos que la fuerza, en las aguas de un río que corre por el territorio de nuestro país. ¡Pero no lo conseguirán impunemente!»

Los argentinos tuvieron 650 hombres fuera de combate, y perdieron 18 cañones. A los aliados les costó el paso una pérdida de 150 bajas, entre muertos y heridos, y la de tres buques averiados.

La sangre argentina que corrió noblemente, fue innoblemente insultada por la emigración traidora de Montevideo:

«El Paraná, decía D. José Luis Bustamante, quedó abierto con la sangre inglesa y francesa, y el dictador escarmentado severamente...

»Los pueblos del alto Paraná, saludando a sus nuevos amigos y protectores, prontos a continuar la campaña santa de la libertad, verán con placentera esperanza, flamear en sus costas y fuertes las banderas de la Francia y la Inglaterra.»

## EL DESASTRE DEL QUEBRACHO

Pasar no era nada. Lo difícil e importante era volver. Para que los ríos fuesen de los aliados, se necesitaba que éstos poseyesen las márgenes. La guerra no era naval: era una guerra de penetración.

Guizot, enemigo de la guerra,—enemigo de todas las guerras, no por bondad sino por prudencia,—había dicho, y en esto no se equivocó:

—La guerra unirá a los argentinos.

La guerra los unió. Pero el ministro francés se había quedado a la mitad,—como en todo, menos en la ciencia histórica. El creía que un ataque naval no traería consigo la guerra.

Razonaba de este modo: «La intervención marítima no es la intervención con un ejército».

Para el caso fue lo mismo, y los hechos se encargaron de demostrarle que forzar a cañonazos la Vuelta de Obligado era entrar en guerra con los argentinos, y que entrar en guerra con los

argentinos en la corriente del Paraná era unirlos en las pampas del sur, en Salta y en Mendoza.

D. Martiniano Chilavert, coronel de artillería de los unitarios, o más bien dicho, toda la artillería de los unitarios, decía, recordando sin duda las cartas de Lavalle:

«El amor a mi país ha sido el sentimiento más enérgico de mi corazón. Su honor y su dignidad me inspiran un religioso respeto. Considero como el crimen más espantoso, llevar con él las armas del extranjero. Vergüenza y oprobio recogerá el que así proceda...

»Me impuse de las ultrajantes condiciones a que pretenden sujetar a mi país los poderosos interventores, y del modo inicuo como se había tomado su escuadra. Vi también propagadas doctrinas a las que deben sacrificarse el honor y el porvenir de mi país. La disolución misma de su nacionalidad se establece como principio.

»El cañón de Obligado contestó a tan insolentes provocaciones. Su estruendo resonó en mi corazón. Desde este instante un solo deseo me anima: el de servir a mi patria en esa lucha de justicia y de gloria para ella».

Los aliados no quedaron dueños de la navegación fluvial. Thorne los rechazó y reembarcó en Obligado, y tuvieron que desistir del propósito de internarse en el territorio nacional para dominar el río. Formaron un convoy de subida, pero combatidos en Acevedo y en San Lorenzo,

sufrieron pérdidas de gran cuantía. Su correspondencia, conducida a bordo de un *pailebot*, fue interceptada por las fuerzas de Rosas. Uno de sus buques, el *Sizenol*, fue acribillado por las baterías de la ribera. En la Ensenada efectuaron un desembarco, pero rechazados, adoptaron un procedimiento de la más odiosa violencia, y antes de salir de la bahía, saquearon los buques mercantes neutrales que estaban anclados, y los incendiaron. Rosas respondió a este acto con un decreto humorístico y justiciero por el que ordena que los comandantes, oficiales y marineros capturados después de la comisión de hechos de esta especie, fueran juzgados como reos del orden común, es decir, como incendiarios. ¡La barbarie negaba beligerancia a la civilización!

Pero falta lo principal. Cuando los héroes de Obligado bajan el Paraná, los aguarda en el Quebracho una fuerza enemiga, y sufren el desastre más ignominioso.

Un convoy de noventa y cinco buques mercantes, custodiado por doce de guerra, y con una fuerza de ochenta y cinco cañones, pasa por el Quebracho. Mansilla está situado allí con 17 cañones y 750 hombres.

Es el 4 de junio de 1846. El combate comienza casi a medio día, y a las tres de la tarde, viendo la imposibilidad absoluta de tomar el punto para proteger el paso del convoy, los interventores incendian cinco de sus buques

mercantes, y con algunos de los de guerra muy averiados, y sesenta hombres fuera de combate, se retiran, «perseguidos, dice el teniente inglés Proctor, por artillería volante y por soldados que en número considerable nos hacían un fuego graneado desde las márgenes».

Los marinos interventores se habían dado cuenta exacta de la situación. Cuando estaban internados en el alto Paraná, decían, según se vio en la correspondencia del *pailebot* apresado: «Rosas está levantando baterías en las barrancas, entre nosotros y Obligado, y si no se hace una vigorosa diversión abajo, con fuerzas de tierra para desalojar a los que están situados en la barranca, nos echarán a pique algunos de los buques del convoy, y probablemente harán muchos daños a los de guerra. Nos hemos internado prematuramente, y hemos tomado una posición insostenible sin tener otras muchas fortificadas. Para atacar a Buenos Aires, hay que dirigir el golpe a Obligado.»

Esta era la intervención marítima de Guizot.

¿Guizot ignoraba que un río es parte de un territorio, y que un territorio no se ocupa sin soldados? O lo sabía, y aun temiendo la guerra, se metió en ella sin querer, por un miedo mayor a la jauría de Thiers.

Poner el pie en Corrientes, supremo deseo de los aliados, era quimérico sin poseer el Uruguay.

Corrientes, rebelde antes del combate de Obligado, vuelve a la Confederación antes del desastre del Quebracho, y al fin se reincorpora solemnemente en ella según el tratado de Alcázar.

Los interventores dirigen los ojos entonces a Entre Ríos, y tratan de congraciar a Urquiza, el caudillo del litoral, para obtener por medio de las negociaciones lo que no les da la guerra: la segregación de las dos provincias mesopotámicas y su incorporación en un Estado independiente, reconocido por Francia e Inglaterra, y manejado por estas dos potencias.

## INGLATERRA DA MEDIA VUELTA

A Inglaterra nada le asusta, y no suele ceder aun cuando se equivoque. Tiene la obstinación, que es el gran defecto de su gran virtud: la tenacidad.

Pero hay una cosa que los ingleses no hacen por nada: seguir a otro, o ir al lado de otro. Inglaterra ha de ir por delante, o no va.

En el caso de Buenos Aires, los ingleses no veían claramente una finalidad satisfactoria. Les pasaba lo que a Guizot, pero les pasaba lo mismo con efectos contrarios. Guizot aceptó la guerra, por miedo a la guerra de palabras de Thiers, su comadre parlamentaria. Ahora bien, los ingleses quedaron disgustados de la guerra porque la guerra significaba un viaje muy largo con una Francia compañera, no la Francia seria de Guizot, sino la Francia de Thiers, suspicaz, parlanchina y embrollona.

Inglaterra hizo, pues, lo que ha hecho siempre. No llamó a Francia para revisar con ella

los planes de la intervención y rescindir el contrato en buena forma, sino que acudió a su fiel consejera la conciencia moral, para consultarle el caso.

La conciencia moral es una tercera excelente. Duerme cuando Inglaterra quiere que duerma; pero apenas le ocurre que algo es pernicioso para sus intereses, acude a la cabecera de la dueña valetudinaria, la despierta, y le dice: «Tienes la palabra. He obrado mal. Repréndeme.»

Todos los pueblos y todos los hombres poseen lo que un psicólogo llama los sofismas de la vida interior; pero no todos los pueblos ni todos los hombres tienen los mismos sofismas. Así, los franceses dicen: *Honor*, en donde los ingleses dicen, creyéndolo, es lo más gracioso: *Honesty ist the best policy*. Los alemanes disponen de *Unser Gott*. Los norteamericanos perecen por hacer felices a los otros pueblos, y sobre todo por hacerlos libres. Su sofisma de la vida interior se llama *Monroe*.

El comercio inglés, o sea el liberalismo inglés, sumó los daños y sumó los perjuicios que le había originado la faramalla bélica francesa de 1838 a 1840, y en presencia del resultado de sus cálculos, hizo otras dos columnas de cifras con los daños y perjuicios de la intervención conjunta. Echó la culpa de todo a Francia, y dijo: «Basta ya de libros de caballerías».

Interpeló al gobierno en la cámara de los comunes, valiéndose de Palmerston, el amigo de las naciones débiles, quien dijo el 23 de marzo de 1846:

«No se oculta a nadie el importante quebranto que representan para el comercio británico las medidas adoptadas por el gobierno con el fin de poner término a la guerra entre Buenos Aires y Montevideo. Siempre que se le habla al gobierno de este asunto, pronuncia palabras de paz; pero los actos de sus representantes son actos de guerra. Primero fue un bloqueo; después un desembarco de fuerzas británicas en territorio argentino, y un asalto a las baterías; en tercer lugar, captura de buques de guerra argentinos, y un aviso para la venta de esos buques como tomados en acción de guerra. Quiero saber en vista de esto, si estamos en guerra o no estamos en guerra con Buenos Aires. Si estamos en guerra con Buenos Aires, el hecho no se nos ha comunicado. Si estamos en paz con Buenos Aires, ¿qué sentido tienen esos actos de guerra? ¿El gobierno de S. M. los ha aprobado?»

Las palabras de Palmerston no eran una maniobra política de oposición. Reflejaban la exigencia de intereses positivos.

El gobierno plegó velas, e hizo presión para que las plegara el gobierno francés.

El gobierno francés no podía bloquear a Buenos Aires, porque no bloquearía a Buenos Aires,

sino al comercio inglés, y si al comercio inglés, ya muy irritado por los atropellos de 1838 a 1840, se le antojaba no tolerar bloqueos, por buenas o por malas, los almirantes franceses se verían obligados a salir de las aguas de América con el penacho caído.

Se dispuso, pues, que tomase la cuestión a su cargo un negociador inglés, frío y muy experto en los asuntos de la América del Sur, por su larga residencia en el Plata. Este negociador inglés representaba a su gobierno y al gobierno francés.

El negociador Hood llevó ante el gobierno de Rosas las siguientes proposiciones, con fecha del 16 de julio de 1846:

1.ª Cooperación de Rosas para obtener la inmediata suspensión de hostilidades entre las fuerzas de la plaza de Montevideo y los sitiadores;

2.ª Desarme de las legiones extranjeras de Montevideo;

3.ª Simultáneo retiro de las fuerzas argentinas auxiliares que operaban en el Uruguay;

4.ª Subsiguiente levantamiento del bloqueo de Buenos Aires, evacuación de la isla de Martín García, devolución de los buques de guerra argentinos capturados por los interventores, y saludo de 21 cañonazos al pabellón de la nación atacada;

5.ª Aceptación por los interventores del ca-

rácter interior de la navegación del Paraná, sujeta a reglamentación argentina.

6.ª Declaración de que los principios bajo los cuales habían obrado los interventores, interrumpiendo los derechos de beligerancia de la República Argentina, habrían sido aplicables a Francia y a la Gran Bretaña en las mismas circunstancias, o sea cuando los patos les tiraran a las escopetas, regla de reciprocidad que aceptan todas las grandes potencias en sus relaciones con países débiles;

7.ª Nueva elección presidencial en el Estado de la Banda Oriental, con arreglo a su constitución, previa declaración de Oribe comprometiéndose a aceptar el resultado de dicha elección;

8.ª Amnistía general y completa, y olvido de lo pasado, sin que esto impidiera que los emigrados argentinos cuya residencia en Montevideo pudiera dar justa causa de queja al gobierno argentino, y comprometer la buena inteligencia entre las dos repúblicas, fueran removidos al puerto extranjero más próximo, según su elección;

9.ª Declaración de los interventores de cesar en sus medidas y de retirarse si aceptadas estas bases por los generales Rosas y Oribe, el gobierno de Montevideo rehusaba proceder al desarme de los extranjeros, siempre que el general Oribe se comprometiese a dar amnistía a esos

extranjeros y les concediese garantías para lo futuro.

Los primeros enemigos de estas bases fueron Ouseley y Deffaudis, quienes habían pedido a fines de abril, 10.000 soldados ingleses y 10.000 franceses, para hacer una fiesta digna de sus promotores. Así, pues, ellos ocultamente, y el gobierno de Montevideo de un modo ostensible, se oponían a la celebración del arreglo Hood, que era la muerte del gobierno de Montevideo, la desautorización de los dos mediadores, la desocupación de la legión extranjera, y sobre todo, el término de los grandes negocios que se hacían a la sombra de la intervención.

Pero como las instrucciones de Hood eran muy amplias y en ellas se preveía el caso de la aceptación de las condiciones por los generales Rosas y Oribe, concedido el armisticio, debería levantarse el bloqueo.

Rosas aceptó la base sobre la navegación en el río Paraná con una declaración que daba mayor amplitud al derecho de la república, y que no excluía el de la Argentina en común con el Estado Oriental respecto del río Uruguay. Por lo que respecta a la base 6.ª, el gobierno de la Confederación reservaba sus derechos para discutirlos más tarde.

Obtenida la aceptación del general Oribe a principios de agosto, Mr. Hood puso el pliego de sus instrucciones en manos de Ouseley y

Deffaudis para que procediesen a la ejecución de lo mandado por sus gobiernos.

Pero los ministros mediadores se negaron a poner en planta la base de suspensión del bloqueo. Esto, decían, se salía de las facultades concedidas a Mr. Hood. Habría que consultar a Londres y a París. Y entretanto, los almirantes, de acuerdo con los negociadores, embarcaron a Mr. Hood.

Se dio toda la prisa posible a la guerra. Una vez más, las fuerzas navales de la civilización aventajaron en barbarie a la barbarie, y el ataque, toma y saqueo de Paysandú se inscribió en los títulos de las dos naciones encargadas del magisterio de la cultura.

Pero todo fue inútil para quebrantar a Buenos Aires. Rivera iba directamente al desastre, y a principios de 1847, la intervención contaba sólo con Montevideo, Colonia y Maldonado.

El país era por completo de Oribe.

## EL PAPEL DEL BRASIL

Guizot había dicho una gran verdad en 1844: «O en la Argentina interviene sólo el Brasil, o interviene Inglaterra con el Brasil, o interviene sólo Inglaterra.»

Francia intervenía para no quedarse fuera de la intervención; para no verse aislada.

Rosas también veía que la fatal intervención del Brasil comenzaría inmediatamente después de que se retiraran Inglaterra y Francia.

Tomó, pues, la delantera, y lo hizo exigiendo el cumplimiento del artículo 3.° de la convención del 27 de agosto de 1828 sobre defensa de la integridad uruguaya.

¿El Brasil estaba con los ingleses y franceses? Que lo dijera.

¿No estaba con ellos? Que cooperase entonces a la lucha contra la intervención europea.

Y en todo caso, que se cuidase de dar un golpe alevoso después de eliminadas Inglaterra y Francia, de quienes era auxiliar, según se desprendía

de la publicación de las instrucciones al vizconde de Abrantes, cuyo nombre y gestiones habían sonado tantas veces en los discursos parlamentarios de Londres y París.

En *El Comercio del Plata*, D. Florencio Varela denunciaba como un pensamiento criminal de Rosas, contra el Uruguay, el Paraguay, Bolivia y el Brasil, el plan de reconstrucción del virreinato de Buenos Aires.

El Brasil se apresuró a recoger la pérfida insinuación de D. Florencio Varela, y formuló una nota de recriminaciones contra Rosas.

Buenos Aires, con fuerte dialéctica, dio veinte golpes a la diplomacia del adversario secular. Si el cargo podía caer sobre alguien, decía Rosas, sería sobre el Imperio, que obligado a sostener la independencia del Uruguay, lo había abandonado a enemigos extraños en 1838 y en 1845. Y respecto del Paraguay, ¿cómo podía el Imperio ver una tentativa siniestra en lo que no era sino reacción legítima contra maniobras dolosas del Brasil, auxiliar de los paraguayos únicamente para utilizar a los paraguayos y debilitar a todos los países del Río de la Plata? En Tarija también habían quedado huellas de intervención brasileña. Esa provincia, reconocida como parte de la Confederación Argentina después de la independencia del Alto Perú, fue invadida en 1828 por el gobierno de Bolivia. Ahora bien, después de la campaña contra Santa

Cruz, Rosas se opuso a que fuese Tarija rescatada por medio de la violencia, y existía el testimonio de sus órdenes a Oribe en ese sentido. Lejos de ser enemigo de Bolivia, el gobierno de Buenos Aires quería agotar todos los procedimientos amistosos para el arreglo de la cuestión de Tarija.

El Brasil apoyaba pasivamente las intervenciones desmembradoras, para aprovecharse de ellas, o pretendía hacerlas por sí mismo después del fracaso de las dos potencias europeas.

Contaba con excelentes auxiliares: el tiempo, a falta de ingleses y franceses; los emigrados de Montevideo; el caudillaje de Urquiza, precursor de la insensatez de Mitre.

## LA SEGUNDA MANCUERNA

Reembarcado Hood y llamados los dos negociadores-mediadores-embrolladores, fueron enviados otros dos. Uno era el conde Walewski, hijo de Napoleón I, y futuro ministro de Napoleón III. El otro era lord Howden.

Llegaron en mayo de 1847, y lo primero que hicieron fue dirigir a Rosas una nota de aparente cordialidad. Según esa nota, toda dificultad había desaparecido, puesto que una vez que se suspendiesen las hostilidades, como quedó arreglado con Hood, ellos darían las órdenes respectivas para levantar el bloqueo.

Pero después de estas campanadas de gloria, venía la parte amarga. Inglaterra y Francia habían dado por indudable que el general Urquiza defeccionaría, y que esta defección realizaría el supremo *desideratum* de la diplomacia europea: adueñarse símultáneamente del gobierno de Montevideo, del de Buenos Aires y del de la zona entrerriana.

Teóricamente, el plan era sencillísimo:

1.° Rosas debía retirar sus fuerzas de la Banda Oriental.

2.° Hecho esto, se levantaría el bloqueo.

Efectivamente: ¿para qué bloquear al Uruguay cuando en su territorio dominasen las fuerzas aliadas? ¿Y para qué bloquear a Entre Ríos cuando Entre Ríos cayese en sus manos?

Y al repicar las campanas de Buenos Aires por la caída del tirano y por la entrada triunfal de D. Florencio Varela, el bloqueo de la provincia no tenía objeto.

La simplificación del asunto por los aliados se reducía, puntualizando, a lo siguiente:

Rosas reconocía que a cambio del levantamiento del bloqueo, los dos gabinetes interventores podían constituirse en garantes de la independencia del Uruguay, es decir, dueños de su independencia, o más claro: soberanos del Uruguay.

Otra de las pequeñas compensaciones que se exigían de Rosas a cambio del levantamiento del bloqueo, era esta:

En vez de afirmarse que el río Paraná estaba sometido a la legislación del país, se diría que lo estaba a los principios de la ley general de las naciones, (de las naciones fuertes), o sea a los 85 cañones que apagaron los fuegos de las baterías de Obligado.

Rosas no podía aceptar las exigencias de los

interventores, y al rechazarlas dijo su ministro Arana:

«Es inútil, señores, hablar de derechos cuando los más claros, los más importantes del gobierno argentino se desconocen: esos derechos que os negáis hoy a declarar, están expresamente consignados en el tratado del gobierno argentino con S. M. B., en 1825, y expresamente también los reconoció S. M. el rey de los franceses en su convención del año 1840.»

Esto último no era exacto. La convención Arana-Mackau, ya lo hemos visto, daba a Francia un asidero muy cómodo para afianzarse en el Uruguay.

El fracaso de las negociaciones era muy satisfactorio para Francia, a falta de la plena aceptación de sus exigencias; pero para Inglaterra, dominada por sus tendencias de notable desvio a la cooperación, ese fracaso era un quebranto.

Lord Howden quería ante todo la cesación del bloqueo. Para obtenerla, se trató de negociar un armisticio entre Oribe y Montevideo, dejando de lado a Rosas mientras Londres y París resolvían lo que debiera hacerse en definitiva.

Oribe convino en la suspensión de las hostilidades; pero Montevideo, o más propiamente Francia, negó su aquiescencia.

Lord Howden quedó apartado de su colega, e hizo esta declaración:

«Como en primer lugar entiendo que los

orientales de Montevideo no son en este momento agentes libres, sino que los domina en absoluto una guarnición extranjera, y como en segundo lugar este bloqueo ha perdido por completo el carácter que tenía en su principio, de medida de coacción contra el general Rosas, y se ha convertido exclusivamente en medio de proveer de fondos al gobierno de Montevideo y de proporcionar lucros a ciertos individuos extranjeros, en detrimento constante del extenso y valioso comercio de Inglaterra en estas aguas, ruego al comodoro Sir Thomas Herbert que levante el bloqueo en ambas orillas del Río de la Plata y que tome las medidas necesarias para que cese toda manifestación interventora en estas aguas.»

Cumpliendo esta orden, que fue dada el 15 de julio de 1847, el comodoro Herbert tomó a bordo los soldados ingleses que había en Montevideo y en la isla de Rota, y recogió la artillería que tenía en tierra.

## LA GEOGRAFIA DE THIERS

Tercera mancuerna. Cuarta misión. Estaba ésta a cargo de Mr. Robert Gore y del barón Gros.

Los negociadores llegaron a Montevideo en marzo de 1848. Se decían mediadores entre el gobierno de Montevideo y el general Oribe. Solicitaban de éste que confirmase su prometida amnistía. Oribe lo hizo. Pidieron al gobierno de Montevideo que tratara con Oribe, y lo conminaban con la resolución que anunciaron de dar por terminada su misión, si Montevideo no se avenía a entrar en arreglos, «y de llenar en ese caso los penosos deberes de las instrucciones que traían».

Montevideo protestó, diciendo que obrar de esta manera significaba nada menos que hacer de los mediadores auxiliares de Rosas, y facilitar la entrada de Oribe en la ciudad por medio de una forzada capitulación.

Efectivamente, las negociaciones habían con-

ducido las cosas al mismo estado en que se hallaban cuando los franceses expulsaron a Oribe de Montevideo. «Se le toma de la mano y se le conduce a Montevideo», decía Mármol. Exactamente como se le había tomado por el brazo y se le había arrojado de la ciudad.

¿Y todo por qué? preguntaba Bustamante. Porque se nos abandona, no obstante nuestros sacrificios y los compromisos que ha contraído con nosotros la intervención.

¿Por qué Rosas desprecia los cañones de Trafalgar, de Abukir y de Navarino? decía lloriqueando el intervencionista. Porque era Rosas: porque representaba el sentimiento de la dignidad, las miras políticas vinculadas en el porvenir de la patria y las fuerzas morales del pueblo argentino.

Bustamante y todos los Bustamantes no hacían sino repetir el eterno argumento de Thiers,—la muletilla de Thiers,—que éste reproduciría con mayor vehemencia.

Montevideo estaba furioso porque todo lo perdía. Oribe estaba encantado porque se le daban todas las ventajas del riverismo.

La tesis de Thiers era que Francia, y sólo Francia, debía asentar el pie en Montevideo, a fin de que no dominase una misma autoridad americana en las dos orillas del Río de la Plata.

Para los franceses dominar en Montevideo era dominar en el Río de la Plata, por ser la boca

del estuario, por sus ventajas como fondeadero, y sobre todo, porque mientras Buenos Aires carecía de importancia y no había que ver en ella sino la puerta hacia la pampa ilimitada y salvaje, Montevideo, capital de un territorio de suaves ondulaciones, muy propio para el cultivo, territorio por otra parte civilizado ya, y civilizable hasta lo infinito, constituía el verdadero centro de toda vida económica, social y política en la América del Sur. Era la madre de D. Andrés Lamas y la madre adoptiva de D. Florencio Varela. En suma, Montevideo aparecía como la segunda Francia, desde donde la vieja Francia, con 18.000 de sus hijos, que pronto serían 36.000,—100.000,—1.000.000, extendería su influencia sobre el ingrato territorio de la provincia de Buenos Aires, y afianzaría su dominación en el Paraná y en los afluentes de este río.

Rosas veía la avidez francesa, que con rabioso despecho puntualizó Thiers en los propios términos indicados, al hablar dos años después de la ocasión perdida, según él, y de la imperiosa urgencia de reanudar la empresa.

Rosas se reía de la geografía de Thiers, con sus campos ondulados y su millón de franceses; pero no se reía de las negras intenciones ocultas bajo la tesis de la supervaluación de Montevideo.

Y preguntaba el tirano cuando Oribe le dio cuenta, encantado, de la pasada que los aliados le iban a jugar al riverismo:

—¿Qué dicen los mediadores acerca del bloqueo?

—Nada dicen, contestaba Oribe, si bien ofrecen privadamente levantarlo.

—Es usted un imbécil. Y voy a demostrarle que no entiende la situación. Cuando las fuerzas argentinas hayan desaparecido de la Banda Oriental, y usted domine en Montevideo, recibirá usted un llamamiento de los caballeros Gore y Gros, quienes le darán a usted la orden de que les limpie las botas. Una de dos cosas: o acepta usted entonces la orden, limpia las botas de los Sres. Gore y Gros, y nos despedimos para siempre de la independencia del Uruguay, o se enfurece usted, rehusa, lo reembarcan y viene a pedirme que mande fuerzas para reconquistar el territorio uruguayo, hoy sometido a usted. Pero yo no estaré ya en Buenos Aires, y andaré merodeando en el sur. El loco Urquiza limpiará las botas de los franceses y de los ingleses en el Paraná. ¿Comprende usted? Lo felicito si comprende, pues muchos historiadores, y no enemigos míos, sino aun mis panegiristas, van a decir allá por 1911 que fui un ser absurdo, un obstinado que no quiso aceptar la resolución salvadora propuesta por los Sres. Gore y Gros.

Oribe se dio cuenta de que la deslealtad a Rosas era su ruina, y contestó a los aliados bajo el dictado de Rosas:

«Hay una convención Hood. Apliquémosla,»

Los negociadores interpelaron a Rosas por su influjo nefasto sobre Oribe, y le reprocharon sus ataques contra la Banda Oriental.

Rosas contestó:

—Se me habla del derecho internacional. El derecho internacional impide que yo vaya al Uruguay. Y este derecho internacional es invocado a título de garantía de la independencia de una república. ¿Quién ha hecho garantes de esa independencia a los interventores? ¿Su intervención? Su intervención es un ataque a la Argentina y al Uruguay. La Confederación impedirá el protectorado a toda costa, por deber, por honor y por dignidad americana.

## LA GEOGRAFIA DE THIERS SE HACE PROFETICA

Gore y Gros bajaron la cabeza. El gaucho era listo. Hablaron algo entre sí después de consultar sus instrucciones, y terminada la conferencia, Gros llamó al comandante de la escuadra francesa para ordenarle que levantara el bloqueo de Buenos Aires y mantuviera sólo el cordón sanitario en el litoral del territorio infestado por las fuerzas de Oribe.

No era Gros quien hablaba. Era la voz imperiosa del comercio británico.

Montevideo protestó. El negocio del bloqueo era espléndido. Los buques de Ultramar llegaban a Montevideo, pagaban su impuesto y descargaban. El comercio de la plaza reexpedía las consignaciones para Buenos Aires en buques de cabotaje.

Con la medida del levantamiento de este semibloqueo, Buenos Aires que se había despobla-

do en más de un 30 por 100, se repobló instantáneamente, y Montevideo se despobló.

Thiers bailaba de cólera en la tribuna.

¿No veis, gritaba, que con esta medida todos los negocios pasan artificialmente a los estériles y bárbaros dominios de Rosas, y que entretanto quedan eriazas las encantadoras colinas del territorio de la Banda Oriental, poético y fértil como las campiñas de Turena?

El porvenir me dará la razón, agregaba. Yo soy profeta. El primer centro urbano de América será Montevideo. Lo aseguro fundándome en los datos de mis compatriotas y en los que me comunica el admirable joven D. Andrés Lamas. Buenos Aires no podrá desarrollarse jamás, y sólo accidentalmente, por las medidas arbitrarias de nuestra torpe diplomacia, cuando no ha estado en mis manos, puede ser Buenos Aires el *centro momentáneo* de los franceses que nosotros mismos expulsamos de Montevideo.

Mr. Henry Southern, ministro inglés, llegó a Buenos Aires en diciembre de 1848. Rosas no quiso recibirlo en atención a las ofensas de que había sido víctima la Confederación Argentina, pero le ofreció concluir con él un convenio sobre las bases del de Mr. Hood.

Inglaterra quería negociar, primero, para desligarse de la mala compañía de Francia, y en segundo lugar, para tomar su propio camino y

conquistar las ventajas positivas que esperaba en Sudamérica.

Así, mientras pronunciaba palabras amables al oido de Rosas, desembarcaba fuerzas en las islas Malvinas y se establecía en el estrecho de Magallanes.

Rosas protestaba, pero lo hacía con el propósito, que se veía a leguas, de no subrayar demasiado su indignación, y de comprar con las islas Malvinas, que ya estaban en manos de Inglaterra, y que difícilmente saldrían de esas manos, la abstención de los ingleses en la cuestión del Río de la Plata.

Pocos días después de Southern, llegaba a Buenos Aires el almirante francés Le Predour, con otra misión confidencial, y presentaba al gobierno de Buenos Aires una nueva edición del insolente proyecto Walewski; pero bajo el proyecto Walewski, se le veían papeles de índole menos violenta.

Así es que mientras el gobierno de Francia resolvía sobre un proyecto basado en el acuerdo Hood, el almirante Le Predour arregló un armisticio entre Oribe y la plaza de Montevideo.

En Londres la opinión era favorable a una transacción con Rosas, y París imitó el ejemplo de Londres, aunque es de advertir que si por entonces,—abril de 1849—, todos en Inglaterra se inclinaban a la paz, en Francia todavía levantaba sin desmayo sus banderas el antiguo

y animoso centro izquierda de Luis Felipe.

Pero sucedía una cosa muy singular en Francia. La política de Thiers no era precisamente política de guerra, sino política de fanfarronadas. La mayoría parlamentaria no tenía valor para aceptar las consecuencias de una declaración franca del estado de guerra, y así, mientras públicamente se hacían manifestaciones agresivas, en el secreto de las negociaciones predominaba el sentido abstencionista de la opinión inglesa.

La posición del gobierno francés era por esto mismo muy ridícula, y como Thiers lo demostraba de una manera palmaria, tenía gran fuerza el ambiente tribunicio de este hombre. Pero a la vez que Thiers señalaba la evidencia del desastre moral, se precisaba ante los parlamentarios más agresivos que la posición ridícula en que se había colocado Francia no tenía sino dos puertas de escape: la peligrosa del mosqueterismo y la humillante de la retractación. El gobierno trataba de ver si había una tercera puerta, aunque fuera excusada. No podía callar a Thiers; no podía disentir de él en público; no podía obrar como él aconsejaba.

—¿Para qué hemos ido? ¿Para qué hemos gritado, preguntaba Thiers? Y sobre todo: ¿podemos dejar comprometidos a los intervencionistas de Montevideo? Esto será una deshonra.

La plaza de Montevideo se sostenía, según el

miembro ponente de la comisión de hacienda de la cámara de diputados de Francia, con una legión extranjera de la que formaban parte 1.750 franceses, con los marinos de la escuadra y con la escuadra misma. Además, por un convenio del 12 de junio de 1848, Francia se obligaba a subvenir para los gastos del gobierno de Montevideo. Suspender los créditos, era entregar la plaza; prorrogarlos, era continuar un sistema desastroso.

Thiers pedía por esto mismo, seguir adelante y llegar hasta el fin, sin contemporizaciones.

El gobierno, temblando ante Thiers y temblando ante la perspectiva de una guerra, apresuró las negociaciones.

Si no había puerta de escape, taladraría el muro para salir mientras Thiers gritara en la tribuna.

# EL CONVENIO ARANA-SOUTHERN

Inglaterra se anticipó a Francia, y el 24 de noviembre de 1849 concluyó el convenio Arana-Southern que ponía fin a las diferencias en el Río de la Plata, y confirmaba a la República Oriental en el goce pleno de su independencia.

Las bases eran estas:

1.ª El gobierno inglés se obligaba a evacuar definitivamente la isla de Martín García, a devolver los buques de guerra argentinos de que se había apoderado y a saludar el pabellón de esta nación con una salva de 21 cañonazos.

2. Los buques mercantes apresados por ambas partes serían devueltos a sus respectivos dueños.

3.ª Las fuerzas argentinas se retirarían del Uruguay cuando el gobierno francés hubiera desarmado a la legión extranjera y a todos los extranjeros de Montevideo, y cuando después de evacuar los territorios de las dos repúblicas

del Río de la Plata, y de abandonar su posición hostil, Francia hubiera concluído un tratado de paz. El gobierno inglés ofrecía sus buenos oficios para apresurar estos resultados.

4.ª El gobierno inglés reconocía que la navegación del río Paraná era interior y que estaba por lo mismo sujeta únicamente a las leyes y reglamentos de la Confederación Argentina, y reconocía que la navegación del río Uruguay era común y estaba sujeta a las dos repúblicas.

5.ª La Confederación Argentina reservaba su derecho para discutirlo cuando fuera oportuno respecto de los principios que se invocaron como base de la intervención.

6.ª El arreglo se concluiría mediante la aceptación del presidente Oribe.

7.ª Se restablecía la amistad entre los dos gobiernos.

8.ª (no escrita). Inglaterra se quedaba con las islas Malvinas.

# MILES GLORIOSUS

Thiers oponía tres clases de argumentos a los partidarios del arreglo Le Predour, basado como queda dicho, en el proyecto de Mr. Hood:

1.ª Los argumentos de humanidad y civilización;

2.ª los de conveniencia política, y

3.ª los de honor.

Francia no podía consentir en hechos tan horripilantes como uno que denunciaba el sensible Thiers ante la sensible asamblea: «Un hecho que testigos oculares muy respetables, (y muy interesados en ganar dinero con la guerra), me han afirmado, y es que en Buenos Aires, en una carnicería han colgado cabezas humanas en las escarpias de donde penden ordinariamente las cabezas de los animales» (1).

*Je l'ai vu, dis-je, vu, de mes propres yeux vu,*
*Ce qui s'appelle vu...*

---

(1) Discurso del 29 de mayo de 1844. T. VI; pág. 356.

M. Thiers no podía permanecer impávido frente a tales horrores, y si en 1844 los denunció para que fuesen castigados, en 1850 los recordaba lleno de vergüenza, puesto que el gobierno de su patria se atrevía a tratar con el bárbaro que los perpetraba.

M. Thiers, que en un solo día mandaba al otro mundo once mil franceses, sentía náuseas ante el mitológico carnicero de Buenos Aires.

Pero M. Thiers, muy sentimental a veces, no lo era siempre, y pasaba a los argumentos de la conveniencia.

Los países, decía, tienen colonias, no para reservarse, mercados, sino para reservarse la navegación Ahora bien, la América del Sur era el paraíso de la navegación francesa. Mientras en la América del Norte, por 350 buques americanos había 50 franceses, en la América del Sur por 295 buques franceses había 40 no franceses, de los cuales 39 eran españoles y sólo 10 americanos.

Estos datos enloquecieron a la cámara.

Venía la tercera fila de argumentos. Después de las cabezas del carnicero y de los buques franceses, le llegaba su turno al honor. «Es preciso que sepáis que esta república, (Montevideo), había sido lanzada a la guerra por Francia, que había vacilado mucho antes de comprometerse en ella, que tenía un gran temor a causa de las consecuencias que podían sobrevenirle, y que

había enviado un agente a Francia para que se supiese allí su vacilación y que ésta procedía de las dudas que tenía de que Francia se retirase dejándola en una situación difícil» (1).

Contra estas consideraciones no había sino un solo argumento: el temor a un fracaso.

¡El temor!

«Digo que me llena de confusión, a causa de mi país, ver que en presencia de tales hechos, y de intereses tan evidentes, haya quien levante esas montañas de fábulas acerca de las dificultades de la expedición. ¡Cómo! Aun hay quien diga que es un asunto como el de Argelia; que es otra Argelia. Oigo decir: Sí; la expedición es posible; algunos millares de valientes franceses aniquilarán a las tropas que sitian a Montevideo. Pero estas personas añaden: ¿Y después?

»¡Cómo! Hace pocos días, a nuestra vista, los americanos del norte, con tropas cuyo núcleo mayor no pasaba de 5.000 hombres, vencieron a Méjico y realizaron la más hermosa de las conquistas. Los ingleses con 4.000 hombres del ejército y 3.000 marinos vencieron al Imperio de China. *(Exclamaciones a la derecha.)*

»*En la izquierda.*—¡Sí! ¡Sí!

»*M. Thiers.*—No puedo responder a todos los que dialogan y discuten con sus vecinos lo que yo afirmo; ¿pero es verdad—si o no—que a nues-

(1) Discurso del 5 de enero de 1850. T. VIII; páginas 340-341.

tra vista América (1) ha conquistado a Méjico?

»¿Es verdad que Inglaterra con 4.000 europeos, (esta mañana examinaba yo los cuadros de la expedición de Sir Henry Pottinger), y 3.000 marinos, ha vencido al Imperio Chino y lo ha obligado a rendirse y a aceptar *el opio, el opio? (Risas de aprobación.)*

»... ¿Y en San Juan de Ulúa qué se dio al almirante Baudin? Cuatro fragatas, una corbeta y algunos bricks. Fulminó a San Juan de Ulúa, y después de hacerlo, con algunos centenares de marinos, porque no tenía más de 8.000 disponibles, entró a Veracruz, ciudad de 20.000 almas, inutilizó 82 bocas de fuego, las arrojó a los fosos, rechazó a la guarnición y se reembarcó.

»¿Méjico no podía razonar como razonáis respecto de Rosas? ¿No podía decir: Me retiraré a la capital, porque hay 80 leguas de Veracruz a esa ciudad? ¿Hizo esto Méjico? Herido por un golpe riguroso, se midió y reconoció nuestro derecho.

»¿Y el Brasil? Cuando el almirante Roussin, en tiempo de la restauración, en 1828, fue a Río Janeiro, tenía nueve buques, y ni un solo soldado de desembarco. Entró audazmente al gran puerto de Río Janeiro, y mostró su pabellón. Se le rindieron.

»Y cuando enviasteis, bajo el gobierno ante-

---

(1) América=Estados Unidos. Así se dice... y así es.

rior, al almirante Roussin para que fuera al Tajo, a la posición del Tajo, la más formidable del mundo, entró en ella con velas desplegadas, a pesar de la artillería que hay a uno y otro lado, y se situó ante el fuerte de Lisboa...

»¡Oh! si fuera de temerse una complicación con Europa, al instante me adheriría a vuestra manera de sentir, (somos muy valientes, pero sólo cuando podemos pegar a mansalva), y permitidme que añada una palabra sin el deseo de ofender vuestros prejuicios... Cuando se trata de nuestro comercio y de nuestros nacionales, es necesario que seamos como los ingleses que por un marinero herido han emprendido grandes guerras...» (1).

Justamente los ingleses habían hablado desde abril de 1848 con una precisión que no dejaba fuera ninguno de los argumentos de M. Thiers.

«Cuando recordamos, decía la *Quaterly Review* (2), que durante seis años hemos estado en guerra, o casi en guerra con el gobierno de Buenos Aires, y que cada año de los que ha durado tan extraño conflicto, éste ha tendido a prolongarse, es de gran importancia que estimemos correctamente la fuerza militar de nuestro opositor... Hace cuarenta años, pagamos del modo

(1) Discurso del 5 de enero de 1850.

(2) Abril de 1848. Vol. XXXVII; págs. 562 y siguientes.

más caro nuestra ignorancia. Creíamos que los hispanoamericanos eran una raza tímida e indefensa; atacamos a Buenos Aires inesperadamente, y entramos en la ciudad, después de vencer la que el general Beresford llamaba «una oposición muy débil» (1). Seis semanas después, las fuerzas nativas habían tomado de nuevo a Buenos Aires, y el general Beresford caía prisionero con toda su guarnición.

»Al año siguiente, renovamos el ataque con una fuerza de 9.000 a 10.000 hombres, que es la más grande, la más escogida y la más disciplinada de cuantas ha visto la América del Sur. Nuestros soldados entraron a la ciudad, puesto que estaba abierta, pero se les hacía un fuego destructor desde las casas. Y tuvimos que salir otra vez de Buenos Aires, con la diferencia de que los supervivientes no la abandonaron como prisioneros, sino amparados por una capitulación. Esas derrotas nos fueron infligidas por el pueblo de un país que no había visto guerras desde hacía 300 años. De entonces acá, por el contrario, ese infortunado país no ha tenido un solo día de paz. Probablemente no hay en él un solo varón que no se haya formado en el peligro y en la disciplina. Además, en las luchas referidas, la infantería peleó contra la infantería. Elegimos a nuestra satisfacción el campo de batalla, y ésta fue precedida por muy pocas

(1) En su parte del 2 de julio de 1806.

maniobras. Las condiciones eran del todo favorables a una fuerza invasora. Para saber lo que son las dificultades de una guerra en Sudamérica, o si no para saberlo, para experimentarlo, será necesario que una fuerza europea intente algo que no sea un simple desembarco y el ataque a una ciudad, sino una campaña efectiva en las Pampas. Entonces le será dado ver lo que es tener por adversarios ejércitos compuestos por los mejores jinetes del mundo, que llevan sus infanterías a la grupa, que conducen millares de caballos de reserva en los flancos y que ejecutan marchas de cincuenta, de sesenta y hasta de setenta millas en veinticuatro horas. Es imposible perseguir a esos ejércitos, imposible evitar el choque, y no muy fácil resistirlo. Será una repetición de la guerra entre romanos y partos. Si Inglaterra o Francia, o ambas unidas en la vergüenza de verse burladas, engañadas y vencidas por un bárbaro, y cansadas de mirar desde los buques de sus escuadras bloqueadoras el espectáculo de la tiranía de Rosas y las pruebas de la propia incapacidad, trataran de trocar esta guerra de farsa en una guerra seria, habría que prepararse para muchas calamidades, no tal vez tan horripilantes como las de Cabul, ni tan interminables como las de Argelia, pero imponentes hasta el grado de desequilibrar un presupuesto y tal vez de ocasionar la caída de un ministerio...

»Tenemos ya, cierto es, una porción considerable de datos acerca de la conducta de Francia, y no recordamos un caso que subleve tanto como éste, en lo relativo a la opresión insolente con que trata a todas las naciones cuando puede cebar impunemente sus pasiones. Aun suponiendo que nuestros propios actos pudieran justificarse, difícilmente escaparán de la deshonra que debe pesar sobre ellos, por nuestra cooperación, aunque aparezca hija de la ignorancia y no voluntaria, al lado de la violencia, el fraude y la artimaña francesa.»

## ...FUESE Y NO HUBO NADA

Para Francia la dificultad no consistía ya en abandonar sus pretensiones.

El gobierno de París aceptaba sustancialmente todo lo propuesto por el argentino en las bases que éste presentó al almirante Le Predour en abril de 1849.

Le Predour volvió a Buenos Aires en abril de 1850, revestido de carácter diplomático.

Francia presentaba una objeción. Quería, ante todo, que como en 1840, la transacción se hiciese ante los buques de una flota imponente, para que la transacción resultara como voluntaria merced y magnánima clemencia de un poderoso. Llegaron, pues, catorce unidades con 206 cañones para dar autoridad al diplomático almirante.

Después de esto, quería Francia que se declarase objeto del tratado el restablecimiento de la independencia de los Estados del Río de la Plata, como si la independencia de los Estados

del Plata fuese hija de la convención del 29 de octubre de 1840.

Pretendía el gobierno francés que las fuerzas argentinas emprendiesen la retirada hacia el río Uruguay cuando empezara en Montevideo el desarme de los extranjeros, y que pasasen el río al quedar consumado ese desarme.

La evacuación de la isla de Martín García, el levantamiento del bloqueo parcial y el saludo al pabellón argentino se harían después de la evacuación de la República Oriental por las fuerzas del gobierno de Buenos Aires.

Además de esto, el saludo al pabellón se haría bajo la condición expresa de que había de ser correspondido.

El gobierno francés exigía, por último, que Rosas llamase gobierno al de Montevideo y a Oribe sólo general, contra el tenor del proyecto transaccional en el que cada parte designaba como gobierno del Uruguay al que respectivamente reconocía: Rosas a Oribe, y Francia a Montevideo.

El gobierno de Rosas no aceptó ninguna de estas modificacionas, contra el consejo-bravata del almirante Mackau, quien le había escrito: «En el caso de un nuevo rompimiento, no habrá en Francia un gobierno suficientemente fuerte para contener a los que pidan medidas extremas.»

Rosas mantuvo su actitud. El almirante Le Predour, preocupado, se mostró lleno de espíritu

de conciliación, y después de una entrevista con Rosas, convinieron los dos en que el almirante exigiría el desarme inmediato de los extranjeros, y que simultáneamente se dirigirían hacia el río Uruguay las tropas argentinas, con excepción de una fuerza igual a la de los extranjeros armados y marinos franceses, y que tan pronto como el almirante participase a Oribe que el desarme se había consumado, las tropas argentinas pasarían al territorio de la Confederación.

La división argentina que debía permanecer con Oribe, se retiraría también cuando regresaran a Europa las tropas francesas, para lo que se fijaba un plazo de dos meses contados desde el paso de las primeras tropas argentinas al territorio de la Confederación.

El bloqueo parcial sería levantado inmediatamente.

Oribe daría una amnistía general, aun cuando se le reconocía la facultad de remover de Montevideo a los emigrados argentinos que diesen causa de queja o inquietud.

Mediante estas estipulaciones, y otras reproducidas de la convención Arana Southern, se firmó la que puso fin a la intervención francesa, el 31 de agosto de 1850.

Madrid, sep.-dic. 1917.

FIN



# APENDICES

## Número 1

## LAS CONSEJAS DE SARMIENTO

He aquí una muestra del criterio con que se juzga a Rosas, y de los datos en que se documentan los clínicos de la historia. Lo que voy a copiar es todavía utilizado en obras «de tendencia científica».

D. Domingo Faustino Sarmiento decía en *El Censor* del 17 de enero de 1866:

«.......................................

... Recordamos lo que contaba un Padre Peña, jesuita, llamado *in articulo mortis* por Rosas, para auxiliar a doña Encarnación (esposa del tirano). Vióla el Padre, y observó que estaba muerta.

» —¡Está viva!—le replicaba Rosas.—¡Absuélvala! Y el Padre veía los dedos de Rosas debajo del cadáver, tratando de hacer creer que se movía.»

Sarmiento no contaba esto como gracia, que maldita la que tiene, sino como hecho. Y como hecho ha pasado a la grave historia lombrosianista.

**Número 2**

## JENOFOBIA PSICOSOCIOLOGICA

En el libro pedantesco, fantásticamente titulado *Leyes psicológicas de la Evolución de los Pueblos,* un sabio francés, cuyo mérito no hay para qué desestimar, ha escrito las enormidades más desconcertantes. Citaré una de ellas. El que quiera, puede verlas íntegras en las páginas 8, 130, 131 y 132 de la 12.ª edición francesa. El libro pertenece a una *Biblioteca de Filosofía Contemporánea*, y lo edita la Casa Flammarion.

Hablamos, pues, de un autor de primer orden y de un libro que llega a la 12.ª edición, y que además forma parte de una colección destinada a la difusión del conocimiento filosófico.

Ahora, veamos lo que dice Le Bon, psicólogo que conoce y enseña «las leyes de la evolución de los pueblos». Y noten los lectores que se habla en una 12.ª edición, publicada en el siglo xx. No hay que olvidar lo, pues importa tenerlo muy presente.

«Los pueblos de *todas* las repúblicas españolas de América son ingobernables. No hay educación ni hay

institución que puedan surgir de la anarquía. La anarquía de esos países tiene un carácter sangriento. Todos ellos naufragan en la insolvencia. No tienen voluntad ni moralidad. Su inmoralidad excede a cuanto pudiera imaginarse, y llega hasta el punto de que las ciudades de aquellas gentes son inhabitables. Si no retrogradan a la pura barbarie, es porque los alemanes y los ingleses se encargan de la industria y del comercio de aquellos países. Su decadencia es espantosa.»

Tales son los hechos. Veamos las causas. El ilustre Le Bon las conoce. «Las causas de esta decadencia están *íntegramente* comprendidas en la constitución mental de una raza de mestizos que no tienen ni energía, ni voluntad, ni moralidad.»

¿Daremos las gracias en nombre del Paraguay, de Chile, de Venezuela, de Colombia y de Méjico? Buenos Aires nada tiene que ver con esto. Buenos Aires, de pura sangre caucásica. Pero el ilustre Le Bon va a ofrecernos una sorpresa. Nos presenta el testimonio incuestionable de Th. Child, viajero contemporáneo de Maricastaña. «Citando una de las ciudades más importantes, (¿hay para qué decir cuál es?), Th. Child la declara inhabitable para quien tenga delicadeza y conciencia moral.»

Delicadeza de civilizado, conciencia moral de hombre superior, y finas percepciones de sabio. Le Bon, como el casto Th. Child, no puede vivir en una ciudad de mestizos, y acierta maravillosamente en la elección del ejemplo. ¡Buenos Aires, ciudad de indios, negros y mestizos! Le Bon se parece a su compatriota el geógrafo Paul Feyel, que hizo a Caracas puerto de mar.

¿Ya veis por qué no vive Le Bon en Buenos Aires?

No es sólo porque tenga sus ocupaciones en París, sino porque le sería imposible avecindarse en una ciudad sobre la que debería llover fuego para castigar los horrores del mestizaje.

Quien como M. Le Bon vive en la propia ciudad que ha presenciado la muerte edificante del ilustre Félix Faure, y la vida no menos correcta de otros huéspedes del Elíseo, tiene razón para no querer una comparación de la inmoralidad americana, «aun con lo peor de Europa».

Se cae muy fácilmente en la imbecilidad improvisando libros con citas de autoridades que no conocemos y que somos incapaces de juzgar. La imbecilidad se complica con la vanidad, y es causa de estragos deplorables, cuando un público más curioso que sensato agota las ediciones de libros improvisados con material inservible.

El autor no revisa ni rectifica en sus nuevas ediciones. Su orgullo se lo veda. Y además, el Dr. Le Bon no podría pasar la esponja por sus estupendas afirmaciones, porque escribirlas supone algo más que un error: supone carencia de ese buen sentido que sirve para hacerse cargo de las cosas, del rigor metódico para pesarlas y de la seriedad para distinguir entre las demostraciones de la ciencia y las piruetas del saltimbanco.

Si el Dr. Le Bon hubiera querido, habría podido escribir un excelente tratado sobre América, y denigrarla a su satisfacción. Pero para ello no necesita inventar *causas exclusivas*, ni meterse en la malla del mestizaje. Se lo dirán muchos americanos tan blancos y tan rubios como Le Bon, tan bandidos como cualquier yerno de Grévy, y que no han sido menos distingui-

dos en les bribonadas que cualquier parlamentario europeo de los que describe Delaisi.

Hay que decir mucho de los horrores de América, y el cuadro sería interesantísimo; pero un sabio los estudia primero, e investiga las causas después. El Dr. Le Bon tenía *la causa*, y la ejemplificó a su an: tojo. Así salió ello.

Más original aún sería estudiar lo que hay de común en Europa y América. ¿No tendría un encanto muy intelectual ver en Clemenceau rasgos puros de un presidente guatemalteco o boliviano?

Ya es muy viejo todo lo que sabemos de la selva virgen. Lo nuevo, lo sugestivo, y tal vez lo científico, sería estudiar la danza de las cabelleras con que un día sí y otro también divierte al mundo la civilizada Europa.

Y no se vea en esto un americanismo rabioso, sino el deseo de que los sabios psicólogos *cambien la suerte*. Injuriésenos al menos con originalidad y gracia.

**Número 3**

## THIERS Y SU MANO DE HIERRO

Después de todo lo que vociferó Thiers contra el *tirano* Rosas, será muy curioso ver los actos del tirano Thiers. ¡Qué blanco, qué dulce, qué angelical aparece el sombrío Rosas comparado con el parlamentario Thiers!

Este libro fue escrito en el otoño de 1917. En 1918, el autor encontraba la siguiente nota periodística que tradujo de *Le Pays*. Apareció en la edición del 18 de marzo de ese año. Hela aquí:

TRIBUNA LIBRE

### EL ANIVERSARIO DE LA COMUNA

Ayer fué celebrado el aniversario de la Comuna. No hay acontecimiento menos conocido, o más inexactamente conocido que la llamada "insurrección del 18 de marzo".

¿Qué es en el fondo la Comuna? La explosión de un patriotismo sobreexcitado cuyo ardor no se supo utilizar durante el sitio. En los tristes días de la capitulación, llenos del desaliento que les comunicaban los discursos a la Trochu y los políticos del tipo de Favre, los guardias nacionales concentraron sus cañones en la colina de Montmartre, temerosos de que fuesen puestos en manos del vencedor.

El día 20 la Asamblea Nacional comenzaba sus sesiones en Versalles, después de refrendar el desastre en Burdeos. Todas sus preocupaciones se reducían a la elección de la salsa con que se debería aliñar el país: ¿salsa Orleans o salsa Chambord? Thiers, por su parte, decide el movimiento autoritario para la mañana del 18 de marzo. En su cerebro no hay sino una sola idea política: presidir una República vitalicia, formada a su imagen y semejanza. Y para evitar la humillación de que la Asamblea delibere bajo los amagos de París, ordena que el ejército se apodere, a toda costa, de los cañones de Montmartre. Esta fue la chispa que hizo saltar la santabárbara.

Conocemos los pormenores del conflicto trágico: los primeros disparos hechos por la vanguardia de la división Susbielle; la inmensa confusión de soldados y ciudadanos; el asesinato de los generales Lecomte y Clément Thomas... Por la noche, Thiers huía de la capital abandonándola a las agitaciones que él había provocado. Salió con el ejército para volver victorioso con el ejército. De paso,—según la confesión cínica que hizo,—la democracia quedaba sangrada para treinta años...

Víctor Margueritte.

En el campo contrario al de Margueritte, Maurras cuenta el número de las victimas del sangrador de la democracia. Y el antidemócrata Maurras encuentra que Thiers fue de una ferocidad repugnante.

**Número 4**

## EL ENERGÚMENO

Presentaremos unos cuantos rasgos para saber quién era Thiers. En la lenta invasión de París durante la Comuna, se procedió como si el objeto del energúmeno hubiera sido metodizar el exterminio. Hubo ocho o diez veces más prisioneros que combatientes, y los fusilamientos excedieron al número de los enemigos. El ejército de Thiers tuvo 600 muertos y 7.000 heridos.

«La expiación será completa», dijo Thiers. Y fue completa. «Se hará en nombre de las leyes, por las leyes y con las leyes». Efectivamente, con las leyes del estado de sitio. Ante este criterio, ¿puede llamarse ilegal el fusilamiento del doctor Faneau que curaba heridos en el seminario de San Sulpicio?

Pero no tiene objeto citar hechos individuales cuando las cifras pueden ofrecernos el concurso de su valor demostrativo. París tuvo que pagar la inhumación de 17.000 cadáveres.

Pelletan calcula en 30.000 los muertos de París y

de los alrededores. Pero atengámonos al dato auténtico de los 17.000. ¿No son ya suficientes?

El rigor de la ley, es decir, el rigor de Thiers, no está satisfecho cuando ha fusilado. Necesita seguir fusilando. Primero lo hace con calor; después procede fríamente.

La justicia militar pronuncia 13.450 sentencias. ¡La expiación es completa!

He aquí algunas de las penas:

Muerte: 270.

Presidio: 410.

Deportación: 7.496.

Los sentenciados eran criminales, decía Thiers; eran monstruos, decían los amigos de Thiers. Y el alma pura que condenó a esos monstruos, sacándolos de sus casas e inventándoles delitos; el motor de ese sistema de exterminio, era el mismo que había pintado a Rosas como un caso excepcional en la historia.

Sería interesante comparar las *Tablas de Sangre* de los veinte años de Rosas, y los *Lagos de Sangre* de las semanas de Thiers.

## LA DOCTRINA DEL EXTERMINIO

Voy a citar citar una máxima de Thiers. Está tomada de sus discursos parlamentarios,—el del 31 de mayo de 1844.

Se presentó el fragmento anónimo a algunos franceses, y se les preguntó si podían identificar al autor. Dijeron que no, pero que era sin duda alemán. —No,

—se les dijo;—no es alemán ¿Sería turco? Tampoco. Tímidamente aventuraron algunos la suposición de que fuera inglés. —No es inglés, ni japonés, ni hispanoamericano. El autor de la máxima es el mismo que hizo la represión de la Comuna. —¿Se conoce?

El fragmento dice así:

«Un jefe militar no puede abandonar sus soldados a la muerte; debe procurarles víveres a toda costa y por todos los medios posibles; para llegar a su objeto y para conseguir que venza el ejército puesto bajo sus órdenes, destruye casas y ciudades.»

No nos escandalicemos, no nos indignemos. Lo que escandaliza e indigna es que Thiers haya puesto cátedra de ternura evangélica para predicar contra Rosas.

**Número 5**

## ROSAS ENSEÑANDOLE A MONROE LOS RUDIMENTOS DEL MONROISMO

(Este artículo fue publicado por *Nuestro Tiempo,* en Madrid, por *Revista Contemporánea*, en Cartagena, Colombia, y por *Nosotros,* en Buenos Aires.)

### I

Sobre la memoria de Rosas han pasado por lo menos tres modas históricas. Tuvo tiempo para amenizar su destierro con las novelas políticas en que sus compatriotas lo pintaban, de acuerdo con las fórmulas de la *Historia de un crimen* y de *Napoleón el pequeño*. Después se le ha presentado como tipo delincuente con toda la seriedad de apariencia científica que ha dado boga al lombrosismo. Pero Lombroso se va como se fue Víctor Hugo,—el Víctor Hugo de la política y de la historia, se entiende. Rosas queda, y otros historiado-

res lo toman por su cuenta considerándole como exponente del caudillaje.

Mientras sufre Rosas la cuarta revisión de su largo proceso, en que ha pasado por las picotas del sentimentalismo romántico, por los gabinetes antropométicos del doctor Bertillon y por las descripciones contumeliosas del Museo Social, ¿se me permitirá, humilde transeunte, solicitado por la curiosidad, hacer una observación respecto de aquel hombre extraordinario, y de su actuación, más extraordinaria que el hombre?

Debo confesar que jamás he entendido la historia moderna, la de mi tiempo, con el auxilio de Plutarco, y que más bien para entender a Plutarco me sirvo de la historia de mi tiempo. Esto quiere decir, en otros términos, que no acepto el Rosas de los unitarios, y que en general, los tipos condenados por la justiciera humanidad, son menos dignos de llevar la soga al cuello, que muchos de los glorificados. ¿Cuántos de éstos admitirían una discusión, aun somera, sin peligro de que se les baje de su pedestal? Y los otros, bien pudiera ser que muchas veces, en vez de seguir sometidos al desprecio, llegaran, ya que no a ocupar los pedestales de las falsas glorias, a codearse con éstas en el camino por donde va nuestra flaca naturaleza, llevando a rastras sus imperfecciones.

Yo no he vivido en el ambiente de noticias directas, propicio para formar un juicio cabal y acertado sobre Rosas. Necesitaría ponerme en comunicación directa con sus contemporáneos, durante largo tiempo, para

formar la imagen fiel de aquel hombre, de su época y de la sociedad de que él fue — no excepción violenta y antagonismo declarado, — sino exponente, creo yo, puesto que lo sostuvo durante más de ocho lustros una fuerza que no era la de su propia voluntad, ni la violencia criminal de sus secuaces, sino las solicitaciones de una necesidad pública que él llenaba con amplitud en la vasta medida de su pujanza.

No me aventuro al panegírico, ni me propongo intentar la defensa. Tiendo solamente un puente provisional,—con grave peligro de que se me rompa bajo los pies el maderamen, —para llegar sin rodeos que me desorientarían, a una verdad llana, explorada, indiscutible.

Esta verdad es que Rosas representó, no sólo en su patria, sino en toda la América, el papel que la leyenda atribuye a Mr. Monroe,—un papel de tal modo trascendental, que los actos de Rosas sirven para dejar patentizada, en forma definitiva, la superfluidad del monroísmo.

Según la afirmación reciente de un argentino cuya palabra ha tenido cierta notoriedad, «Monroe habló, y las Repúblicas de América fueron». Monroe es el Jehová de un continente libre.

Otro argentino, un inmortal cuyo nombre es símbolo de americanismo ibero, ha demostrado en luminosos ensayos, en cartas y en discursos que Monroe no hizo nada contra la Santa Alianza y que su célebre mensaje fue un tiro de salva.

Monroe habló,—la historia se lo ha aclarado, aunque el vulgo lo ignore y la impostura lo oculte,—Monroe habló cuando ya Mr. Canning había pulverizado entre el pulgar y el índice los designios americanos de la Santa Alianza.

Lo que llamamos el monroísmo,—¡oh ironía de los acontecimientos! fue formulado por el Príncipe de Polignac, un mes y veintitrés días antes de que Monroe enviara a las Cámaras Federales de los Estados Unidos el mensaje injustamente célebre, del que estuvo a punto de quitar lo relativo a su «doctrina», pasaje que sólo dejó, tras de muchas vacilaciones, «porque ya estaba escrito». Razón suprema, decisiva, para salvar un ripio histórico.

Ripio histórico, efectivamente, porque ni Monroe, ni el presuntuoso Canning, ni Polignac han marcado los derroteros del mundo americano. La imposibilidad de las reconquistas y de las colonizaciones no era materia de arreglos diplomáticos, ni de protecciones benévolas, yanquis o inglesas. ¡Buenosestaban para protectores los que andan con trabuco en las encrucijadas! La inmunidad americana se había escrito ya, y se escribió más tarde, por las milicias del Plata, en agosto de 1806 y en julio de 1807; por los soldados de Zaragoza en Puebla, de Méjico, el 5 de mayo de 1862; por las fuerzas del Callao.

¿Monroe ha impedido que los territorios americanos se abriesen a las codicias europeas como si fuesen el Congo o el Natal? Así habla el jactancioso yanqui o su inconsulto adulador de Hispanoamérica; pero Monroe no cuenta con un solo caso auténtico de protección eficaz en favor de los pueblos débiles, que pudiera presentar para recibir las glorificaciones con

que se halaga a sus delegados en la América Española.

El yanqui ha sido el beneficiado de los años de odio que dividieron a los españoles de ambos mundos. Cuando Sarmiento escribía contra la Península, e Ignacio Ramírez quería poner a los mejicanos las plumas del piel roja, invitándolos estúpidamente a bailar la danza de las cabelleras antes que aceptar intromisiones europeas, era natural que los hijos de las naciones nuevas de América se refugiasen dentro de la ficción de una supuesta unión continental en la que los Estados Unidos representaban el papel no sólo de la generosidad, sino de la sabiduría. Era el tiempo en que Washington simbolizaba la modestia, Franklin las virtudes silenciosas y Monroe los arrestos del paladín.

Todas estas mentiras sin encanto, se han ido con las crinolinas de nuestras abuelas, y hoy no es ya tolerado el monroísmo ni como una atención de buena crianza para halagar a los delegados yanquis en las farsas llamadas congresos penamericanos. Por algo habló Sáenz Peña en el primero de ellos; por algo pronunció su discurso en el Teatro Victoria; por algo escribió su carta al doctor Drago; por algo el doctor Marcial Martínez puso entre líneas su opinión sobre la estafa de Alsop en un centro universitario del Pacífico; por algo tenemos a la vista las palabras insolentes de Seward sobre el conflicto entre Chile y España; por algo recordamos las más insolentes de Roosevelt cada vez que ha tenido ocasión de mostrar su grosería, ya ponga los pies sobre la mesa de un banquete en Buenos Aires o ya se coluda para llevar por buen camino

las estafas de Europa en Venezuela; por algo hemos leído las confidencias de Buneau Varilla sobre los actos impúdicos que combina uno de los directores del nauseabundo *Matin* con un Presidente de los Estados Unidos; por algo se llamó también presidente de esa misma república el general Jackson, apologista y practicante de la piratería; por algo la bandera de los Estados Unidos cobijó bajo sus pliegues la expedición de Walker, y el gobierno de Washington reconoció oficialmente los actos de aquel bandolero; por algo Silas Duncan no llevaba a las Malvinas la bandera negra que le correspondía por su ejercicio profesional, sino la de franjas y estrellas a que lo autorizaba su origen; por algo el mismo Silas Duncan, bajo la máscara de Mr. Blaine ha declarado buenas ante Monroe las fechorías de Dunslaw; por algo se ha escrito la enmienda Platt, y por algo se ha extendido la bendición desde la más corrompida de las administraciones, bajo el patrocinio de la más incompetente de las diplomacias, a las aduanas de la República Dominicana, que es como llevar estiércol a los establos de Augias; por algo se han bañado Taft y Woodrow Wilson durante cinco años en los charcos de sangre que ellos derramaron en Méjico.

El argentino más ilustre ha dicho: «Los peligros para las Repúblicas no están en Europa. Están en América: son el Brasil de un lado, y los Estados Unidos del otro».

Para la América del Sur el peligro del Brasil ha desaparecido; el de los Estados Unidos comienza; el de Europa se quedó atrás, dado que haya existido.

Hay que hablar, sin embargo, de este peligro europeo, ya que él dio pretexto a la formación del mito providencial de Monroe.

El peligro europeo fue grande como estorbo, nunca importante como amenaza contra los intereses vitales de los países de América. Méjico ha sufrido menos durante cinco años de invasión europea, con batallas campales, y un emperador que si representaba la usurpación personal no por eso vinculaba un amago para la nacionalidad; ha sufrido menos desgarramientos el pueblo mejicano, digo, bajo las botas del soldado Bazaine, que con la equívoca amistad de Woodrow Wilson, con las perfidias de Jackson o bajo las pezuñas de los caballos de Winfield Scott.

Entre Europa civilizadora que nos bombardea para cobrar deudas legítimas, y los Estados Unidos que nos destrozan para cumplir cristianamente *el destino manifiesto*, media América se ha visto más de una vez en situación bien embarazosa, acudiendo al mastín para librarse del zorro. Y lo que no se ha llevado el zorro, se lo ha tragado el mastín.

Para la América del Sur afortunadamente el problema no se presentó durante las épocas en que pudo necesitar de un protector. El protector estaba adentro; no fue necesario ir a llamar a la Casa Blanca, pues la mano que allí llama tiene que caer desalentada, como cayó la del ministro Quesada cuando leyó la nota del 18 de marzo de 1886. Mr. Bayard dejó bien definido en ella que Mr. Monroe se desinteresaba por completo del asunto de las Malvinas.

## II

La primera potencia que acudió con cañones para abrir sucursales en América, fue Inglaterra. Salió, como se ha visto, con el rabo entre las piernas; pero tenía que volver, y en efecto, volvió con sus hilados y tejidos. Ya su actitud no era belicosa; pero altanera, siempre.

Francia, la de los principios del 89 a la hora de cantar marsellesas, se vuelve toda números en el mostrador. No hay pueblos idealistas en el momento de ajustar cuentas; pero Francia especializa el arte de la diplomacia embrollona, mezquina y de grosera expoliación. Lo que hacen los ingleses para abrir una vía navegable o para apropiarse un punto estratégico, isla o promontorio, lo hace el francés para una miserable reclamación de daños. El ministro de octava categoría enviado como representante de la nación a un país semibárbaro, o bárbaro en sus siete octavas partes, cultiva reclamaciones como las lechugas de su jardín, provocando, o inventando incidentes desagradables para enriquecerse a gran prisa.

¡Noble Francia, cuántas veces nuestros abuelos, leyendo tus libros admirables,—admirables de estilo y de falsedad (1),—presenciaron las indecorosas artimañas

(1) América lee de preferencia los libros que llevan el veneno de la obscenidad, el de la delicuescencia y el del sofisma. Digan los libreros si por cada Sainte-Beuve no venden mil Zolas, si por cada Maurras no se lleva el pú-

de tus caballeros de industria que con títulos de condes y con el carácter de plenipotenciarios, desvalijaban concienzudamente a un gobierno miserable de la América bárbara! Tus Gavriac, tus Deffaudis, tus Dubois de Saligni, con el estandarte de la civilización más adelantada de su tiempo, nos decían que aquella tu cultura excelsa tenía repliegues ocultos en que podían caber las vergüenzas de una actuación subdiplomática muy triste. En el riñón de los Andes, en las riberas del Plata y en los lagos de Méjico, practicabas simultáneamente las mismas artes con los mismos resultados. Mientras bombardeabas a San Juan de Ulúa para cobrar ciertos pasteles, y bloqueabas en Buenos Aires para imponer tu «autoridad moral», que defendías sabiamente en la *Revue des Deux Mondes*, nos dábamos lecciones mutuamente: tú aprendías algo del vigor que duerme en pueblos despreciados, y nosotros veíamos desconocidos disfraces de Ginesillo de Pasamonte.

Pero no hay que atribuir a aquella hermosa Francia de las jornadas de julio y de febrero la paternidad ni el uso exclusivo de la mano izquierda para esos trasteos de la diplomacia con fondo de escenas de Gil Blas. ¿No presenció el siglo XX los saqueos de Pekín por las primeras potencias de ambos mundos? ¿No tuvo también el espectáculo tonificante de los bombardeos de Venezuela en beneficio de la usura y del fraude?

---

blico diez mil Willys. A Brunetière se le tiene en el concepto de pedagogo intratable, y a Georges Sorel no se le hace caso por gruñón.

A mí me entusiasmó la blusa roja. El nombre de Garibaldi sonaba en mis oídos como un toque de clarín. ¿Pero se ha estudiado suficientemente a este héroe? ¿Se ha estudiado a algún héroe? Aun Ferri, dentro de sus pretensiones de psicosociólogo, no hace sino subrayar líricamente las memorias del insigne libertador. Hay un aspecto de Garibaldi, sobre todo, que nos interesaría definir: el de fundador de una dinastía de patriotas internacionales, que a caballo sobre dos siglos, han pescado en todos los ríos revueltos de Europa, Africa y América. Esa media docena de Pepinos (nombre de payaso), Brunos y Ricciottis, han tenido un celo extraordinario por todo lo que no les importa. Cuando se habla del primero de esta serie de suizos de la libertad—del gran Garibaldi—, las gentes se limitaban á decir: «Peleaba contra Rosas. Estaba en su papel de enemigo de todos los tiranos.» Pero no ahondan. Valdría la pena de que un historiador del Nuevo Mundo nos pintase al hombre tal como lo vio el Nuevo Mundo.

La palabra tirano salva de muchas dificultades, pero no satisface a un investigador sincero. La imparcialidad se pregunta qué hacían realmente Garibaldi y todos los legionarios franceses e italianos en Montevideo. Francia los llamaba, Francia los equipaba, Francia los sostenía con su flota. Aquello no era una guerra contra Rosas. La ficción pudo pasar entonces, pero es demasiado grosera para que se le dé libre tránsito en la historia. Los piratas de Montevideo eran enemigos de la caótica Confederación Argentina, y si lo eran, Rosas no representaba la barbarie de la cinta encarnada, sino el ser y la honra de la nacionalidad, de la Patria Argentina con todas sus virtualidades,

con la pujanza de su alma primitiva, de su alma indomable, de su desierto que era entonces lo genuinamente argentino, y no la hiperestesia algo mandarinesca de los unitarios fascinados por lo que había de más superficial en la cultura europea, esto es, la supresión de la violencia—de la violencia que en Europa misma, y en todo sitio donde haya hombres, reaparece siempre que se trata de afirmar las exigencias fundamentales de una agrupación humana.

Dos son los conflictos europeos en que figura Rosas como jefe y representante de una entidad americana independiente, en el acto de rechazar una imposición de la fuerza que quiere obligarla a consentir en ruinosas abdicaciones de soberanía.

El primer conflicto (1838-1840) se sustanció únicamente con Francia, y después de un bloqueo de la costa argentina, la escuadra europea tuvo que retirarse a consecuencia de la crisis egipcia.

El segundo conflicto, más largo y complicado, duró nueve años, y en él tienen el papel principal Francia e Inglaterra como potencias europeas interventoras, para decidir una contienda que era esencialmente americana entre el Brasil y la Argentina La acción de las dos potencias europeas comenzó con un ofrecimiento de mediación para resolver la contienda Oribe-Riveira, en el Uruguay; pero Rosas declinó ese ofrecimiento, y las dos potencias iniciaron su acción interventora combinada.

El Uruguay, que había nacido bajo el palio de la diplomacia europea en 1828, constituía una causa de hostilidad permanente entre la República del Plata y

el Imperio del Brasil. ¿Cuál de los dos poderes americanos haría prevalecer su influencia en la Banda Oriental? El emperador desposeía a un presidente uruguayo; el dictador argentino le prestaba su apoyo para recuperar el poder. Oribe, el que con el nombre de presidente del Uruguay pelea con fuerzas argentinas a sus órdenes, no es sino un teniente de Rosas, dicen los unitarios; sí, pero lucha contra el presidente Rivera que no es sino un instrumento del Brasil. Las fuerzas argentinas derrotan a las de Rivera, y comienza el sitio de Montevideo, sostenido ya no sólo por el Brasil, sino por la Legión Extranjera de aventureros franceses e italianos, organizada por la oficialidad de la marina francesa.

Pero esa Legión Extranjera destinada a realizar prodigios, no sale de la ratonera en que la tienen las fuerzas argentinas. La lucha entre las potencias y el gobierno de Buenos Aires se eterniza y toma caracteres de acritud que hace imposible toda tentativa de arreglo pacífico; Gore Ouseley por Inglaterra y el barón Deffaudis, de infausta memoria en Méjico, llegan con pretensiones de pacificación, pidiendo la evacuación de las tropas argentinas que operaban en el Uruguay, el levantamiento del bloqueo decretado por Rosas y la amnistía para los refugiados argentinos. Rosas no cede y los pacificadores se reembarcan.

¿Rosas quería la guerra? Bien. Los almirantes europeos, instigados a la acción, se apoderan de la flota argentina, y la agregan a la del almirante Garibaldi. Dos meses después, en septiembre, establecen el bloqueo de la provincia de Buenos Aires. En noviembre, los aliados o amadrinados, o apandillados, como dice Blanco-Fombona, porque en realidad no había ningu-

na alianza anglofrancesa, fuerzan la desembocadura del río Paraná, custodian una flota mercante y prestan su apoyo a los rebeldes de Corrientes.

A los veinte meses de bloqueo, es decir, en mayo de 1847, llegan al Plata dos nuevos negociadores: lord Howden y el barón Walenski, se abren las pláticas y Rosas disuelve el maridaje francoinglés. En vista de las exigencias de Montevideo, lord Howden se divorcia de su colega y levanta el bloqueo por parte de Inglaterra, fundando su determinación en que Montevideo no era la capital de un país americano en guerra con otro país americano, sino una ciudadela defendida por aventureros de Europa.

Fracasa una nueva tentativa de arreglo en abril de 1848. El mismo Gore Ouseley, de la primera comisión pacificadora, y un tercer barón francés, Gros, se reembarcan, o son embarcados por Rosas. La acción de Europa languidece. Dos meses después de la llegada de los negociadores, Francia levanta su bloqueo y lo mantiene sólo contra los puertos que ocupan las fuerzas de Oribe.

Por último, en 1849, se arregló un convenio angloargentino, por el que las fuerzas de Rosas abandonarían el Uruguay cuando las de Francia, regulares y piráticas, abandonasen su actitud hostil.

Los ríos que las escuadras de Europa habían forzado, y cuya apertura daba aspecto civilizador a las pretensiones de las dos potencias; los ríos eran reconocidos como aguas interiores, dependientes de la soberanía nacional. Más tarde, cuando ya había caído el tirano, la República Argentina, en uso del derecho de su soberanía, y libremente, concedió a Francia y a Inglaterra la navegación de los ríos Uruguay y Pa-

raná, no sólo para las dos potencias, sino para todas las naciones mercantes.

## III

¿Y Monroe? El papel de Monroe en la Argentina, durante las peripecias de esta prolongada lucha naval y diplomática, fue a veces delicado; en otras ocasiones, torpe y ridículo; pero nulo desde el principio hasta el fin.

De acuerdo con las declaraciones del mensaje presidencial de diciembre de 1823, Monroe estaba obligado, no sólo a hablar, sino a tronar cada vez que se tratara de los dos continentes americanos y de cualquiera tentativa europea de ocupación de territorios, o de influir políticamente en los destinos de las nuevas repúblicas.

El Uruguay fué hijo putativo de Inglaterra y del Brasil,—de Europa y del sistema monárquico.—El tratado del 27 de agosto de 1828, podía haber sido un excelente pretexto para intervenciones de las que más embravecen al monroísmo cuando le conviene hablar en voz alta.

Yo no creo que esa solicitud antieuropea y ese prurito antimonárquico de Monroe encierre algo que signifique ventajas sustanciales para los pueblos de América; pero puesto que tanto se jacta el monroísmo de sus fórmulas, hay lugar a preguntarle por qué no siempre las aplica, y no sólo, sino por qué algunas veces las desconoce redondamente.

En el primer conflicto argentino, el de 1838 a 1840,

Monroe ofrece su mediación y nadie la toma a lo serio.

Después de 1840, Monroe baja muchos puntos en la América del Sur. Cuando llega a Buenos Aires la comisión Ouseley-Deffaudis, Monroe, oficiosamente, quiere meter su cuchara, pero Ouseley le dice con desdén a Brent, el representante subalterno del monroísmo en la Argentina, que no hay para qué se moleste. Monroe calla.

Después de los veinte meses de bloqueo de Buenos Aires, Monroe quiere figurar, y en esta vez lo que consigue es dar un banquete en su Legación a Lord Howden y al conde Walenski. Ofrece el banquete y pronuncia un brindis: es todo. No hay que olvidar la época. Estamos en el tiempo que, según Sáenz Peña, Monroe es un cometa que se corta la cola. Monroe andaba muy ocupado, trepando por las cordilleras del Anáhuac.

Pero todavía tuvo Monroe nuevas ocasiones de mezclarse en la cuestión del Plata. Cuando Inglaterra levantó el bloqueo y se aisló de Francia, el agente del monroísmo en Buenos Aires dirigió a Rosas una nota antimonroísta y de imbécil, diciéndole que la Gran Bretaña, el Brasil y los Estados Unidos cooperarían contra Francia, puesto que la intervención armada de esta potencia era, además de irregular, injusta.

Monroe figura en esta tentativa de intervención como un apéndice superfluo de Inglaterra y el Brasil, esto es, como refrendatario agregado, para hacer bulto, a las dos potencias que desarrollaban una política en pugna con todo lo que Monroe ha declarado siempre constituir su letra y su espíritu, la letra y el espíritu de su doctrina.

Pero todavía fue más adelante Monroe. En diciembre de 1852, el abúlico presidente Fillmore comunicaba al Congreso de los Estados Unidos que Monroe, por invitación de Francia e Inglaterra, se había puesto a la cola de las dos potencias para concluir un tratado con los Estados del Río de la Plata. El tratado se arregló simultáneamente con Francia y con Inglaterra, en julio de 1853, pero Monroe quedó hecho a un lado. Más tarde celebró también su tratado de amistad, comercio y navegación, pero las cuestiones fundamentales que se habían resuelto entre la Argentina y las potencias europeas, no figuran en el tratado con Monroe, sin duda porque Monroe nada tenía que ver en el asunto de la navegación de los ríos, ni en ningún asunto que significase influencia diplomática de los Estados Unidos en aquella parte del continente.

Tan lejos estaba Monroe de ser una entidad sudamericana, que hubo momentos en que tuvo a la vez tres cabezas, y en cada cabeza, no sólo una concepción distinta de las cosas, sino una actitud diferente. Monroe estaba representando por un encargado de negocios, Trent, en Buenos Aires; por un marino, Prendergast, que navegaba en aguas del Plata, y por el ejecutivo federal con residencia en Washington.

Rosas bloquea a Montevideo en 1845, y el almirante norteamericano, inspirándose en la actitud del almirante francés que no reconoce el bloqueo, tampoco lo reconoce, a menos que se hiciese efectivo por igual contra todas las naciones. Brent, el encargado de negocios del monroísmo, sí reconoce el bloqueo. ¿Quién

tiene la razón? Prendergast dice que reconocer el bloqueo cuando Francia no lo reconoce, equivale a poner a los norteamericanos en condición desfavorable respecto de los países que no acatan la disposición del gobierno argentino. El encargado de negocios, a quien Rosas fascina, recita dos o tres páginas de un libro de derecho internacional que le ha leído el jefe de la cancillería de Rosas.

Viene el bloqueo anglofrancés de la provincia de Buenos Aires, y entonces los papeles se truecan: el almirante reconoce el bloqueo; el encargado de negocios no lo reconoce.

¿Y la cabeza que está en Washington? La cabeza que está en Washington asume la noble función de la duda; tal vez la duda metódica. Después de dos años o dos años y medio de cavilar, habla Washington, es decir, el Monroe de Washington, para reprender al marino y hacer justicia al diplomático.

En ninguno de los libros, folletos, discursos, brindis, poesías y otras manifestaciones literarias en favor del monroismo, he encontrado mención de su nota del 18 de marzo de 1886, en que se declara incompetente para resolver la cuestión de las islas Malvinas.

Un historiador humorista que había domostrado la inexistencia de cierto hecho heroico atribuído a un conquistador, hecho conmemorado en la placa de una calle, proponía que la placa siguiese, pero modificada, con la mención de no haber ocurrido aquel hecho.

Así, cuando vi cómo se discutía si tal calle de Buenos Aires debería ser calle de Monroe y no calle

de Canning, tentado estuve de entrometerme y decir al cabildo bonaerense:

—¿Por qué no consagráis definitivamente la calle a Canning, con la declaratoria de que nada tuvo que ver con la independencia argentina, y por qué no consagráis otra calle a Monroe, diciendo que él tampoco estuvo complicado en el nacimiento ni en la conservación de vuestra república? ¿Y por qué no hacer un acto de justicia, dedicando otra calle a Rosas con la explicación de que esa calle se llama de Rosas en memoria del tirano execrable y del instante de su actuación gloriosa como defensor de la soberanía nacional, en que desempeñó el papel que la leyenda atribuye al presidente Monroe, cuya historia desconocen, podría asegurarlo, novecientos noventa y nueve por cada mil de sus admiradores?

Justamente por no conocerlo, son sus admiradores.



# INDICE

Páginas.

APENDICES

Páginas.

# BIBLIOTECA DE AUTORES CÉLEBRES

(EXTRANJEROS)

**Tomos publicados últimamente:**

VII.—EDGARDO A. POE: *Cuentos de lo arabesco y lo grotesco.*
Traducción y prólogo de R. Lasso de la Vega (obra inédita en castellano).—4 ptas.

VIII.—GIOVANNI PAPINI: *El crepúsculo de los filósofos.*
Traducción y prólogo de José Sánchez Rojas (obra inédita en castellano).—4 pesetas.

IX.—SAINTE-BEUVE: *La mujer y el amor en la literatura francesa del siglo XVII.*
Versión de María Enriqueta (obra inédita en castellano).—3,50 pesetas.

X.—EÇA DE QUEIROZ: *Cartas de Inglaterra.*
Versión castellana de Aurelio Viñas (obra inédita en castellano).—3,50 pesetas.

XI.—FEDERICO OLIVERO: *Estudios de literaturas inglesa é italiana.*
Estudios traducidos del italiano por Alvaro Armando Vasseur (obra inédita en castellano).—4

XII.—SAINTE-BEUVE: *El teatro clásico francés.*
Versión de María Enriqueta (obra inédita en castellano).—3,50 pesetas.

XIII.—EÇA DE QUEIROZ: *Antero de Quental, Víctor Hugo y otros ensayos.*
Traducción, prólogo y notas de Andrés González Blanco (obra inédita en castellano).—3,50 ptas.

XIV-XV.—STENDHAL: *Paseos por Roma.*
Traducción de la única edición completa, aumentada con prefacios y fragmentos totalmente inéditos, por Andrés González-Blanco.

XVI.—*Las bellezas del Talmud.*
Prólogo, selección y traducción de R. Cansinos-Assens (obra inédita en castellano).

## BIBLIOTECA DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

Obras de los más ilustres publicistas americanos.

### SE HAN PUBLICADO:

I.—ORESTES FERRARA: *La guerra europea. Causas y pretextos*
Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana.
Precio: 3,50 pesetas.

II.—ALEJANDRO ALVAREZ: *La diplomacia de Chile durante la emancipación y la sociedad internacional americana.*
Consultor del ministerio (chileno) de Relaciones Exteriores.
Precio: 3,50 pesetas.

III.—JULIO C. SALAS: *Etnología é Historia de Tierra-Firme (Venezuela y Colomlia.)*
Profesor de Sociología en la Universidad de Mérida (Venezuela).
Precio: 4 pesetas.

IV.—CARLOS PEREYRA: *El Mito de Monroe.*
Antiguo Profesor de Sociología en la Universidad de México y Miembro del tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya.
Precio: 4,50 pesetas.

V.—JOSÉ DE LA VEGA: *La Federación en Colombia.*
Miembro del Centro de Historia, de Cartagena (Colombia).
Precio: 3,50 pesetas.

VI.—M. DE OLIVERA LIMA: *La evolución histórica de la América latina.*—Precio: 3,50 pesetas.
De la Academia brasilera.

VII.—ANGEL CÉSAR RIVAS: *Ensayos de historia política y diplomática.*—Precio: 4 pesetas.
De la Academia de la Historia, de Venezuela.

VIII.—JOSÉ GIL FORTOUL: *El hombre y la historia. (Ensayo de Sociología venezolana.)*
De la Academia de la Historia, de Venezuela.
Precio: 3,50 pesetas.

IX.—JOSÉ M. RAMOS MEJÍA: *Rosas y el Doctor Francia. (Estudios psiquiátricos.)*
Presidente del Consejo Nacional de Educación en la República Argentina.
Precio: 3,50 pesetas.

X.—PEDRO M. ARCAYA: *Estudios de Sociología venezolana.*
Miembro de la Academia de la Historia, de Venezuela, y Ministro de Relaciones Interiores.
Precio: 4 pesetas.

XI-XII.—J. D. MONSALVE: *El ideal político del Libertador Simón Bolívar.*
Miembro de número de la Academia de la Historia, de Colombia.
Dos gruesos vols. á 4,75 cada uno.

XIII.—FERNANDO ORTÍZ: *Los negros brujos. (Apuntes para un estudio de Etnología criminal.)*
Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana.
Precio: 4,50 pesetas.

XIV.—José Nicolás Matienzo: *El Gobierno representativo federal en la República Argentina.* - Precio: 5 pesetas.
Profesor en las Universidades de Buenos Aires y la Plata.

XV.—Eugenio María de Hostos: *Moral Social.*
Profesor de Sociología en la República Dominicana y de Derecho Constitucional en la Universidad de Santiago de Chile.
Precio: 4 pesetas.

XVI-XVII.—J. V. Lastarria: *La América.*
Enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Chile en las Repúblicas del Plata y en Brasil, etc.
Precio: 8 pesetas los dos volúmenes.

XVIII.—Cecilio Acosta: *Estudios de Derecho internacional.*
Miembro de la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras, de Caracas.
Precio: 3,50 pesetas.

XIX.—William R. Shepherd: *La América Latina.*
Profesor de Historia en la Universidad de Columbia (E. U.)
Traducción directa del inglés, por R. Blanco-Fombona.
Precio: 3,50 pesetas.

XX.—Emilio Rabasa: *La organización política de México. (La Constitución y la Dictadura.)*
Ex senador del Congreso Federal de México.
Precio: 4,50 pesetas.

XXI.—Alejandro Álvarez: *El derecho internacional del porvenir.*
Secretario general del Instituto americano de derecho internacional.
Precio: 3,50 pesetas.

XXII.—José Ingenieros: *Ciencia y Filosofía. ( eis ensayos.*
Profesor en la Universidad de Buenos Aires.
Precio: 3,50 pesetas.

XXIII.—Carlos Pereyra: *La Constitución de los Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática.*
Antiguo profesor de Sociología en la Universidad de México y miembro del Tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya.

XXIV.—Daniel Mendoza: *El Llanero. (Estudio de sociología venezolana.)*
Abogado venezolano.

XXV. — Agustín Codazzi: *I. Las costas de Sur-América. II.—Los yacimientos de Yaruary. — III. Las grandes cuencas hidrográficas de Venezuela.—IV. Los volcanes.*
Director de la Academia de Matemáticas de Caracas.
Precio: 3,25 pesetas.

XXVI.—José Gil Fortoul: *Filosofía constitucional.*
Profesor de Ciencias políticas.









